

PRECIO: UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

VIZCONDE DE SAN JAVIER

LA

NOVICIA DE LAS HUELGAS

NOVELA HISTÓRICA

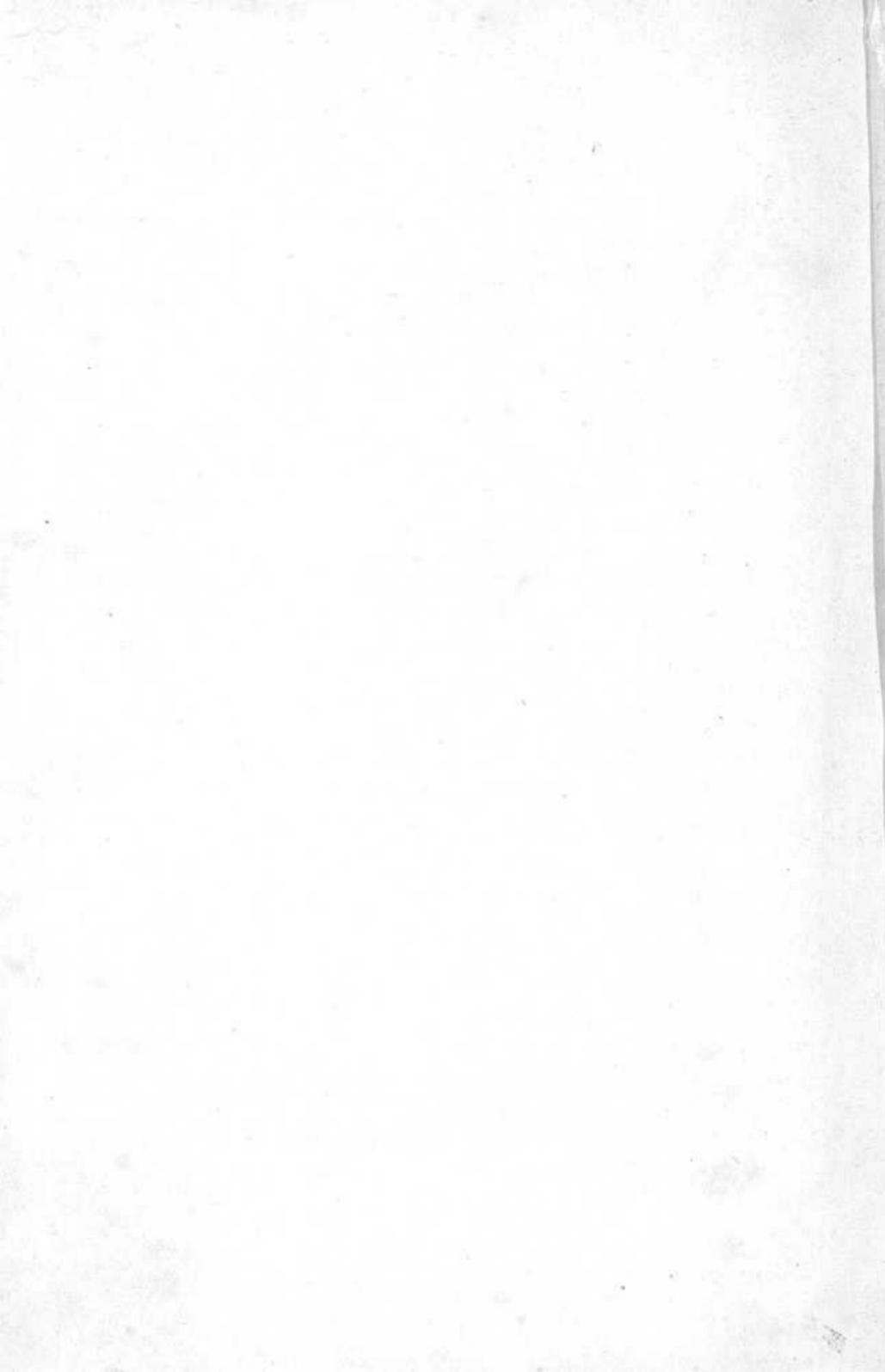


MADRID

URBANO MANINI, EDITOR

CALLE DE RECOLETOS, 7.

523171



URBANO MANINI, EDITOR.

A mi buen y querido amigo
el Sr. Don J. Aboen
H. Manini

LA NOVICIA DE LAS HUELGAS.

C. 1127459
t. 104169

ESTADO DE LOS REALES

Don Juan de los Rios
Don Juan de los Rios
Don Juan de los Rios
Don Juan de los Rios

LA CIUDAD DE LOS REALES

URBANO MANINI, EDITOR. MADRID.

LA

NOVICIA DE LAS HUELGAS,

NOVELA HISTÓRICA

POB.

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER



ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7.

MADRID



R. 80885

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPÍTULO I.

**Burgos.—La catedral.—El papa-moscas.—El obispo
Arias.—El arca del Cid.**

Hace tres años, con motivo de hallarse en Burgos mi hermano político el brigadier D. Paulino García Bayo, me invitó á que pasase algunos dias en su compañía.

Muchos años hacía que yo no habia estado en Burgos; así es que acogí con avidez su invitacion, y aquel mismo dia recibió mi hermano político el siguiente telégrama:

«Salgo mañana: espérame en la estacion; pasaré ocho dias con vosotros.

SAN JAVIER.»

Diez horas despues recibia yo la contestacion, que me decia :

«Saldré á esperarte ; no faltes : tu decision nos alegra mucho. Firmado.

LUISA, PAULINO.»

Todo aquel dia no hice más que pensar en mi viaje, y al dia siguiente me despedí de mi mujer y de mis hijos y salí en el tren-correo, sin que me ocurriera novedad alguna digna de contarse en el camino.

Al amanecer, el estridente silbido de la locomotora y el estrepitoso crugir de las plataformas giratorias de la estacion me hizo conocer habíamos llegado al término de mi viaje, que comprobó la voz del guarda de la estacion gritando:

—¡Burgos, quince minutos de parada y fonda!

Recogí mi maleta, mi manta de abrigo, mi baston y mi paraguas, y dos minutos despues me hallaba en los brazos de mis queridos hermanos Paulino y Luisa, los que me hicieron entrar en su carruaje y me llevaron á su magnífica casa, habitacion situada en la plaza.

—Querido Paulino, le dije, supongo que tus ocupaciones de jefe de Estado Mayor te dejarán algunos ratos para acompañarme á visitar los monumentos de esta antigua ciudad, llena de recuerdos históricos.

—Desde este momento estoy á tu disposicion; y puesto que piensas estar ocho dias en nuestra compañía, iremos visitando poco á poco, y con método, lo que encierra de más notable esta ciudad; ahora descansa de tu viaje, y á las diez Lino, mi asistente, entrará á ayudarte á vestir y á anunciarte que está listo el almuerzo.

A las diez en punto entró el asistente con mi sobrino Eduardo, el que, abriendo de par en par las ventanas, me dijo:

—Tio, levántate, no seas perezoso, que vamos á almorzar y luego á visitar la catedral.

Me vestí, y despues de un esquisito almuerzo, en el que ví la delicada atencion de mi hermana política, que conoce mis más insignificantes gustos, y de saborear un delicioso vino de Burdeos y el tradicional queso del país, salí en su compañía á ver la catedral.

No sin experimentar una sensacion de profundo sentimiento religioso penetré bajo aquellas in-

mensas y góticas bóvedas, que forman con verdad el orgullo de la ciudad de Burgos.

Esta bellísima joya de la arquitectura gótica, de la que dijo maese Felipe el burgoñon, al visitarla con el gran emperador Carlos V, que *como joya habia de estar en caja y cubierta con funda para que no se viese siempre y de ordinario, sino á deseo*, y el rey Felipe II *que más parecia obra de ángeles que de hombres*, es un magnífico y afiligranado edificio, como casi todos los de su época, afectando la figura de una cruz latina. Consta de tres naves paralelas, atravesadas por la del crucero, y sus dimensiones son 300 piés de longitud desde la puerta de Santa María hasta la Capilla del Condestable, y 213 de latitud desde el ingreso del sormental hasta el de la coronería, siendo su anchura de 93. Tiene quince capillas, sin contar la mayor, que en 1577 labraron Rodrigo y Martin de Haya, tardando en su ejecucion diez y seis años.

No me detendré á hacer una descripcion de este suntuoso templo; solo haré mencion de varias de sus capillas, refiriendo á mis lectores algunas curiosas leyendas que me contó el sacristan que nos servia de cicerone, al enseñarnos las muchas

curiosidades que tan portentoso edificio contiene.

—Tío, me dijo mi sobrino, ¿qué miran esas gentes?

—El Papa-moscas, le contesté.

Efectivamente; habia paradas y mirando con suma atencion al reloj que está colocado en uno de los costados y á una gran altura, infinidad de hombres y mujeres.

—Dime, me dijo, ¿es verdad que el Papa-moscas lanzaba antes un quejido cuando daba la hora?

—Sí, le contesté.

—Pero el Papa-moscas no ha existido nunca, ¿eh? Nó ha sido nunca un hombre; me dijo mi sobrino con la inocencia propia de sus ocho años.

—Mira, Eduardo, eso es una vulgaridad. El Papa-moscas, si no ha existido en carne y hueso, existe de bulto, y á su existencia va unida una tradicion que no quiero dejar de contarte; pero como preliminar de mi historia será bueno que sepas que hasta hace muy poco tiempo ese muñeco que ahora ves inmóvil asomado á una ventana junto al reloj, ha tenido movimiento y se puede decir que hasta voz.

—¿Y cómo era eso, tío?

—Mira y repara bien. Antiguamente las puertas

de la ventana permanecían cerradas hasta cinco minutos antes de dar la horas; lo mismo era hacer el reloj la señal, la hojas se abrían y al empezar á sonar la campana el muñeco se asomaba tantas veces y daba tantos gritos, haciendo un gesto extraño, cuantas campanadas tocaba el reloj.

—Qué divertido sería eso, tío.

—Sí, era muy divertido, y esto producía una afluencia constante de gentes y no pocas irreverencias, por cuyo motivo la autoridad eclesiástica creyó conveniente condenar al Papa-moscas á perpétua quietud; resolución acertadísima bajo el punto de vista religioso, pero que ha privado á la catedral de Burgos de uno de sus principales atractivos, y á los forasteros de un espectáculo singular; pues no recuerdo haber visto en mis muchos viajes más que otro reloj mucho más complicado, que es el de la catedral de Strasburgo.

—¿Y sabes tú, tío, quién hizo ese autómeta?

—Es obra del diablo, contestó una mujer con singular aplomo, que estaba colocada á nuestro lado oyendo mi relación, y como quien no duda un ápice de lo que dice.

—¿Obra del diablo? dije yo sonriéndome.

—Sí, señor, replicó la mujer. Ese muñeco lo hizo

Satanás, segun me ha contado mi madre, que lo oyó á una vieja hace muchos años. Lo hizo para divertir á la concubina de un gran señor que tenia hecho pacto con el demonio; pero San Isidoro, arzobispo de Sevilla, se arregló de modo que el caballero se convirtiera y que el alma que habia sido vendida al demonio fuese al cielo, y el Papa-moscas viniese aqui.

—Eso que cuentas, Engracia, dijo otra mujer que se habia aproximado á nuestro grupo, eso que cuentas es una verdadera conseja.

—¡Pues qué! ¿No es verdad lo que yo he contado?

—Nó, porque yo le he oido asegurar á mi madre muchas veces, con referencia á un canónigo con quien se confesaba, que el Papa-moscas fué antes una criatura humana, de carne y hueso como nosotros, á quien Dios castigó porque venia á la iglesia, no á cumplir con los deberes de cristiano, sino á hacer gestos y señas desde ese confesonario á una reina que dicen se llamaba doña Blanca, y de la que estaba perdidamente enamorado.

—Todo puede ser, añadí yo, porque para la voluntad de Dios no hay nada imposible; pero ambas cosas me parecen inverosímiles. Allá va mi cuento

á propósito del Papa-moscas; apréndanlo Vds. bien y tendrán ese más que referir á los viajeros, advirtiéndole que, por mi parte, no salgo garante de la verdad.

Enrique III, ese rey caballeresco que vendió en una ocasion su gaban para comer, y cuya breve vida fué una verdadera é interesante novela, reparó un dia en una linda jóven que de continuo venia á la catedral y pasaba horas enteras contemplando las reliquias del Cid y el sepulcro de Fernan Gonzalez. Desde este dia el rey no faltaba tampoco de incógnito en los mismos sitios y á las mismas horas que lo hacia la jóven, y esto se repitió por mucho tiempo, sin que entre ambos mediase más que el lenguaje de los ojos, ese lenguaje elocuente que penetra en el corazon y es el verdadero amor. El rey miraba á la jóven, la jóven miraba al rey, se ponía colorada, bajaba la vista al suelo y salia de la iglesia silenciosa y pausadamente; el rey la seguia hasta la puerta de igual modo, y á la mañana siguiente ambos se encontraban de nuevo en el acostumbrado sitio, y la escena pasaba ni más ni ménos como la víspera.

Una vez la jóven, al retirarse, dejó caer, por casualidad ó de intento, un pañuelo que llevaba en

la mano; cogiólo el rey, guardólo en el pecho y dió á la doncella el que él llevaba para su uso, de finísima batista, acompañando la dádiva con palabras tales cual pudiera pronunciarlas el más amante caballero. Sonrojóse la jóven y partió de la iglesia, ocultando al parecer las lágrimas que corrian por sus mejillas; pero desde este dia Enrique no la vió más.

Un año habia trascurrido cuando el rey, cazando, se extravió en un bosque, y solo, sin acompañamiento, vióse acometido por seis hambrientos lobos, de los cuales tres sucumbieron á su daga; pero hubiera sido víctima de los restantes, por faltarle ya fuerzas para defenderse, si un disparo de venablo, acompañado de un grito extraño que sonó á su espalda, no hubiese puesto en fuga á las fieras.

Volvióse Enrique para dar gracias á su libertador, y se halló sorprendido por una figura particular que, inmóvil, y sin poder articular una palabra, le miraba con los ojos fijos. Sus músculos estaban horriblemente contraídos, y de tiempo en tiempo un lamento agudo se escapaba de su pecho.

El rey quedó absorto á la vista de tan singular

aparición; sin embargo, un sentimiento indefinible le hacia latir el corazon, pareciéndole reconocer en aquellas desfiguradas facciones una persona amada, de quien nunca se habia olvidado. Era, en efecto, la jóven de la iglesia. Fuera de sí de alegría Enrique, se lanzó hácia su libertadora. Pero ¡ah! al verlo llegar la doncella le tendió los brazos, le sonrió como los ángeles sonrien á los bienaventurados, y cayó sin fuerzas pronunciando estas palabras:

—«Amé la memoria del Cid y de Fernan Gonzalez, porque mi corazon ama todo lo que es noble y generoso; por eso te amé á tí tambien; pero mi deber me impedia consagrarte este amor, que hubiera sido la felicidad de mi vida. Acepta el sacrificio que...»

Y en seguida espiró sin acabar la frase, teniendo en la mano izquierda el pañuelo que la dió el rey.

Un año despues el Papa-moscas ocupaba el sitio en que se le ve ahora.

Enrique le mandó construir en memoria de la que amó toda su vida, y por eso hacia un gesto y daba un grito el autómeta al sonar la hora, para asemejarse al que el rey habia oido á la jóven cuando ahuyentó á los lobos.

El rey hubiera preferido oír repetir también al Papa-moscas las palabras de amor que le dijo la doncella antes de morir; pero el artista moro que lo construyó no pudo conseguir hacérselas pronunciar, no obstante que para ello empleó todo su ingenio.

Después de ver la capilla mayor pasamos al coro, cuya gótica y tallada sillería nos llamó desde luego la atención; pues no tiene igual, ni se puede comparar aun con las mejores de Berruguete.

—Mirad, señores, esta es la silla del obispo Juan de Arias, el que salvó la Virgen del Sagrario de un atrevido ladrón.

—¿Quién era el obispo Arias? pregunté yo con curiosidad.

—¡Cómo! dijo admirado de mi ignorancia el sacristán, ¿no sabe Vd. que fué obispo de Segovia, y que á él se debe no fuera robada esta riquísima imagen?

—Confieso mi ignorancia, le contesté, y le ruego me cuente esa historia.

—Con mucho gusto, nos contestó el amable sacristán. Y nos llevó delante del sagrario, donde en un camarín, bajo un pabellón de escultura figurando tisú y orlado de ángeles, se halla la efigie de

la Virgen, llamada vulgarmente *Santa Maria la Mayor*. Esta imágen es de plata, del tamaño casi natural; está sentada en una silla cuyos entallados brazos representan dos cabezas de serafines, y tiene sobre sus rodillas el niño de Dios, que tambien es de plata. Nuestro sacristan, despues de habernos hecho notar varias abolladuras que tiene la efigie, efecto de habérseles caído á los operarios que la bajaban del camarin para colocarla en las andas con que se las saca en procesion el dia de la Asuncion, nos dijo que la imágen en su antigüedad era de plata maciza; pero que, efecto de las guer-ras y de los despojos que habia sufrido la catedral, los canónigos habian extraído gran cantidad de plata para la fabricacion de vasos sagrados y alhajjas para el culto (1).

—Está bien; pero nos ha prometido Vd. la historia del obispo Arias y la espero con impaciencia.

—Oigan Vds., nos dijo.

A mediados del siglo xvii vivia en Burgos una pobre viuda, que su marido, el señor de Arias, de una familia antigua y noble de Castilla y soldado

(1) La catedral de-Burgos, así como otros muchos templos, fueron saqueados en 1808 por los franceses.

muerto al frente de los muros de Baeza, habia dejado en la indigencia con dos hijos pequeños, varon y hembra.

Demasiado orgullosa la viuda del soldado para recurrir á la piedad de sus parientes que gozaban de gran fortuna, prefirió deber su existencia y la de sus dos hijos al trabajo de sus manos, esperando con fé solo de Dios un socorro que, tarde ó temprano, recompensase su valor y su virtud.

Todas las noches, despues de las ocupaciones de un dia laborioso, venia acompañada de sus dos hijos á hacer aquí una pequeña oracion ante el altar de la Virgen que estais viendo; y esta oracion, pronunciada con voz conmovida entre lágrimas y por la efusion de un corazon devoto, la daba fuerza para soportar las pruebas del siguiente dia.

La mayor pena de esta desgraciada era no poder dar á sus hijos, pero sobre todo á su hijo Juan, una educacion digna del apellido que llevaba.

El niño, desde que llegó á los ocho años, manifestó un deseo extraordinario de aprender; y como esas felices disposiciones no eran alentadas ni dirigidas por la pobre viuda, se dedicó á estudiar lo que veia diariamente. Esta hermosa catedral en cierto modo se convirtió para él en un libro abier-

to; continuamente la recorría de un extremo á otro desde el trascoro al abside y sus capillas, descubriendo cada dia aquí y acullá nuevos motivos de sorpresa en las figuras grotescas de los capiteles ó en las antiguas tumbas, sobre las cuales duermen caballeros armados de todas armas con un perro ó un leon á sus piés, matronas ricamente vestidas y obispos y canónigos, ó deslizándose espantado por la entrada de las cuevas sepulcrales, ó arrojando una indiscreta mirada por entre el cristal de un relicario.

Con el espectáculo de aquellas antigüedades religiosas su imaginacion se enardecia, y la innata tendencia que tenia á dudar de todo se desenvolvía en presencia de tradiciones gastadas sobre la piedra, pero grabadas en los parroquianos de la catedral. Si se le contaba que tal santo habia sido obispo á los doce años y que no podia decir misa sin que una paloma de fuego revolotease sobre él, Juan hacia un movimiento de incredulidad con la cabeza y se volvía á los sacristanes que le contaban estas leyendas y estupendos milagros, y les decia que aquello no era verdad, ni tenia el menor asomo de verosimilitud.

Juan Arias unía á una verdadera piedad la

aversión más inflexible á todas las creencias que no eran dogmas fundamentales y que el raciocinio podia combatir; juzgaba falso todo lo que no comprendia, y no tenia miedo á nada, ni aun al diablo.

Una tarde al ponerse el sol, que hacia relumbrar los florones de las vidrieras como si fueran reverberos, la viuda de Arias fué á hacer su acostumbrada estacion á Nuestra Señora; arrodillóse sobre las gradas del altar: sus dos hijos estaban á su lado; su hija, arrodillada cerca de ella, imitaba el recogimiento de su madre, las manos cruzadas junto al pecho y los ojos levantados hácia la imagen de plata de la madre de Jesús.

Juan, á su lado y en pié, miraba distraido los reflejos de las vidrieras, cuyos pintados colores se dibujaban en el pavimento.

La devocion de la madre se habia inculcado tambien en los hijos; Juan habia llevado aquel dia á la Virgen una corona de rosas silvestres y flores blancas, cogidas por él en los bosques de las inmediaciones á donde iba á correr diariamente buscando antigüedades entre las ruinas de los templos paganos, derribados por los primeros apóstoles del cristianismo para plantear sobre ellos la vencedora enseña de la cruz.

Cuando la viuda acabó sus oraciones, que habían llenado de dulces lágrimas sus párpados brillantes, se levantó, tomó de la mano á la niña, y no encontrando á Juan pensó que el niño, cansado de permanecer en el mismo sitio, estaria recorriendo como de costumbre las capillas y sepulcros.

Dió una vuelta la madre por la iglesia mirando derecha é izquierda, empero no encontró á su hijo; entónces creyó que, cansado de esperar, habria salido de la catedral y entrado en su casa, por cuyo acto de desobediencia pensó la madre castigarle severamente.

Juan no estaba en su casa, y la viuda, llena de sobresalto, volvió sobre sus pasos, recorrió las calles inmediatas á la catedral, preguntó á los sacristanes, que en aquél momento cerraban las puertas, pero no le dieron razon de su hijo.

Llegó la noche y su terror se aumentaba por grados; volvió á recorrer de nuevo los lugares mismos, fué cien veces á su casa para asegurarse si habia vuelto su hijo.

Juan no parecia.

La infeliz madre empleó una parte de la noche en pesquisas inútiles, y deshecha en lágrimas lle-

gó, en su desesperacion, hasta quejarse de su desgracia á la madre de Dios.

Juan de Arias, cansado de esperar á su madre, se habia dormido en un asiento del coro, ocultando su rubia cabeza entré sus manos.

Su vestido de burriel pardo no salia de la oscuridad que le circundaba, y el sacristan que diariamente con su linterna y acompañado del pertiguero hacia la requisa, no le vió, y sin sospechar que el niño pudiera haber quedado en la catedral echó los cerrojos, cerró con llave la puerta y se retiró á su habitacion.

Las doce daban en el reloj que habrán Vds. visto á la entrada, y doce veces abrió la boca y saludó el célebre Papa-moscas, cuando el niño despertó todo transido de frio.

Abrió los ojos y no distinguió nada al pronto, á causa de las tinieblas que le rodeaban. Extendió las manos hácia adelante y tocó las cabezas de los ángeles esculpidos en los remates del asiento, y se enteró entonces del lugar en que estaba, no acordándose cómo á aquellas horas de la noche podia encontrarse allí; sin embargo, su infantil corazon no sintió la menor sensacion de miedo.

Mientras que contemplaba con muda admira-

cion el efecto imponente de aquella nave llena de sombra y de silencio, donde los recuerdos de seis siglos gravitaban sobre el polvo de tantos muertos, oyó un ruido hácia la nave mayor; era el chasquido de un vidrio que se rompía.

El niño, conteniendo la respiracion, escuchó con atencion, sintió que andaban y se aproximaban hácia donde él estaba; una sombra pasó sin detenerse á su lado, dirigiéndose al altar de la Virgen.

Un hombre tal vez se hubiera helado de terror pensando que las fantasmas se escapaban de los sepulcros ó que los santos descendian de sus ornacinas.

Juan se preparó solo á ver y á oir, sin mezclar en esta aparicion ni al cielo ni al infierno.

La sombra se dirigió recta al altar de la Virgen, no ciertamente para rezar, pues marchaba con precaucion y como preparándose á la fuga al menor indicio de peligro.

Juan de Arias dió un paso hácia el centro del coro, y entonces pudo observar, ya su vista acostumbrada á la oscuridad, que la sombra, subiéndose sobre el altar, iba despojando á la Virgen de todas sus alhajas, las que colocaba á granel en un saco.

Concluido el despojo agarró la imágen, y sacándola de su pedestal, la puso sobre el altar.

La presencia de este sacrilegio escitó en Juan de Arias una generosa indignacion que le hizo lanzar un grito.

El ladron se creyó descubierto y sacó un puñal, cuyo brillo amenazador, en lugar de hacer temblar al niño, le inspiró un ardid atrevido é ingenioso.

—¡Miserable! exclamó con voz clara y fuerte, á lo cual el eco de las bóvedas prestó un acento solemne. ¿Qué has venido á hacer aquí?

—¡Perdon, Dios mio! respondió aquel hombre cayendo de rodillas, ¡tened piedad de mí, Virgen Santa!

—¡Te atreves, sacrilego, á tocar esa imágen bendita! continuó Juan de Arias, que se divertia con el terror del ladron.

—Piedad, piedad, señora! soy un pobre hombre á quien ha tentado el diablo.

—Vete de aquí, mal cristiano, añadió el niño; y para que se borre tu mala accion, reza cinco Padrenuestros y cinco Ave-marías.

Pasado un rato, el desalmado ladron se repuso de su terror, y por segunda vez se disponia á po-

ner sus manos sacrílegas sobre la imágen, cuando Juan de Arias le gritó:

—¡Infame sacrílego! no vuelvas á tocar más á mi efigie; póstrate, haz un acto de contrición para que Dios te perdone, y en seguida te mostraré un tesoro que en adelante te impida robar las riquezas del templo.

—¡Un tesoro! exclamó el crédulo y codicioso ladrón; haré cuanto me mandeis, y cuando tenga con qué vivir me haré hombre de bien.

—Pues bien; corre junto aquel sepulcro que hay á la izquierda, y á su lado encontrarás una puerta cerrada con un simple cerrojo; ábrela y...

—Pero, ¿y el tesoro? dijo el ladrón, sintiendo renunciar á la presa que ya tenía entre sus manos por otra que aún no veía.

—Abre esa puerta, replicó Juan de Arias, baja veinte escalones, sigue siempre adelante hasta que yo te advierta que te detengas...

El ladrón siguió las instrucciones que le daba la misteriosa voz, abrió la puerta y empezó á bajar los escalones.

—Muy bien, dijo el niño corriendo hácia la puerta por donde había entrado el ladrón, continúa bajando; pronto verás el tesoro.

—¡Oh, Virgen santa! exclamó el malhechor, veo brillar alguna cosa, ¿es este el tesoro?

—Sí, cógelo, es tuyo, dijo el niño cerrando la puerta, al sentir el ruido de un cuerpo que caía en el agua.

El ladrón se había precipitado él mismo en la cisterna, antigua piscina destinada para lavar los lienzos impregnados de santos óleos.

Aquel pozo alimentado por las aguas del cielo recibía por una abertura de la bóveda un rayo de luna, que, reflejando sobre el agua, creyó el ladrón era plata.

Juan de Arias se colgó de la cuerda de un esquilon y le hizo sonar.

Despertado el campanero dió la señal de alarma con la campana mayor, y los canónigos, las autoridades y el pueblo acudieron con antorchas á la catedral, oyendo de boca del intrépido niño la narracion que acabo de contaros.

Estraido el malhechor de la cisterna, fué ahorcado á la mañana siguiente en la plaza del mercado, y el cabildo catedral, con el obispo á la cabeza, acordó costear la educacion de Juan de Arias y auxiliar á su madre con una fuerte suma.

Juan de Arias aprovechó los medios de ins-

truccion que le facilitó el cabildo, y abrazando el estado eclesiástico fué primero racionero de esta iglesia, luego canónigo, y elevado en 1463 á la silla obispal de Sevilla.

—Mucho nos ha complacido la historia que usted nos ha contado.

—Esta Santa Iglesia está llena de tradiciones y recuerdos históricos, pero no quiero cansar demasiado la atencion de Vds., añadió el sacristan.

Pasamos despues á visitar la Capilla del Condestable, propiedad de los duques de Frias, yendo luego á admirar la magnífica sacristía donde se encuentra el grandioso cuadro del Greco representando á Cristo crucificado; cuadro particular que muchos aficionados niegan ser del Greco y aseguran ser de Mateo Cerezo; pero la firma del Greco se vé trazada en una sombra al pié de la cruz, formando este monograma :

DS. GRECO-PT.

Este Crucifijo, perfectamente pintado, tiene la particularidad que no presenta herida ni señal alguna de pasion: por lo que, viendo la morbidez de sus carnes, no gusta á muchos inteligentes.

—Todo el adorno de escultura de esta sacristía, nos dijo el sacristan, es obra del monge fray Pedro Martínez, del convento de San Pedro de Cardena.

En la sacristía hay una capilla bajo la advocación de Santa Catalina, que el cabildo construyó con ánimo de dar sepultura en ella al cadáver del rey D. Enrique II de Castilla, como él mismo dispuso en su testamento, otorgado en Burgos; pero habiendo sido envenenado cuatro años despues, en 1378, estando en Santo Domingo de la Calzada, próximo á espirar le preguntó D. Juan Manrique, obispo de Sigüenza, su canciller mayor, *dónde mandaba enterrarse*. A lo que respondió el moribundo rey: *En la mi capilla que yo fice en Toledo*.

Efectivamente, el cuerpo de D. Enrique solo estuvo depositado tres meses en esta capilla, desde donde se trasladó á la Capilla de Reyes de Toledo.

Pasamos despues á visitar el archivo, y en su antesala vimos un baul ó caja de media carga que hay amarrado en lo alto de la pared.

—¿Qué significa esa arca? preguntamos á nuestro guia.

—Esa arca perteneció al Cid Campeador, D. Rodrigo de Vivar.

—¿Y cómo está en la catedral? le preguntamos.

—Es una historia escuchen Vds.

D. Rodrigo de Vivar trató de emprender la conquista de la ciudad de Valencia, de la que estaban posesionados los moros hacia mucho tiempo; reclutó gentes para la expedición, pero bien pronto se encontró falto de recursos y acudió al rey: pero las arcas reales estaban exhaustas; entonces su ingenio le sugirió una idea; llenó el arca que ustedes ven de finísima arena, y acompañado de cuatro robustos soldados fué á casa de Benjamin, judío sumamente rico y que en varias ocasiones habia prestado grandes cantidades al rey.

—Benjamin, le dijo el Cid, trato de hacer una algarada que me dé por resultado la conquista de la ciudad de Valencia, y necesito me presteis 10.000 doblas de oro.

Quedó aterrado el judío al oír la petición del Cid, y se excusó diciéndole:

—Señor, ni mis hermanos ni yo poseemos hoy tan fabulosa suma.

—Perro, dijo el Cid, no creas que me engañas; no quiero tu dinero sin garantías. Aquí te traigo esta arca donde encierro mis joyas y vagilla, que con mi palabra te dejo en garantía de tu préstamo.

—Está bien, dijo el judío animándose al ver el esfuerzo que hacían los cuatro soldados para levantar el arca; yo procuraré reunir á mis hermanos y entregaros la cantidad que me habeis pedido. Ahora veamos lo que el arca contiene.

—¡Alto allá, perro judío! dijo el Cid poniendo su mano sobre el arca; esta arca permanecerá cerrada, pues más que el oro y alhajas y joyas que contener pudiera, vale la palabra de D. Rodrigo de Vivar.

Benjamin aquella misma tarde entregó al Cid las 10.000 doblas, partió á la guerra con su gente, se apoderó de Valencia, y á los seis meses pagó religiosamente su deuda; pero cuál no sería el asombro del judío cuando vió que la prenda que había tenido en su poder, y que el Cid mandó se abriera en su presencia, en vez de plata y joyeles solo contenía arena.

Esta arca es una de las cosas que más llama la atención de los viajeros que constantemente visitan la catedral, y se dice que dentro hay papeles interesantes de la iglesia de Burgos; otros suponen se encuentra en ella la espada del Cid y ropas antiguas, y otros, en fin, que aún contiene parte de la arena con que engañó al judío el Cid.

El padre Berganza asegura que estuvieron encerrados en esta arca los pergaminos de las donaciones que el rey D. Sancho II hizo á la catedral. En el pavimento hay una losa con bulto de mármol; bajo la cual, se dice, está enterrado Juan Cuchiller, page de Enrique III, que, *en ocasion de no hallarse su amo con dinero suficiente para comprar de cenar, vendió su gaban, y con su producto socorrió la estrecha necesidad que acosaba al monarca de Castilla.*

Hecho histórico consignado por todos los escritores de aquella época, y que hicieron que el rey sacudiera el yugo de los tutores que le agobiaban, y dando pruebas de su entereza y poder, ejecutara al arzobispo de Toledo y á los nobles que se habian apoderado de su reino.

Salimos de la catedral por su gótico claustro, que un año antes se habia visto regado por la sangre de D. Isidoro Gutierrez de Castro, gobernador civil de la provincia, bárbaramente asesinado y arrastrado por el populacho al ir á cumplimentar la orden de incautacion dictada por el gobierno provisional. Aún se ven sobre las blancas losas de piedra las manchas de sangre de aquel desgraciado, muerto en el cumplimiento de su deber.

CAPITULO II.

El monasterio de Santa María de las Huelgas.

Dos dias hacia que estaba en Burgos, cuando mi hermano político me dijo :

—Hoy nuestra expedicion se dirigirá á ver el famoso monasterio de Santa María de las Huelgas, para lo cual he mandado al asistente que en seguida que termine el almuerzo nos tenga preparados los caballos.

—Mucho me alegro de esta expedicion, pues en las diferentes veces que he estado en Burgos, le dije, no he podido nunca visitar este monasterio tan lleno de recuerdos históricos de la Edad Media; monasterio donde se reunian, al poder feudal de su abadesa mitrada, la autoridad que le dada la jurisdiccion eclesiástica.

Montamos á caballo y á la media hora nos apeábamos á la puerta del primer recinto de aquel austero retiro abierto á las vírgenes del Señor; monasterio, palacio y fortaleza, pues tiene aspecto de estas tres cosas.

La fachada, sencilla y regular, presenta á la vista tres largas hileras de ventanas estrechas y en un todo semejantes entre sí; parecia indicar que la vida, la existencia, es allí perfectamente igual para todos sus habitantes, á quienes aquellas avaras aberturas distribuian en partes iguales la luz.

Como ya he dicho, la fachada es austera y desprovista de adornos, descollando en sus ángulos solos dos torres almenadas y en su centro la cúpula del templo de aquel rígido monasterio.

En el primer término del edificio se distingue una portada de hierro, detrás de la cual se ve una puerta lisa de madera de encina, alzándose sobre ella una larga cruz de ébano que hace resaltar como una gran sombra las pardas paredes de la morada de las vírgenes del Señor.

Entre el primer recinto y el edificio se estiende una ancha y hermosa pradera rodeada de un espeso enverjado, por entre cuyas rejas penetraba

agradablemente la vista hasta los árboles del bosque.

Aquella pradera verde y plana no ofrecia en su terreno la menor elevacion, ni el más pequeño surco; era una inmensa alfombra de verdura, en la cual en vano se hubiera buscado el más pequeño accidente ó la más ligera variedad.

Triste y fiel imágen de la vida, tranquila y monótona de que debian ser testigos aquellos lugares, en que ni un obstáculo, ni un sobresalto, ni un cuidado debian turbar una larga série de dias uniformes hasta el que debia sellar la muerte con su terrible indiferencia.

Llegamos al edificio hollando el césped que de él nos separaba; todo estaba silencioso y solitario; los desórdenes de la revolucion y los azares de la pasada guerra civil habian turbado la paz de muchos siglos en que reposaban aquellos santos lugares.

Las vírgenes consagradas al altar habian abandonado su pacífico asilo; trémulas y atónitas habian vuelto al mundo como proscriptas, y esperaban en la zozobra y la oracion el momento en que volverian á abrirse y cerrarse trás ellas las puertas de su amado monasterio.

Mi hermano político, levantando el inmenso aldabon de la puerta, dió tres fuertes golpes, que resonaron lúgubrementemente en el interior.

Largo rato esperamos sin que nadie saliera á abrirnos, y ya empezábamos á impacientarnos cuando oimos en el interior un eco leve al principio, luego más sonoro, que nos anunció por fin que del fondo de aquellas largas bóvedas se acercaba alguno hácia nosotros.

Abrióse la puerta, rechinando sus goznes medio oxidados, y apareció un sacerdote cuyos blancos cabellos y melancólica fisonomía inspiraban confianza y respeto.

Mi hermano político le manifestó el deseo que teníamos de visitar el monasterio, y el anciano, antes de contestar, fijó su brillante mirada sobre nosotros como para cerciorarse de que ningun pensamiento impío, ninguna curiosidad burlesca nos habia inspirado aquel deseo.

Como nada teníamos que temer, y además mi hermano político le entregó una carta del dean de la catedral en que nos recomendaba, el sacerdote dijo:

—Entrad, caballeros; mi amigo el dean me encarga enseñe á Vds. cuanto de notable encierra este monasterio.

Y siguiendo sus pasos, penetramos en el interior de aquel abandonado recinto.

Recorrimos aquellos largos corredores, divididos en iguales intervalos por las puertas de las celdas, cuyas ventanas habia yo visto por fuera, y visitamos los locutorios, especie de terreno neutral concedido á la ternura de las familias y donde el mundo y la sociedad, separados por una reja de hierro, tienen para su mútuo consuelo algunas raras entrevistas.

Entramos en la capilla, despojada momentáneamente de sus principales ornamentos, pero rica, severa y hermosa por su lujo arquitectónico. En la nave del centro están enterradas la infanta doña Berenguela, hija de San Fernando; la reina doña Berenguela y doña Margarita de Austria; en el centro D. Alfonso VIII, y además, en las naves de los costados, los reyes D. Enrique I, D. Alfonso el Sábio, D. Sancho el Deseado, D. Alfonso VII y la reina de Aragon doña Leonor, así como gran número de infantes é infantas.

—Antes que Felipe II hiciera el célebre monasterio del Escorial, una de las maravillas del mundo, donde fundó el panteon de los reyes de la casa de Austria, las Huelgas sirvieron largo tiempo de

panteón real á los reyes de Castilla; pues como veis, dijo el anciano sacerdote, hay enterrados aquí seis reyes y veintiocho infantes é infantas.

—Sí, contesté yo, así como en la iglesia de San Isidoro, en la ciudad de Leon, se enterraron los reyes de Leon; panteón que he visto no sin profundo sentimiento por el estado en que se encuentra de descuido y profanación. En 1808, cuando la invasión de los franceses, el mariscal Soult y sus tropas profanaron la última morada donde descansaban las cenizas de los reyes de Leon, arrojando sus restos mortales por el suelo y sacando los sepulcros que eran de piedra al patio para que sirvieran de pesebre á los caballos del mariscal.

—Aquí, dijo el sacerdote, también profanaron los sepulcros de los reyes de Castilla, se llevaron cuantas alhajas había entre ellos, un cofrecito de oro macizo regalo del fundador, tres custodias de oro guarnecidas de diamantes y piedras preciosas, veinte cálices, cuarenta candeleros de plata, y abriendo el sepulcro de la infanta doña Constanza, hija de los fundadores, un magnífico rosario cuyas cuentas eran diamantes engarzados en oro, así como del sepulcro de D. Alfonso VIII un anillo de diamantes que tenía colocado en el dedo índice de

la mano derecha; estas joyas se sabia que existian, pues Felipe II al visitar el monasterio tuvo curiosidad de ver el cuerpo del fundador y el de su hija, la primera abadesa.

Debajo del altar mayor existe la bóveda sepulcral ó panteon de las abadesas en número de ciento tres, siendo la primera doña Misol ó María Sol, muerta en 1189, y la última doña María Teresa Bonifar de Rasen, muerta en 1847.

El buen anciano, con suma bondad, nos fué explicando el destino de cada una de las partes de aquel grande edificio confiado á su custodia.

—Ya estamos por fin, señores, nos dijo despues de haber cruzado un ancho vestibulo y llegado junto á una puerta más grande que las demás y llena de ricas molduras, ya estamos en la habitacion, en la celda de la abadesa, que tanto llama y excita la atencion y curiosidad de los viajeros; entrad, señores.

Entramos y nos descubrimos respetuosamente.

Allí estaban unidos el poderío y la humildad; armas de nobleza en pintados escudos cubrian sus paredes, en el centro un Crucifijo, á sus piés un modesto reclinatorio, junto á la ventana un magnífico sillón blasonado, do quiera la imágen del

Dios que castiga junto á la imágen del Dios que perdona.

—¡Qué contraste! exclamé.

—Nada os admire, me dijo el anciano sacerdote, al ver mezclados en esta celda los símbolos de la grandeza con los de la humildad.

La abadesa de este monasterio, humilde y penitente como cristiana y como virgen consagrada al culto del altar, era al mismo tiempo por su nobleza altiva, poderosa y severa; pues, jefe de sus compañeras, ejercia una jurisdiccion absoluta y soberana, no solo en el monasterio en que estamos, sino sobre otros muchos sometidos á su misma regla; jurisdiccion que abraza, no solo la parte civil, sino tambien la eclesiástica (1), siendo mitrada y

(1) La jurisdiccion eclesiástica, con autoridad apostólica, de la abadesa de las Huelgas, se extendia sobre doce conventos, trece villas y cincuenta lugares, y sobre el hospital llamado del Rey, que hoy lo es de Peregrinos, contíguo al monasterio. Las villas principales son: Caton, Herrano, Morcillo, Villanueva de los Infantes, Torresandino, Borrio, Olmillás, Sargentos de Lora, Castilla, Pesnes, Arlanzon, Ilrries, Palazuelos de la Sierra, Arlanzón, Estepar, Frandoviñez, Quintana de Loranco, Loranquillo, Revilla, Iniestra, Herrasnel, Galarde, Piedrahita, Villa Gonzalo, Pedernales, Quintanilla de San García, Revillagodos, Salmedel, Madrigalejo, Castillo de Rucio, Tablada, Lorilla, Salmamés, Villarriezo y Pedrosa de Condemuño. (*Anales cistercienses*, tomo III.)

llevando de tal modo á cabo su autoridad, que no permitia desde el segundo recinto ni cruz levantada á ningun obispo, ni vara alzada á ningun merino ó alcalde.

La riqueza de este monasterio era inmensa, y el extraordinario poderío de la abadesa provenia del servicio que ésta prestó á doña Isabel la Católica.

—¿Qué clase de servicio fué este?

—Un dia, dijo el anciano, en que la princesa, con dos de sus amigas, se paseaba por la pradera que han cruzado Vds. antes de llegar al último recinto, fué acometida por unos secuaces de una bandería de descontentos, los que, rompiendo la verja del primer recinto, intentaron apoderarse de la princesa, que tenia costumbre de pasar largas temporadas en este convento.

—¡Socorro, socorro! gritó la princesa á sus dos compañeras de paseo.

Los gritos fueron oidos por la abadesa, la que hizo tocar la campana de alarma, y cogiendo un Crucifijo que habia en su celda fué á colocarse al paso de los raptores, impidiendo que se llevaran á la princesa. Los bandidos al ver á la abadesa, cuyo valor y alta reputacion de santidad era conocida

en toda la tierra de Burgos, vacilaron, retrocedieron y no se atrevieron á alzar sus manos sacrílegas sobre aquella santa mujer que les arrebatava su presa.

Durante este tiempo llegaron gran número de criados, clérigos y labradores, y maniatados los bandidos, fueron encerrados en la fortaleza de Burgos.

Pasamos despues á examinar el imponente pretorio desde donde regia la abadesa la comunidad sumisa á su mando y la modesta celda á donde iba á humillarse bajo el poder de Dios.

—Aquí no veis, nos dijo el sacerdote, mas que á la que dirigia y administraba; entremos ahora en esta otra sala y vereis á la que, despues de juzgar, castigaba.

Entramos en un salon cuya disposicion interior y carácter siniestro me inspiraron un sentimiento de terror y de compasion. En el fondo, y sobre un estrado bastante alto, habia un sillón de terciopelo blasonado destinado á la abadesa; encima del sillón se veia un Cristo, cuya forma era muy semejante al milagroso Cristo de los Agustinos; debajo, y á ambos lados del estrado, dos sillas destinadas á las inspectoras encargadas de cumplir y ejecutar las

órdenes de la superiora, y alrededor de la estancia una hilera de bancos reservados para las religiosas y novicias.

En medio, en frente del sillón principal, veíase un taburete de nogal y á su lado una mesa, sobre la cual no habia más que un libro de los santos Evangelios, un Crucifijo y algunos misteriosos instrumentos, cuyo terrible uso al punto adiviné.

Aquel taburete era el asiento de la acusada.

A un lado habia una tribuna separada con comunicacion exterior para los testigos y aun para el público, cuando la superiora tenia á bien admitirle á presenciar sus juicios.

Despues de habernos dejado contemplar por algun tiempo aquel lúgubre salon, simbolo del señorío y poder feudal de la mitrada abadesa, señora de horca y cuchillo, el anciano sacerdote abrió una puertecilla falsa y nos condujo por una escalera estrecha y oscura á los subterráneos del convento.

Hallábanse allí los sitios destinados á la expiacion y á la penitencia: negros calabozos, bóvedas bajas de techo y húmedas, cadenas y cerrojos.

Helóseme el corazon de espanto en aquella mansion, y pedí con empeño al venerable sacer-

dote nos volviera á respirar el aire y la luz de la libertad.

—Espérense Vds. un poco, nos dijo; falta aún enseñarles un calabozo. Y encendiendó un cabo de vela de cera nos condujo por un estrecho y lóbrego corredor, en cuyo extremo habia una pequeña celda cerrada con una espesa reja de hierro.

—¿Qué es esto? le pregunté.

—Este es el calabozo donde espiró la hija de Diego Ruiz, uno de los famosos arquitectos que contribuyeron á la construccion del crucero de la catedral.

—¿Por qué la encerraron en esta estrecha y lóbrega prision?

—Es una historia que, si no temiera molestarles, les referiria.

—Con mucho gusto la escucharemos.

—Pues bien; salgamos de esta mansion del dolor y en mi habitacion les referiré á Vds. la triste historia de la novicia Mercedes, hija de Diego Ruiz.

Salimos, y al volver á respirar el aire libre se dilató nuestro corazon, oprimido con el viscoso y húmedo ambiente que habíamos respirado en los subterráneos.

Descendimos la escalera principal del monas-

terio, y en el claustro bajo, á la derecha de la puerta que conduce al templo, nos hizo entrar el sacerdote en una de las celdas que le servia de habitacion; allí, sentados en anchos sillones de brazos cubiertos de cuero labrado de Córdoba, y tachonados de gruesos clavos dorados, esperamos con ansiedad la historia de la novicia cuyo calabozo acabábamos de visitar.

Hé aquí la triste historia que nos refirió, y que trasmitimos fielmente á nuestros lectores:

CAPÍTULO III.

En que se da á conocer á los lectores al jóven don Alonso de Vivar y su prometida, la hija de los condes de Gonzalez.

Corria el año de 1493; y en uno de los más hermosos dias del mes de Mayo se notaba en la ciudad de Burgos gran animacion y contento; las campanas de su gótica catedral se habian echado á vuelo y las calles estaban llenas de una multitud alegre y bulliciosa; las ventanas y balcones de las casas estaban adornados con tapices y colgaduras, y por do quiera se veia marcada la satisfaccion.

En la plaza era donde más se notaba esta animacion; veíanse diversos grupos de menestrales, donde se disputaba con calor sobre el acontecimiento del dia.

Cerca de la fuente habia uno mayor que los otros, donde un escudero, al parecer de una casa grande por el escudo de armas que se veia bordado en su ferreruelo, subido sobre el pilon de la fuente, gesticulaba y hablaba á grandes voces á los numerosos labriegos que habia á su alrededor.

—Sí, señores, les decia, todo cuanto se cuenta es cierto, y yo mismo lo he oido de boca del grande hombre hace ocho dias, cuando se presentó en Barcelona á nuestros augustos reyes doña Isabel y D. Fernando. Yo he visto los mil objetos que depositó á los piés del trono, el oro, la plata, las piedras preciosas y las pintadas aves que traian los indios que le acompañaban.

—Pero, Nuño, dijo uno de los labriegos, no hables tanto; dinos por fin, de una vez, qué es lo que has visto.

—Pues bien, he visto al gran navegante, á Cristóbal Colon, de vuelta de su viaje, en que ha descubierto las Indias Orientales.

—¿Quién es ese Colon que ha descubierto esas Indias, cuyas maravillas tanto decantas?

—Escucha, ignorante, dijo Nuño; Cristóbal Colon es un genovés que, dedicado al estudio de la náutica, ha visto más que ninguno de nuestros na-

vegantes; pues mientras ellos han creído que al otro lado del mar no había nada, él ha encontrado un nuevo hemisferio. De córte en córte ha ido exponiendo su proyecto, y en todas partes ha sido rechazado como un loco, como un visionario; pero nuestra augusta soberana doña Isabel acogió su proyecto, le facilitó recursos, y fletando tres naves, la *Niña*, *Pinta* y la *Santa Maria*, se dió á la vela en el puerto de Palos, y con su teson y perseverancia llegó á descubrir el nuevo mundo.

—Viva Colon! viva el marino! gritó la muchedumbre.

—Sí, amigos, respondió Nuño; viva Colon y preparémonos á recibirle, pues hoy debe entrar en nuestra ciudad acompañando á nuestra reina doña Isabel, y con él viene tambien mi amo y señor el conde Gonzalez.

Como hemos visto por la explicacion del escudero Nuño, aquel dia de júbilo, aquella fiesta era por la entrada en la ciudad de Burgos de la reina doña Isabel y del descubridor de las Américas, el inmortal Cristóbal Colon.

Las doce dieron en aquel momento en la catedral, y altoque desus campanas anunciando la oracion del medio dia, la gente que llenaba la plaza

se descubrió respetuosamente rezando el Ave María; despues, como impulsada por un mismo resorte, la muchedumbre se dirigió á la puerta de la ciudad por donde debia hacer su entrada la católica reina y el célebre marino.

El sonido de las alegres trompetas de la ciudad y el de los atabales y atambores dió á conocer á aquella inmensa multitud la aproximacion del cortejo real.

Este no tardó en aparecer; rompian la marcha los gigantones de la catedral y los enanos, seguidos de los matachines y la tarasca.

Esta costumbre tan antiquísima en muchos pueblos de España, tenia en aquella época una significacion muy diferente á la que se le da en el dia. Los gigantones figuraban el gigante Goliath vencido y degollado por el jóven David, la tarasca representaba la meretriz de Babilonia sobre el Leviathan, y los deformes y cabezudos enanos los pecados mortales, destruidos por Jesucristo.

Detrás marchaba la trompetería real, seguida de los heraldos y reyes de armas y un lucido escuadron de guerreros, á cuyo frente iban D. Alonso de Vivar, descendiente del célebre Cid Campeador, jóven y arrogante mancebo por quien suspi-

rabán muchas de las damas de la corte de Castilla y prometido esposo de doña Leonor, hija del noble poderoso conde D. Fernan Gonzalez, que, orgulloso con su progénie, que habia dado reyes á Castilla, habia pactado la boda con el descendiente del Cid.

Detrás de este brillante escuadron marchaba la reina doña Isabel montada en una hacanea blanca y seguida de los nobles caballeros de su comitiva.

Al lado de D. Gonzalo de Córdoba, y precedido de los magistrados de la ciudad, iba el intrépido marino Cristóbal Colon, y detrás, entre dos filas de arqueros, los indios que habia traído de su expedicion, y que llamaban la atencion de la apiñada muchedumbre por las pintadas plumas que llevaban en la cabeza, y las que, rodeándoles el cuerpo, les servian de vestiduras.

Como es costumbre, dirigiéronse primero al templo, donde entre nubes de incienso se entonó un himno de gracias al Altísimo, y despues la régia comitiva se dirigió al palacio donde tenia dispuesto su alojamiento la reina.

Los gigantes y enanos recorrieron durante el dia toda la ciudad, animando á la alegre muche-

dumbre con sus danzas, acompañadas del tamboril y dulzaina morisca.

Cristóbal Colon, héroe, digámoslo así, de aquel día, y cuyo nombre, al par que el de la reina, tan vitoreado habia sido por el pueblo, despues de tomar la vénia de doña Isabel se retiró, acompañado del prior de los frailes Agustinos, al convento de éstos, donde le tenian preparada una celda y adonde al dia siguiente debian concurrir los nobles y ricos-homes para oir las explicaciones de su viage y facilitarle medios para la segunda expedicion.

No bien dejó instalada á la reina Isabel en su palacio y en sus diferentes alojamientos á los caballeros que componian el brillante escuadron que habia escoltado á la reina, su jefe, D. Alonso de Vivar, entregó su caballo á Nuño, el escudero que ya conocemos, y sin despojarse de su acerada armadura se dirigió apresuradamente hácia el palacio del conde Gonzalez, situado en uno de los extremos de la ciudad, y llegando á la puerta principal, llamó repetidas veces. Salióle á abrir un escudero, que le dijo:

—Seais bien venido, D. Alonso de Vivar; mi ama doña Leonor os espera con impaciencia.

Subió rápidamente D. Alonso la escalera de honor, y á la entrada del salon se encontró con una doncella de doña Leonor, que le guió al aposento de ésta.

D. Alonso de Vivar, capitán de los tercios castellanos, era hijo del conde D. Fernando de Vivar, descendiente del Cid Campeador, casado con doña Aldonza, hija de los marqueses de Alpuente; no habian tenido éstos más hijo que D. Alonso. La condesa doña Aldonza habia muerto pocos dias despues de haber dado á luz á D. Alonso; así es que el padre habia reconcentrado en su hijo todo su cariño y era el objeto asiduo de todos sus cuidados. Conociendo el conde su inclinacion á las armas, le habia puesto al frente de su mesnada y con ella habia asistido á las tomas de Ubeda y Baza y á la de Granada. Su aire marcial, su bizarría, valor y ardimiento habian desde luego llamado la atencion de sus soberanos, pero en especial de la reina doña Isabel, que lo reputaba por uno de los guerreros y adalides más esforzados de su ejército.

Esta reputacion, justamente adquirida, la debió á un combate parcial bajo los muros de Granada.

La reina doña Isabel había puesto juntamente con su esposo cerco á la ciudad de Granada. El

rey Boabdil se defendía, resguardado por sus fuertes é inespugnables murallas; varias veces el ejército castellano había intentado el asalto, que fué rechazado por el ardimiento y pujanza de los moros, que comprendían que, perdida Granada, su poder en España había terminado.

Los reyes católicos, á pesar de estos descalabros, no cesaron de su empresa, y formalizando el sitio de Granada, á las débiles tiendas de lona del campamento cristiano con rapidez inconcebible se vieron sustituir edificios de mampostería, y formarse ante la vista asombrada del enemigo la ciudad de Santa Fé.

Diariamente los caballeros cristianos iban bajo los muros de la ciudad sitiada á provocar á los moros á singular y parcial combate.

Un día, antes del amanecer, un jóven guerrero, montado en un magnífico alazan y armado de punta en blanco, acompañado solo de un escudero, burlando la vigilancia de las avanzadas, y sin hacer caso de las órdenes de los reyes católicos, que habían tenido que prohibir los combates parciales entre moros y cristianos por las muchas desgracias que habían acontecido, y que privaban, sin fruto de ninguna especie, al ejército de sus más

floridos capitanes, salió del campamento de Santa Fé y á todo galope se dirigió á los muros de Granada.

Al ver los moros llegar un caballero solo creyéronle un parlamento, y avisaron al alfaquí que estaba de guardia; asomóse éste á la muralla y le gritó:

—¿Qué quereis?

El jóven guerrero, que era D. Alonso de Vivar, le contestó:

—Vengo á ver si entre vosotros se halla algun valiente que quiera medir sus armas con el descendiente del Cid Campeador, el que os arrojó del reino de Valencia.

Y al decir esto levantóse la celada de su reluciente y bruñido casco.

Al verle los moros tan jóven y barbilampiño, riéronse de su provocacion.

—¡Cobardes! les gritó D. Alonso, ¿no hay ninguno entre vosotros que quiera medir sus armas conmigo? ¿Teneis miedo, y temblais que os suceda los mismo que á Tarfe? ¡qué arrogante murió á manos de mi amigo Garcí-Laso de la Vega! ¡Cobardes! salid uno á uno; decid á vuestros jefes que D. Alonso de Vivar los desafía.

Durante esta provocacion varias veces los moros habian puesto en tension las cuerdas de sus ballestas para arrojar al intrépido jóven algun venablo; pero la presencia del alfaquí los contuvo, y más la llegada de Abou-Mohammed, descendiente de los almohades y uno de los jefes más importantes y de más prestigio en la ciudad por su valor, fiereza y progénie.

—¿Qué es eso? preguntó al ver la algazara que habia en la muralla.

—Un guerrero cristiano, á quien apenas apunta el bozo, que viene á provocarnos á singular combate.

Miró fieramente Abou-Mohammed al caballero, y con aire despreciativo le dijo:

—Retiraos, jóven, y volveos al regazo de vuestra madre; no os espongais á que Abou-Mohammed os dé una severa leccion.

—Si sois tan valiente como arrogante, Abou-Mahommed, salid á medir vuestras armas con las mias; que prometo llevar vuestra cabeza atada á la cola de mi corcel hasta los piés de mi reina y soberana doña Isabel.

Lleno de ira el moro montó á caballo, abrióse un portillo de la muralla y pocos minutos despues

encontróse frente á frente con el caballero castellano.

D. Alonso, al verle llegar, enristró su lanza, el moro hizo lo mismo, y picando espuelas se arremetieron uno contra otro. Rudo fué el golpe, pero desgraciado para Abou-Mohammed, pues, resbalando la lanza de D. Alonso por el coselete acorado, penetró por el brazuelo del moro, que, soltando la lanza y la brida del caballo, cayó al suelo.

Rápido como un relámpago D. Alonso contuvo su caballo, apeóse, y poniendo una rodilla sobre el pecho del moro, cortó con su daga la correa que sostenia el yelmo, y de un solo tajo separó la cabeza del tronco.

Un grito de horror y de venganza resonó en la muralla, y tres guerreros moros salieron para vengar la muerte del descendiente de los almohades; pero D. Alonso montó á caballo y uno á uno venció á sus adversarios, y atadas las cuatro cabezas á la cola de su caballo, fué á depositarlas á los piés de la católica reina, que no pudo escusarse de perdonar la infraccion de sus órdenes en vista de la insigne hazaña del jóven D. Alonso, y desde aquel dia fué nombrado jefe de la escolta de caba-

llos castellanos que acompañaban y custodiaban á la reina doña Isabel.

Tres meses después D. Alonso enarbolaba la bandera de castillos y leones y barras aragonesas en la torre de la Vela, y el rey Boadil el Chico, acompañado de su madre Lindaraja, subía la cuesta de la Alpujarra, llamada del Suspiro, desde donde divisó por última vez la ciudad de Granada, y se despidió de su antigua morada derramando abundantes lágrimas, que al verlas su madre exclamó con enojo:

—Llora, llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre.

D. Alonso esperó pocos momentos en la cámara donde la doncella camarera lo había introducido. Alzóse una cortina de cuero que daba entrada á las habitaciones de doña Leonor, y apareció ésta seguida de la camarera y dos dueñas ya entradas en años.

D. Alonso besó respetuosamente la mano de la jóven, y ésta le dijo:

—Doy gracias á Dios que me devuelve sano y salvo á mi futuro esposo, después de dos años de cruel separación, en que sus numerosas hazañas han llegado hasta mis oídos.

—Gracias, hermosa Leonor; no sabeis cuánto anhelaba este feliz y dichoso momento.

—¿Os habeis acordado de mí?

—¿Y cómo no habia de acordarme, cuando vuestra imágen, grabada con buril de amor, la llevo eternamente en mi corazon?

—Galante venís de la guerra, D. Alonso.

—No es galantería, señora; os amo, y bien lo sabeis vos, y bendigo la hora en que mi padre y el noble conde Gonzalez, vuestro padre, trataron de nuestra union, que será el colmo de mi felicidad, pues os amo con delirio.

Las dueñas, al ver el giro que tomaba la conversacion, prudentemente se habian retirado al hueco de una de las ventanas cuyas vistas daban al rio.

—D. Alonso, yo tambien os amo, y como vos bendigo la idea de nuestros padres, y deseo el momento feliz de nuestra union; y para que veais que he pensado continuamente en vos, os voy á dar una prueba de mi amor.

—Creo, Leonor, que me amais como yo os amo, y que no teneis necesidad de darme ninguna prueba para que yo crea en vuestro sincero y verdadero amor.

Doña Leonor, volviéndose hácia sus dueñas, las dijo:

—Traedme lo que os he encargado.

Las dueñas salieron de la estancia, y D. Alonso, aprovechando aquella ausencia, cubrió de besos la blanca y torneada mano de la jóven.

Doña Leonor era el tipo más acabado de la belleza femenil.

Su alta y majestuosa estatura, sus desarrolladas formas la hacian parecer una diosa.

Su pecho, blanco como el mármol, descubria su hechicera forma á través de la transparente muselina. Sus bellísimos cabellos, rubios como el oro, caian ondulantes sobre sus nevadas espaldas; sus ojos eran negros, grandes, tiernos y de dulce mirar; su boca rosada, de finos lábios y anacarados dientes; su nariz correcta, y la graciosa forma de su ovalado rostro, lleno de dulce melancolía, la daban un aspecto irresistible.

Los dos jóvenes habian sido destinados el uno para el otro desde su más tierna infancia. Era para sus padres este proyectado enlace el asunto de todas sus conversaciones y reasumia sus más caras esperanzas, pues veian en esta union de la sangre de los soberanos con la sangre de los

héroes la gloria y felicidad de ambas familias.

Criados ambos con este pensamiento, acostumbrados á mirarse como destinados el uno para el otro, esperaban D. Alonso y doña Leonor, sin que jamás se hubiese presentado á su ánimo sobre este punto la menor duda, la época en que debian ser conducidos por sus padres al pié de los altares.

D. Alonso era valiente, como hemos visto; generoso y sensible, amaba con ternura á la que le estaba prometida; pero este cariño nada tenía de exaltado, nada que turbase el reposo de sus noches, ni la paz de sus dias; amaba á Leonor porque desde niño se habia acostumbrado á mirarla como su prometida, como su futura esposa.

Los que conocian la vivacidad de sus sensaciones, el fuego de sus primeros movimientos, el ardor con que abrazaba todo lo que heria su imaginacion, no se hubieran decidido á responder de que la aficion adquirida en su infancia bastaria á su fogosa juventud, y de que algun accidente imprevisto, algun capricho de la fortuna no vendria á destruir unos planes combinados por sus padres con tanta discrecion y detenimiento.

No sucedia así con doña Leonor; sensible como D. Alonso, dotada como él de un carácter impetuo-

so, de un alma ardiente, de una imaginacion fácil de inflamarse, Leonor habia concentrado en él sólo todos sus pensamientos y todas sus facultades; la costumbre y la seguridad no habian hecho más que fomentar y acrecer un amor cuyo principio se confundia en sus recuerdos con los primeros latidos de su corazon, y cuyo fin ni aun la idea de la muerte hubiera podido hacerla comprender.

Entraron las dueñas llevando un azafate cubierto con un paño de seda verde.

Doña Leonor separó el paño y dejó ver á los ojos de su prometido una preciosa banda de seda primorosamente bordada de menudas perlas de aljófar.

—D. Alonso, tomad, le dijo, esta prenda de amor y recuerdo de vuestra prometida.

Dobló D. Alonso la rodilla y la jóven ciñó la banda á su prometido.

En aquel momento entraron en la estancia el conde Gonzalez y el conde D. Fernando de Vivar.

—Así me gusta, dijo el anciano conde Gonzalez: precisamente veníamos á anunciaros una grata nueva; vuestro padre y yo, D. Alonso, hemos determinado que dentro de seis semanas se lleve á cabo vuestro enlace.

—Sí, hijo mio; este enlace tan de tu agrado como del nuestro, dijo el conde de Vivar, colmará de júbilo á nuestras familias.

—Gracias, padre mio, dijo D. Alonso; amo á Leonor y ella corresponde á mi amor, y cumpliendo vuestros deseos labrais nuestra felicidad.

—Padre mio, añadió doña Leonor, el amor de Alonso es mi única dicha, es mi felicidad; os doy gracias por la noticia que nos habeis anunciado. Dentro de seis semanas mi dicha será completa, mi sueño de amor y felicidad se habrá realizado.

—Dios os bendiga, hijos míos, como nosotros os bendecimos en este momento, dijeron los dos ancianos.

Y un estrecho abrazo unió aquellas cuatro almas.

CAPITULO IV.

De cómo conoció D. Alonso á la bella Mercedes.

Salió D. Alonso al oscurecer del palacio del conde Gonzalez, y su alma, arrobada en la contemplacion de su próxima felicidad, soñaba que dentro de breve plazo seria dueño de la hermosa doña Leonor.

Sumido en estos pensamientos se encontró junto al convento de los Agustinos, cuya puerta entreabierta iluminaba una pequeña lámpara. Los ecos armoniosos del órgano le hicieron volver en sí y penetró en la iglesia, pensando poner bajo la proteccion divina su ventura, invocando la milagrosa imágen del santo Cristo de Burgos.

Puesto de hinojos ante la venerada imágen, oró con fervor largo rato.

Durante su oracion los ecos del órgano se fueron apagando lentamente y la gente fué poco á poco abandonando la iglesia.

Ya iba á terminar su oracion, cuando llegó á sus oidos una voz triste y melodiosa que dirigia á la milagrosa imágen palabras suplicantes, interrumpidas por amargos sollozos.

La más viva curiosidad y el sentimiento de una tierna compasion movieron á D. Alonso á acercarse más á la que pronunciaba aquellos dulces acentos que tanto le habian conmovido, y vió una jóven cuyas facciones, por la oscuridad que reinaba en el templo, no pudo distinguir bien, pero que le pareció sumergida en el más profundo dolor.

—¡Cristo mio! decia la jóven, llena de uncion y contricion; salvad á mi pobre madre, el amparo de nuestra casa; ¿qué va á ser sin ella de mis pobres hermanos? ¿qué va á ser de mí? ¡aceptadme, Señor, por víctima en su lugar!

Y copiosas y abundantes lágrimas interrumpian su fervorosa oracion.

Despues, levantándose la jóven, debil y trémula se dirigió hácia la puerta, pudiendo apenas sostenerse en pié.

Arrastrado por un impulso involuntario, llegóse

á ella D. Alonso para ayudarla á sostenerse; pero pasó junto á él la jóven sin mirarle, y tuvo que limitarse á seguirla fuera de la iglesia para socorrerla en caso de que sus fuerzas la abandonaran enteramente.

La noche empezaba á tender su negro manto, cuando los dos jóvenes salieron de la iglesia.

La jóven parecia que habia recuperado sus fuerzas, y aunque con paso lento pero seguro atravesó la plaza, dirigiéndose por entre un laberinto de calles y callejuelas hácia la puerta de la ciudad que mira al Norte. Allí, casi pegada á la muralla, habia una casa de humilde apariencia; la jóven penetró en ella y cerró detrás de sí la puerta.

D. Alonso tomó bien las señas de la casa y se dirigió á su aposento.

No bien llegó, Nuño su escudero le despojó de la armadura, y doblando cuidadosamente la banda que le habia dado su prometida, la besó, depositándola luego sobre el respaldo de un anchuroso sitial.

Pero su pensamiento no estaba en doña Leonor; no estaba en la banda que de ella habia recibido y en la que acababa de estampar sus lábios.

Su pensamiento estaba fijo en la jóven que habia visto arrodillada y orando al pié del santo Cristo del convento de los padres Agustinos.

—Nuño, dijo de repente el jóven, llamando á su escudero; Nuño, siempre te he tenido por hombre sagaz y astuto; necesito hoy ponerte á prueba.

—Mandad, señor, contestó el escudero; ya sabeis mi fidelidad inquebrantable y que por vos daria mil vidas si las tuviera.

—Bien, Nuño, ya lo sé, y por eso he depositado siempre en tí mi confianza; vas á hacerme una comision difícil, pero que tu sagacidad encontrará medio de facilitar. Deseo conocer quién es una jóven que vive cerca de la puerta del Norte, en una casita casi pegada al primer torreón de la muralla; la he encontrado en la iglesia de los Agustinos y quisiera saber quién es.

—Está bien, señor, dentro de poco quedareis complacido.

Arrojóse D. Alonso sobre un sillón, y reclinada la cabeza en el respaldo quedó sumergido en una profunda meditacion, que su escudero Nuño tomó por sueño y cansancio de la jornada que habia hecho aquel dia con la escolta de guardia y defensa de la reina.

Recogió el escudero la armadura, yelmo y espada de su señor, y salió á cumplir su cometido.

Hablador por naturaleza, ligero y decidor, pronto se ingenió el escudero para averiguar lo que su amo quería saber; de taberna en taberna llegó desde la plaza á la puerta del Norte, y á las dos horas estaba al corriente de todo; habia hecho hablar á los taberneros, á los tenderos y hasta la vecina que habitaba la casa inmediata á la de la jóven.

Volvió á su casa y encontró á su amo en la misma postura en que le habia dejado. Sus ojos cerrados y su respiracion tranquila hicieron creer al escudero que estaba profundamente dormido; así es que para llamarle la atencion, le tocó ligeramente en el brazo.

—¿Qué hay? preguntó D. Alonso abriendo los ojos.

—Señor, respondió el escudero, vengo á traeros las noticias que deseabais. La jóven por quien preguntais se llama Mercedes; es casi una niña y hermosa como Nuestra Señora de Loreto, buena, modesta, caritativa y querida en todo el barrio que habita; pues aunque no es mucho su bienestar, no deja de ser la Providencia de los pobres de su

barrio, y las madres la citan como modelo á sus hijas y la codician para esposa de sus hijos; es hija de Diego Fernan Ruiz, de oficio arquitecto y uno de los maestros que actualmente embellecen el crucero de nuestra santa catedral; vive con su anciana madre y dos hermanos, uno de ellos mozo ya de diez y seis años; la madre está muy enferma y maese Lúcas, que la ha visitado hoy, asegura que la ciencia tiene pocos medios ya para salvarla; su marido el arquitecto pasa por hombre hábil y entendido en su arte y es apreciado en Burgos como uno de los hombres más honrados de Castilla.

—Está bien, Nuño; quedo satisfecho de tu celo y actividad, dijo D. Alonso.

Y sacando de su escarcela una dobla de oro con los bustos de los reyes católicos, se la entregó á su escudero.

Este la cogió con avidez en la mano, miróla codiciosamente y la sepultó en sus profundos y anchos bolsillos, que nunca habian contenido más que algunos que otros maravedises de plata.

—Déjame solo, y vete á descansar, dijo D. Alonso, que yo me voy tambien á acostar.

Al dia siguiente, apenas habia despuntado el alba, ya D. Alfonso estaba de pié, y cubierto con

una capa, y ceñida al cinto su larga y ancha espada, se dirigió hacia la puerta del Norte de la ciudad, recorriendo una y mil veces la estrecha calle contigua á la muralla y lanzando á la casa donde habitaba la jóven ardientes miradas.

Las ventanas de la casa permanecian herméticamente cerradas; ya iba D. Alonso á retirarse cuando salió de la casa un apuesto y gallardo mancebo que, al ver á D. Alonso, le dijo:

—Caballero, paréceme que sois de la córte, y quisiera preguntaros, si no os molesta, dónde para el marino Cristóbal Colon.

—Jóven, respondió D. Alonso, soy de la córte, como habeis pensado, y capitan de la escolta de la reina. Cristóbal Colon es muy amigo mio, y si queis os acompañaré á verle; pero á mi vez os pregunto: ¿quién sois?

—Me llamo Alvaro Ruiz, contestó el mancebo, y soy hijo del maestro arquitecto de la catedral; más no queriendo ser gravoso á mis padres, y habiendo oido contar las maravillas de las tierras descubiertas por Colon y que éste recluta gente para su segunda expedicion, quiero irme á presentar á él y ver si me alista entre los expedicionarios. Como mi padre soy maestro de edificaciones, y tal vez

pueda serle útil en aquellas regiones lejanas y ganar lo suficiente para que mis padres tengan una vejez pacífica y reposada; pues con los 500 maravedises que el cabildo catedral ha asignado á mi padre vivimos llenos de privaciones, y aunque mi madre trabaja y mi hermana borda en seda y brocado ornamentos para la catedral y el monasterio de las Huelgas, mi deseo es que no trabajen y pasen holgadamente el resto de su vida; además mi hermana, que es bella y hermosa, quiero reunirla una dote para cuando se case; pero perdonadme, caballero, estos detalles que no os interesan y tal vez os hayan hecho formar mala opinion de mí.

—Al contrario, jóven, veo que teneis corazon y ambicion, y con estas dos cosas, cuando se tiene constancia, se va muy lejos; pero ¿son sabedores vuestros padres de semejante proyecto?

—Sí, caballero; mi padre lo sabe y consiente, pero mi pobre madre está gravemente enferma y ayer creimos fuera el último dia de su vida; pero gracias á las oraciones de mi hermana, que es un ángel, y á la misericordia con que el Santo Cristo de los Agustinos ha oido sus fervorosas súplicas, el peligro ha desaparecido casi repentinamente

y una milagrosa reaccion ha producido una salu-
dable crisis en su enfermedad.

—Vamos, dijo D. Alonso, al alojamiento de
Colon.

Y los dos se dirigieron al convento de Agustinos,
á donde estaba alojado el célebre navegante.

Hallábase este rodeado de la nobleza castellana
en la sala capitular y le referia la expedicion, las
penas y los trabajos que en ella habian pasado.

—Nobles caballeros, hijos-dalgos, barones de
Castilla: oid y prestad atencion, y despues, si me
creeis digno de vuestro apoyo, dádmele para que
pueda conquistar otro floron más á la Corona de
Castilla.

Protegido por la noble reina doña Isabel, que
entregó los fondos y recursos necesarios, monté y
tripulé tres carabelas en el puerto de Palos. La
Niña, la *Pinta* y la *Santa María*; en esta puse mi
pabellon de almirante, di el mando de la *Pinta* á
Martin Alonso Pinzon y el de la *Niña* á otro de sus
hermanos, Vicente Pinzon, y equipados conve-
nientemente, el 3 de Agosto de 1492, al despuntar
el alba, desplegamos las velas, y pasando la barra
pusimos la proa á Sudoeste, en direccion á las
Islas Canarias.

Toda mi esperanza la tenia puesta en Dios, y al lanzarme en medio del Océano mi corazon palpitaba de gozo y de esperanza; veia mis sueños realizados; iba á dar nuevos dias de gloria á Castilla y á colocar en su corona un glorioso floron que representaba un nuevo mundo.

Al llegar á la vista de las Canarias, la *Pinta* pidió socorro; su timon se habia roto, pero su hábil capitán, Martin Alonso Pinzon, logró componerlo.

Al dia siguiente volvió á inutilizarse el timon, y entonces arribamos á las Canarias para proceder al arreglo de las velas de la *Niña*, y la definitiva compostura del timon de la *Pinta*.

El 6 de Setiembre salimos de la isla de la Gomera con rumbo al Occidente; tres dias de calma nos detuvo cerca de la costa, pero el domingo 9 del mismo mes levantóse una brisa favorable, hincháronse las velas y desapareció de nuestra vista la última sombra de tierra, el último picacho de la isla de Hierro.

Avanzábamos á través de lo desconocido, de lo misterioso. Mi gente, al dejar atrás la tierra, sintió oprimirse su corazon y muchos se arrepentian de haberme seguido. Pusilánimes é ignorantes, faltos de valor, empezaban á dudar; yo les animaba, y

hacia con mil esfuerzos que renaciera en ellos la esperanza.

A 150 leguas, al Occidente de la isla de Hierro, encontramos un pedazo de mástil, resíduo tal vez de algun naufragio. El dia 13, puesto en el castillo de popa, mis ojos parecieron turbarse: un fenómeno extraño casi vino á hacerme vacilar; la brújula, en vez de señalar la estrella del Norte, inclinóse seis grados al Noroeste; esta inclinacion que me habia aterrado; al dia siguiente fué más considerable.

Guardé profunda reserva sobre este hecho; pero Pinzon, Pedro Alonso, Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan, los pilotos, lo notaron, y me costó gran trabajo explicarles este fenómeno.

El dia 14 tuvimos fuertes rachas de viento que terminaron con una horrible tempestad, lo que acabó de aterrar á la ignorante tripulacion.

El 18 cubrióse el cielo de una espesa neblina, que á la postura del sol presentó tales formas que todos creimos ser tierra; pero á la mañana siguiente nuestra ilusion quedó completamente desvanecida.

Amotinóse la gente en vista de esta decepcion, y con súplicas y amenazas me pidieron hiciera

rumbo á España y desistiera de continuar mi viaje.

Mi fé no vaciló; seguí mi rumbo, y aquel dia la Providencia reanimó el decaído ánimo de mi gente.

Vimos mecerse en las olas hierbas frescas y posarse en los mástiles, no ya las gaviotas, que lanzan su vuelo á inmensas distancias, sino pequeños pájaros que anidan en los árboles de la tierra.

Pasáronse varios dias, y no descubriéndose aún la tierra, el descontento creció, y con disgusto ví que tomaban parte en él las personas en que tenia puesta mi esperanza.

Hice cuanto me fué posible para calmarlos, cuando de la *Pinta* se escapó un grito que anunciaba tierra; pero esta vez, como la pasada, pronto se desvaneció la nube que habia forjado aquella ilusion.

Por tercera vez se sublevó la tripulacion, y á grandes gritos pedian pusiera la proa á España. Mi vida se vió amenazada; empero la fé y la esperanza me guiaban.

Pacté con los rebeldes una tregua de tres dias; plazo fatal que al espirar, si no habia descubierto

la tierra, debía quitarme la esperanza, la ilusion de descubrir el mundo por mí soñado.

Nobles varones, ricos-homes que con atencion me escuchais: podeis comprender cuánto sufriria mi corazon, cómo la fiebre abrasaria mi frente; pero mi esperanza no desfallecia. Puesta la mano en el timon, hacia dos dias y dos noches que mis ojos no se habian cerrado, mi cuerpo no habia reposado; fijos siempre en el sitio donde creia existia la tierra, parecia que de un momento á otro iba á ver cumplida mi esperanza; mi corazon se elevaba al Sér Supremo, y mi labio murmuraba ardiente y fervorosa oracion.

De repente ví brillar á lo léjos como el fulgor de una estrella; mi corazon palpité con ansiedad.

¡Era luz! ¡luz que se movia, luz que vagaba de un lado á otro! y mi voz, trémula y conmovida, gritó:

—¡Tierra, tierra!

Y prosternado al pié del timon dí gracias al Señor, que se habia apiadado de mis tormentos.

Cuatro horas faltaban solo para que espirase el fatal plazo que para variar de rumbo me habia dado mi rebelde tripulacion.

Al romper el alba la voz de ¡tierra! surgió de

todos los lábios, y los que antes desconfiaban de mí, humildes me pedían perdón.

—¡Hijos, les dije, alabemos á Dios, démosle gracias por haber llevado á cabo nuestra expedición. ¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Gloria á nuestra católica reina, que ha patrocinado nuestra empresa!

Mientras tanto la tierra se hacia cada vez más visible, y al dia siguiente por la mañana, 12 de Octubre de 1492, vestidas de gala las tripulaciones, empavesadas las carabelas, pusimos pié en la tierra, y clavando el estandarte de Castilla en el Mundo Nuevo, tomé posesion de él en nombre de mi augusta y católica soberana la excelsa Isabel I.

Fértil, cual frondoso jardin perfectamente cultivado, es aquella tierra; sus montañas encierran en sus profundas entrañas oro y plata, y sus torrentes y rios arrastran en abundancia, entre sus arenas, partículas de tan precioso metal.

En arrecifes de coral se encuentran bancos de perlas, y sus frondosos bosques están plagados de robustos árboles, de preciosas é incorruptibles maderas.

Sus habitantes, pacíficos y numerosos, acatan hoy la cruz del Redentor y son vasallos de Castilla.

Pero esta isla no es lo que yo pensaba; más allá hay continentes más ricos y poblados, y para descubrirlos, para conquistarlos y hacerlos tributarios de Castilla, para eso os he reunido; para eso he venido á buscar vuestro amparo y proteccion.

Proteccion que os pido unais á la que me dispensan ya nuestros católicos reyes.»

Los nobles reunidos en aquella estancia, y que con el mayor gusto habian escuchado la relacion del marino, se apresuraron á ofrecerle su apoyo y recursos de todas clases para la segunda expedicion.

La fé se habia avivado, pues veian los resultados que habia dado la primera expedicion.

Ya Cristóbal Colon no era el loco, el iluso marino que de corte en corte habia ido ofreciendo un nuevo mundo; era el intrépido, el sábio almirante que con su ciencia, su constancia y su enérgica voluntad habia dado un floron más á la resplandeciente y gloriosa corona de Castilla.

Todos los nobles, uno á uno, estrecharon aquella noble mano, y prometieron, como hemos visto, auxiliar la segunda expedicion.

D. Alonso de Vivar, cogiendo de la mano al

hijo del arquitecto Alvaro Ruiz, le presentó á Colon diciéndole:

—Almirante, á más de los recursos que en dinero y especie piensan daros para contribuir á vuestra segunda expedicion, os presento á este jóven, que, lleno de valor y de entusiasmo, quiere acompañaros.

Su saber en el arte de edificar os será útil para la formacion de los establecimientos que fundeis.

—¿Cómo os llamais, jóven? preguntó Colon.

—Alvaro Ruiz; y como hijo del maestro Diego Ruiz, que trabaja en las obras de la catedral, tengo algunos conocimientos en el arte de la construccion.

—Esta bien, jóven; desde este momento quedais agregado á la expedicion, y cobrareis hoy mismo, por adelantado, trescientos ducados, importe de un año de haber, y tendreis un tanto en los beneficios que obtenga la expedicion.

—No sé cómo agradeceros, noble Colon, lo que por mí haceis, contestó Alvaro Ruiz, lleno de satisfaccion y alegría.

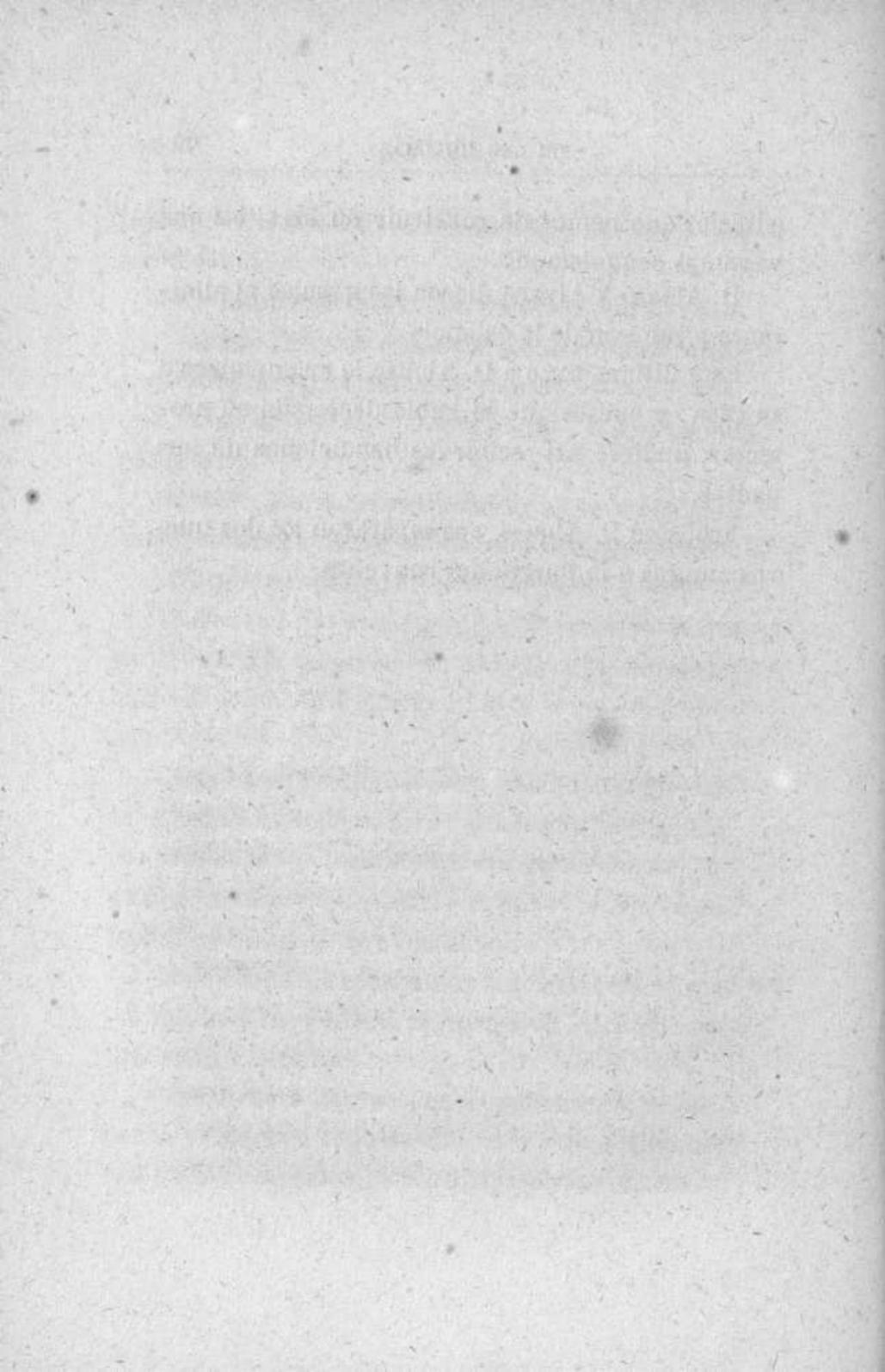
—Nada teneis, jóven, que agradecerme. Mi deber es proteger á todo el que vale y pueda serme útil en la expedicion, y vos dirigireis los fuertes y

edificios que hemos de construir en los sitios que vayamos conquistando.

D. Alonso y Alvaro dieron las gracias al almirante y salieron de la estancia.

Este último rogó á D. Alonso le acompañase á su casa, y puesto que se habia declarado su protector, pudiese así recibir las bendiciones de sus padres.

Escusóse D. Alonso y se separaron los dos nuevos amigos á la puerta del convento.



CAPITULO V.

De cómo un amor inesperado rompe un pacto de familia.

D. Alonso volvió al palacio del conde Gonzalez, donde impaciente le esperaba doña Leonor.

Introducido en la estancia de ésta, encontró á Leonor al lado de sus dueñas leyendo en un magnífico libro, cuyas hojas de pergamino estaban adornadas con preciosas viñetas coloreadas y doradas, obra de la paciencia de los monges que se dedicaban á la copia de los libros sagrados y reproducción de las tradiciones y leyendas que han llegado hasta nuestros días.

Libros rarísimos hoy que forman la riqueza y gala del bibliófilo, y cuyos escasísimos ejemplares solo suelen encontrarse en las bibliote-

cas del Estado ó en la del monasterio del Escorial, biblioteca Columbiana ó en el gabinete de algun anticuario.

Dejó Leonor el libro y las dueñas se retiraron á trabajar en su costura al hueco de la ventana.

—¡Cuánto ansiaba, Leonor, este feliz momento! dijo D. Alonso, llevándose amorosamente á los labios la mano de la jóven.

—Con ánsia te esperaba, Alonso; la determinacion de nuestros padres ha sellado nuestra ventura. Apenas ayer te retiraste, loca de felicidad me fuí á mi habitacion y de rodillas imploré con fervor á la madre del Redentor para que no se desvaneciera la dicha de que mi alma estaba poseida; pues te amo tanto, tanto, Alonso, que si perdiera tu amor me moriria.

—Leonor, sabes, mi vida, que desde nuestra más tierna infancia, criados el uno para el otro, nuestros corazones se han amado y que nuestra dicha será eterna sin que nada pueda turbarla; así como tú ponias nuestro amor bajo la proteccion de la Virgen, yo lo ponía bajo la proteccion del Santo Cristo de Burgos.

—Alonso mio, te amo con tal pasion, soy tan feliz, que tanta felicidad, tanta dicha, me aterra-

y sin saber por qué siento el frío del miedo en mi corazón.

—Nada temas; el día feliz de nuestro enlace se aproxima, y puestos nuestros amores bajo el amparo de la Virgen y de su divino Hijo, nada turbará nuestra felicidad. Nuestros padres, así como nosotros, ven satisfechos sus deseos, y la unión de nuestras casas, las más nobles y poderosas de Castilla, serán la envidia del reino.

—Mi padre me ha dicho, Alonso, que el matrimonio se celebrará en la capilla de palacio, y que la poderosa señora de dos mundos, nuestra reina doña Isabel, nos conducirá al altar. ¡Qué feliz soy, Alonso!

Y las manos de los amantes se unieron entre sí, y un ardiente y casto beso de amor selló la blanca y virginal frente de la hermosa Leonor.

Esta dicha, sin embargo, esta felicidad de los dos jóvenes no debía ser duradera, y una negra nube se cernía sobre sus cabezas.

D. Alonso, al referir á Leonor su entrada en la iglesia de frailes Agustinos para poner su amor bajo la protección del Santo Cristo de Burgos, no la había contado el encuentro que había tenido con la hija del arquitecto Diego Ruiz, ni la

impresion profunda que ésta le habia causado.

Durante una hora siguió la amorosa conversacion de nuestros dos amantes; y prometiendole volver aquella noche se retiró D. Alonso, dejando embriagado y loco de amor el corazon de la hermosa doncella.

D. Alonso, á pesar del amor que sus lábios habian expresado, no estaba tranquilo; su corazon se hallaba inquieto, su pensamiento lejos del lugar que ocupaba, y con paso precipitado se dirigió á la capilla del Cristo del convento de los Agustinos.

Entró en el templo; pero sus lábios no pronunciaron ninguna fervorosa oracion como el dia anterior; sus rodillas no se doblaron ante la santa y milagrosa imágen.

Fijo, de pié, recostado contra una columna, su mirada vagaba sin cesar desde el altar del Cristo á la puerta de entrada del templo.

Hallábase poseido de una febril impaciencia.

De repente sus ojos se animaron y ocultóse detrás de la columna en que se apoyaba.

Una mujer penetraba por las puertas del templo, seguida de un gallardo mancebo.

Aquella mujer era Mercedes; pero no venia, como el dia anterior, pálida, triste, abatida y llo-

rosa, sino, por el contrario, alegre, risueña, llena de ventura y de vida.

Su madre, su pobre y anciana madre se habia salvado; y así como la víspera habia venido á postarse ante la milagrosa imágen para implorar misericordia, en aquel momento iba, llena de efusion y alegría, á tributar gracias al Altísimo por la salud que milagrosamente habia recuperado su madre.

Concluida la oracion, Mercedes salió de la iglesia acompañada del jóven con quien habia entrado. Aquel jóven era Alvaro, su hermano, á quien ya conocemos.

D. Alonso se apresuró á dejar el sitio en que se habia ocultado, y aproximándose á la pila de agua bendita mojó sus dedos, y alargando la mano á la jóven se la ofreció.

Mercedes sin orgullo, pero con dignidad, rechazó dulcemente la galante cortesía de don Alonso.

Alvaro, al verle, le alargó la mano, y presentándole á su hermana salieron del templo.

—Aquí tienes, Mercedes, á mi noble protector, al muy alto, noble y poderoso señor D. Alonso de Vivar, marqués de Alpuente, hijo del conde D. Fer-

nando, mi protector, y á quien debo el haber podido formar parte de la expedicion que prepara Cristóbal Colon.

—Gracias, caballero, dijo la jóven; mi hermano nos ha referido la noble proteccion que le habeis dispensado, y os doy las más expresivas gracias, tanto en mi nombre como en el de nuestros queridos padres.

Y alargó la mano á D. Alonso añadiendo:

—Los amigos de mi hermano son mis amigos.

D. Alonso depositó un ardiente beso en aquella blanca y rosada mano; beso, que sin saber por qué, hizo estremecer á la jóven, haciéndola sentir una sensacion hasta entonces desconocida para ella, y cubrir de carmin su nacarado rostro.

D. Alonso acompañó á los hermanos hasta su casa, y con pretexto de hablar con D. Diego el arquitecto, aceptó la invitacion que le hicieron de descansar algun rato.

D. Diego, como Mercedes, dió con efusion las gracias á D. Alonso, y éste le pidió le hiciera los planos y proyecto para una granja que queria reedificar en una de sus posesiones, contigua al célebre monasterio de las Huelgas y orillas del rio Arlanzon.

Con este motivo debía D. Alonso volver al día siguiente.

Ya había oscurecido por completo cuando salió éste de la casa del arquitecto, y por primera vez faltó á la velada de la casa del conde Gonzalez, donde con ansiedad le esperó en vano toda la noche Leonor, su prometida.

Al día siguiente D. Alonso fué, como tenía de costumbre, á ver á Leonor; pero su conversacion no fué tan franca, tan íntima como otras veces, y las frases de amor y galantería que brotaban de sus lábios, su corazón no las sentía.

La nube que tanto había temido Leonor empezaba á formarse; aquel vago presentimiento empezaba á realizarse.

D. Alonso halló pretexto para retirarse aquel día más temprano, y corrió apresuradamente á casa del arquitecto.

A los pocos días se había hecho dueño por completo del corazón de Mercedes, y lo que al principio creyó él fuera venial y pasajero capricho, fué arraigándose tan profundamente en su corazón que pronto se convirtió en abrasador volcán.

Leonor advirtió con inquietud la mudanza que se había efectuado en el carácter, en la conducta y

hasta en las facciones de D. Alonso; sus visitas, antes tan largas y tan asíduas, eran cada vez más cortas y raras; su lenguaje parecía distraído y violento, y á veces, cuando ella le hablaba de la dicha que á entrambos esperaba, Leonor veía deslizarse alguna lágrima por las mejillas de su amante, que salía huyendo sin responderla.

Ocupada exclusivamente de su amor, Leonor era indiferente á todo.

Nada había turbado aún la completa seguridad de ser feliz en que vivía, y así procuraba averiguar con tierno desvelo las causas de la tristeza y desvío que notaba en su prometido.

Afligiase y se quejaba de que D. Alonso la rehusase una parte de aquel dolor, que debía ser comun para entrambos; pero la idea de que su prometido pudiera ser inconstante y traidor, y de estar enamorado de otra, no se había presentado ni remotamente á su enamorada imaginacion.

El gérmen de esa terrible pasion, que nuestro ardiente clima fecunda y desarrolla con tan cruel actividad, no había caído aún sobre su corazon, no lo había triturado y despedazado.

Leonor no conocia los celos.

Acercábase el dia de la boda, y D. Alonso, sub-

yugado por su pasión y devorado por sus remordimientos, no habia declarado aún á su padre ni á la compañera de su infancia que ya no le era posible cumplir los compromisos de su familia; compromisos de union que, como hemos visto al principio, formaban la alegría de los dos amantes, y que tantas veces habia ratificado D. Alonso.

La repentina marcha de la reina Isabel á Valladolid hizo que, para fortuna de D. Alonso, se dilatara por algun tiempo la ceremonia nupcial.

Con dolor vió partir aquella tarde Leonor á su prometido; todo el pueblo de Burgos habia ido á despedir á su católica soberana. D. Alonso, al frente de la escolta real, marchaba detrás de la reina, que iba montada en una blanca hacanea; á su lado cabalgaba en un potro cordobés el gran Cristóbal Colon; los vítores de la muchedumbre se sucedian sin cesar. D. Alonso fijó su vista en uno de los balcones donde estaba su prometida doña Leonor, que le saludaba, agitando su blanco lenzuelo; pero de repente sintióse turbado al ver bajo la misma ventana de su prometida á Mercedes, la hija del arquitecto, la hermana de su protegido.

Mercedes, como todos, habia ido á despedir á la régia comitiva; empero á ella le guiaba el ins-

tinto de su corazon: queria dar su adios amoroso á D. Alonso, hácia el que sentia una atraccion inexplicable.

La pobre jóven, al ver la mirada de D. Alonso fija en el balcon donde se hallaba Leonor, sintió por primera vez un dolor penetrante, desconocido para ella, dolor que como un dardo agudo penetró en su corazon; aquel dolor eran los celos, y al mismo tiempo, cual si una venda cayera de sus ojos, comprendió la inmensa distancia que habia entre ella, la pobre hija del arquitecto del cabildo, y el noble y apuesto caballero D. Alonso de Vivar. Aquella emocion fué tan terrible, que cayó desvanecida en brazos de su padre.

D. Alonso lanzó un grito, y seguido del hermano de la jóven, que formaba parte de la comitiva, corrió á socorrerla; accion que no dejó de llamar la atencion de la reina y de los grandes y señores de la comitiva, y que tampoco pasó desapercibida para la enamorada Leonor.

Mercedes, gracia á los cuidados de su padre y á los que le prodigó D. Alonso, al poco tiempo volvió en sí, y con voz balbuciente y entrecortada dijo á D. Alonso:

—Señor, señor, ¿por qué me habeis engañado?

¿por qué me habeis hecho desgraciada? yo os amaba como el protector de mi familia, creia que me amabais tambien; pero, loca de mí, no habia comprendido la inmensa distancia que nos separa, cuando, fijas vuestras miradas en el balcon donde se hallaba doña Leonor, oí á mi lado una voz que decia: «Ese apuesto y gallardo jóven es el prometido de la hermosa y noble doña Leonor.» Mi vista se turbó y caí desvanecida.

—Mercedes, yo te amo; y aunque mi boda está concertada por mis padres, yo te juro por mi espada de caballero y por el Cristo á cuyos piés te ví por primera vez que tú serás mi esposa y romperé los lazos que me unen á doña Leonor.

Y montando otra vez á caballo corrió á unirse á la régia comitiva, sin dar tiempo á que Mercedes le manifestara la efusion de su gratitud y cariño.

The first part of the book is devoted to a general
introduction to the subject of the history of
the world. The author discusses the various
theories of the origin of life and the
evolution of the human race. He also
discusses the various theories of the
origin of the human mind and the
evolution of human culture. The author
concludes that the human race is the
product of a long and complex process
of evolution and that the human mind
is the result of a long and complex
process of development.

CAPÍTULO VI.

De cómo al verse abandonada doña Leonor por su prometido se retira al monasterio de las Huelgas, y la terrible estocada que recibió D. Alonso.

La bella Leonor se apercibió del amoroso coloquio de su prometido, aunque sin haberlo oído, y sospechó de dónde provenía la indiferencia que hacia tiempo había notado en D. Alonso.

Sospechas que trasmitió á su padre y que pocos días despues quedaron convertidas en realidad al ver entrar en su estancia al escudero de D. Alonso con una carta de éste.

D. Alonso, subyugado por la pasión volcánica que sentía hácia Mercedes, y devorado por sus remordimientos, no teniendo valor para afrontar una entrevista con doña Leonor, se decidió á romper

sus compromisos y los planes de felicidad y alianza pactados por las dos familias.

El escudero entregó la carta á doña Leonor, saliendo en seguida de la estancia.

Doña Leonor tomó el pliego, y cual si un presentimiento interior le anunciara que iba á quedar vendida y abandonada, y condenada al oprobio y á la desesperacion por su amante, fluctuó largo rato en abrir el pliego; por fin decidióse, despues de mil penosas y angustiosas vacilaciones.

Lo primero que sintió Leonor al ver aquella carta, fué una profunda indignacion; su corazon rechazaba lo que leian sus ojos, como si fuera una odiosa quimera. Por tres veces leyó la infeliz aquel escrito sin comprenderlo; por fin, reanudando sus pensamientos, recordó la turbacion de su prometido, la tristeza de su amante y la escena del dia de la marcha de la reina doña Isabel, quedando descubierto el doloroso enigma que no comprendia.

Mil ideas se agolparon á su imaginacion, y mil pensamientos brotaron de su febril cerebro; la idea que más la dominaba era la de venganza.

Pero aquel estado violento no duró mucho tiempo; venció por fin á la exaltacion de la fiebre

la debilidad innata de la mujer; venció por fin el dolor y derramó sobre aquel escrito que había trocado sus esperanzas, su felicidad y su alegría en desesperacion, abandono y oprobio, un torrente de lágrimas.

Sin embargo doña Leonor no manifestó la menor flaqueza, y demostrando ser digna de la noble sangre de los antiguos condes de Castilla, tomó una resolución decisiva.

Tenia doña Leonor una tía célebre por su virtud y alta sabiduría, que era hacia diez años abadesa del monasterio de las Huelgas. Llamábase doña Aldonza Gonzalez, hermana del conde Gonzalez, la que, entrada desde su más tierna edad en el convento, había aportado una dote de gran consideracion, con que se habían aumentado las pingües rentas del célebre y real monasterio.

Elegida abadesa por unanimidad, con carácter frío y severo se había hecho respetar de sus súbditos y vasallos, y temer de los enemigos poderosos que tenía el convento, y su inflexible justicia era temida y acatada por todos, llegando su influencia hasta el mismo trono de doña Isabel.

Doña Aldonza amaba á doña Leonor con ternura maternal, y sabía los planes, que ella había

aprobado, de union, por medio de un matrimonio, de la casa de los condes de Gonzalez y de D. Fernando de Vivar, marqueses de Alpuente.

Decidióse, Leonor á pedir á su tía un asilo, un porvenir, y los consuelos de que tanto habia menester.

Su familia ignoraba el imprevisto golpe que la habia herido, porque doña Leonor, con su inflexible carácter é indomable orgullo, herido como hemos visto, por el abandono de su prometido, quiso que al saber su desgracia supiera al mismo tiempo tambien su resolucion.

Al dia siguiente, acompañada solo de una de sus dueñas y de dos escuderos salió de Burgos, dejando á su padre la fatal carta de D. Alonso, á la cual añadió estas palabras:

«Padre mio: este escrito os dará á conocer cuál es mi suerte; hoy cumpla diez y ocho años y este dia tan deseado me trae, en vez de la felicidad que yo tanto anhelaba, que yo soñaba, la desesperacion y el opròbio. Hoy cumpla diez y ocho años y mi vida se acabó; voy á encerrarme en el convento de Santa María, de donde no saldré jamás. Yo espero, padre mio, perdonareis el disgusto y

la pesadumbre que os dará mi resolución, y confío que vuestro resentimiento no seguirá á esta infeliz á su retiro, porque Dios permitirá darme fuerza para resistir mis desgracias.»

El conde Gonzalez al leer este escrito temblaba de cólera y de ira, y pidiendo un caballo montó en él y á todo escape se dirigió al monasterio de las Huelgas para impedir la resolución de su hija.

Encontró á ésta bañada en lágrimas en los brazos de su tía doña Aldonza; empero ni los ruegos, ni las amenazas, hicieron cambiara de propósito.

Doña Aldonza acogió con maternal cariño á su sobrina, é inculcó en el ánimo del conde el deseo de ambas de que vengase la afrenta y el baldon que sobre la noble casa de los condes de Gonzalez habia arrojado el heredero de Vivar desechando la alianza convenida entre ambas familias y abandonando cobardemente á la infeliz y desventurada doña Leonor.

Tres dias permaneció en el convento el conde Gonzalez, y en estos tres dias no cesó la inflexible y vengativa abadesa de incitar al conde á cumplir la venganza.

Al cuarto regresó á Burgos, llevando en el corazón el dolor que le habia producido la injuria y el deseo de la venganza.

D. Alonso, no bien quedó la córte en Valladolid, regresó á Burgos en alas de su amor, que le llevaba hácia Mercedes, sin acordarse de la profunda herida que con su escrito habia producido en el corazón de la infeliz doña Leonor.

El conde Gonzalez, al saber la llegada de D. Alfonso, se dirigió á su casa; más no encontrándole inquirió por medio de su escudero el sitio donde podia encontrarle, y mediante una bolsa de oro supo los amores de D. Alonso con la hija del arquitecto Diego Ruiz. Deseoso de llevar á cabo su venganza corrió hácia la casa que habitaba el arquitecto, donde con razon pensaba encontraria á D. Alonso.

No se engañó; al desembocar en el callejon solitario que daba á la muralla, se encontró frente á frente con D. Alonso.

Este, al verle, trémulo y pálido salió á su encuentro, presentándose en su rostro el dolor y los remordimientos. Comprendió al ver á aquel anciano la infamia que habia cometido al abandonar á su prometida, al romper los pactos de dos nobles fa-

milias y el juramento de eterno amor y fidelidad que habia hecho á doña Leonor.

—Os buscaba, infame, mal caballero, dijo el conde Gonzalez.

—¿Qué me quereis? respondió, pálido de ira al oír aquel ultraje, D. Alonso.

—Quiero vuestra vida.

—Mi vida es vuestra... tomadla y os deberé tanto como al mismo que me la ha dado... tomadla os digo; tomadla, ¿qué os detiene? ¿Por qué no me herís? ¿no os he herido yo, miserable de mí, en la parte más sensible? ¿no he marchitado la hermosura, ofendido á la virtud...? Conde, matadme, matadme, por piedad; tal es vuestro deber... lo exige el honor de vuestra familia ofendida. Noble descendiente de los condes de Castilla, yo os juro que deshonrais vuestro nombre ilustre si dejais vivir un solo dia, una hora, al culpable que ha ultrajado á vuestra hija!

—D. Alonso, respondió el conde Gonzalez, cuyo furor refrenaban hasta cierto punto los mismos esfuerzos con que procuraba el jóven provocarle, D. Alonso, defendeos.

—Herid, herid, señor conde.

—D. Alonso, defendeos, no unais la cobardía á la

infamia; debéis morir á los golpes de mi acero... aquí mismo; ahora, en este instante, vos ó yo debemos sucumbir en la demanda.

—No puedo, no debo cruzar mi acero con vos.

—D. Alonso, dijo con exaltacion el conde Gonzalez, defendeos.

Y al mismo tiempo desenvainó su acero.

—Nó, no puedo, matadme.

—Defendeos, D. Alonso; habeis podido ser perjuro, pero creo no sereis tan infame que me obligueis á ser asesino.

Acosado por estas palabras, desenvainó su acero D. Alonso y se puso en guardia; cruzáronse las espadas, pero el jóven se defendia débilmente y al precipitarse el conde Gonzalez á fondo sobre él, separó la espada que debia defenderle y recibió en mitad del pecho una profunda estocada, cayendo al suelo bañado en su sangre.

Delirante, aterrado, loco á vista de la sangre que acaba de derramar, huyó el desgraciado padre, sin saber dónde llevar el peso del infortunio que le abrumaba.

Quedó D. Alonso solo, sin movimiento, tendido en medio de la calle. Por su ancha herida salia á borbotones la sangre, y sus pálidos labios no po-

dian articular sonido alguno en demanda de socorro.

Su respiracion iba siendo cada vez más débil por la mucha sangre que iba perdiendo, y sin duda hubiera perecido abandonado en aquella calle si Mercedes, al salir su amante de la casa, no se hubiera asomado al balcon por costumbre para verlo partir.

Muda, estática, se quedó al ver la brusca acometida del conde, y más aún al ver lo poco que su amante hacia para defender su vida; pero al verle caer lanzó un grito penetrante, corrió á la puerta de la casa, se llegó al sitio donde habia caido don Alonso, se abrazó á él, le incorporó y desgarrando sus vestidos procuró atajar la sangre; empero sus nobles esfuerzos no tuvieron resultado; pronto los paños y cabezales que con sus propios vestidos habia hecho se vieron llenos de sangre, y viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, prorumpió en gritos pidiendo socorro.

Algunos compasivos vecinos acudieron, y entre ellos el escudero de D. Alonso, y lograron á duras penas trasladarlo á su casa.

Mercedes no se separó ni un momento del herido; al llegar á su casa colocaron á D. Alonso en

su estancia con toda especie de miramientos y cuidados y se avisaron á los mejores médicos de Burgos.

La jóven al principio no se daba cuenta de cómo habia seguido y cómo habia entrado en el palacio de Vivar, ni si debia ó nó quedarse; pero un movimiento íntimo de su corazon le hizo quedarse, y no bien el herido estuvo instalado en su lecho, Mercedes se sentó á la cabecera sin advertir que su presencia llenaba de asombro á todos los que se agolpaban en torno del moribundo.

Los médicos practicaron la primera cura y desde luego conocieron, despues de sondearla herida, lo grave y profunda que era, no comprometiéndose á emitir su pronóstico y contentándose, para satisfacer á las mil preguntas que los fieles servidores de la casa les hacian, con decirles que la herida era sumamente grave y que, si no venia una reaccion favorable, no podrian responder de la vida del enfermo.

Así se pasó la noche, entre la vida y la muerte.

El mayordomo de la casa, asombrado al ver que Mercedes no se apartaba dellado del herido, la preguntó quién era y por qué se quedaba allí á riesgo de comprometer su salud, pues al oír el diagnós-

tico del médico habia estado á punto de desmayarse.

La jóven se habia contentado con responder:

—Cuando D. Alonso vuelva en sí, él os lo dirá.

—Está bien, señora, contestó el mayordomo, pero al menos entrad á descansar en la cámara contigua.

—¡Oh! nó, de ninguna manera; no me separaré ni un instante de la cabecera del enfermo.

Nadie insistió más, al ver el aire resuelto de Mercedes; á todos los movió á compasion aquella hermosa jóven que estaba tan afligida; parecia tan buena, su desvelo era tan activo, su asistencia tan útil, que todos la obedecian con una especie de veneracion.

D. Fernando de Vivar estaba á la sazón ausente de Burgos; habia ido á visitar una hacienda que se proponia regalar á los novios el dia de la boda, pues todo le parecia poco para su hijo y su bella prometida; aquella union formaba toda su ilusion, y como hemos visto, habia sido pactada entre las dos nobles familias, cuando aún D. Alonso y doña Leonor eran muy niños.

Un correo despachado por el mayordomo al intento, le dió parte al anciano D. Fernando de Vi-

var del inminente peligro en que se hallaba la vida de su hijo, y montando inmediatamente á caballo, entró á la mañana siguiente en la ciudad de Burgos.

No bién se apeó del caballo corrió á la estancia de su hijo, y escusado es que describamos la terrible escena que allí pasó al abrazar el respetable anciano á D. Alonso, que yacia moribundo en el lecho, y que por la gran pérdida de sangre que habia tenido estaba sin conocimiento y en un terrible estado de postracion.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡á qué estado conducen las locuras de la juventud! exclamó el anciano.

El noble D. Fernando de Vivar creia que la herida de su hijo habia sido ocasionada por un desafío, efecto de la ligereza de la juventud; pero un terrible y amargo desengaño deshizo sus conjeturas cuando su fiel mayordomo le dió los detalles que habia podido saber por el escudero que siempre acompañaba á D. Alonso.

Entonces supo el amor de su hijo con Mercedes, la humilde cuna de ésta, el rompimiento del enlace que debia ser el consuelo de su ancianidad, el desafío que de esto se habia originado, y la herida acaso mortal que amenazaba arrancarle

y borrar del libro de los vivos el último vástago de su noble estirpe y la esperanza de su casa.

La desesperacion del anciano no tuvo límites; mesábase los cabellos y recorría la estancia contigua á la que ocupaba el enfermo, derramando copiosas y abundantes lágrimas.

Sus fielesservidoresle rodeaban, pero no se atrevían á prestarle el menor consuelo, ni á interrumpir su dolor.

¿Y qué consuelo podía prestarse á un padre que vé rotas en un momento todas sus ilusiones, todos sus proyectos, todas sus esperanzas, y á su hijo en el lecho del dolor, próximo á exhalar el último suspiro?

Por fin el cielo se apiadó de aquel infeliz anciano, y quiso evitarle, al menos por entonces, el más amargo dolor: la muerte de su hijo.

Los médicos, despues de haber levantado los primeros apósitos y reconocer nuevamente la herida, entraron en la cámara donde se hallaba don Fernando y le declararon que la herida no era mortal, y que á fuerza de tiempo, de tranquilidad y de cuidado, era de esperar que sanase del todo.

— ¡Gracias, gracias, Dios mio! exclamó el an-

ciano levantando sus brazos al cielo; gracias por haber apartado de mí este terrible cáliz de amargura; tambien debo daros gracias, señores, por los cuidados que habeis prodigado á mi desgraciado hijo.

—Señor, poco hemos hecho nosotros; pero sin la ayuda de una jóven que desde los primeros momentos desgarró sus vestidos y restañó la sangre que á borbotones salia de la profunda herida que tenia en el pecho vuestro hijo, y sin las voces que dió pidiendo auxilio hasta que acudieron los vecinos y criados de vuestra noble casa, la ciencia hubiera sido inútil.

—¿Quién es esa jóven?

—Lo ignoramos, señor; sólo podemos decir que sentada á la cabecera del enfermo, no le ha abandonado ni un sólo momento.

En medio de la turbacion producida por tan varios y terribles sucesos, no habia reparado el anciano D. Fernando de Vivar en la jóven que, sentada á la cabecera con solícito cuidado, no separaba sus hermosos ojos del rostro del herido.

Al oir esta manifestacion de los médicos, don Fernando fijó su atencion en la jóven, y quedó asombrado de su hermosura, de su dulce candor,

de su inocencia y de aquel abatimiento que anunciaba al mismo tiempo el cansancio que la abrumaba y el vivo interés que la sostenía.

Conmoverlo, pero algo asombrado en vista de aquel extraño interés, quiso hablarla de su gratitud y de los derechos que acababa de adquirir á su afecto; pero le contuvo un vago presentimiento.

El noble anciano adivinó que aquella mujer tal vez era la causa de todas sus desgracias, y dejando á un lado el reconocimiento, sus ojos brillaron con furor, y su frente se nubló; tomando su rostro todo un aspecto severo, se dirigió á la joven diciéndola:

—¿Quién sois? ¿Cómo os hallais aquí?

En aquel momento entró un criado anunciando á D. Fernando que un hombre que parecía sumergido en el más profundo dolor deseaba hablarle.

Sin dar tiempo á que D. Fernando diera su asentimiento, abrióse la puerta, descorrióse el tapiz y un hombre entró en la estancia.

Aquel hombre era Diego Ruiz, el arquitecto, el padre de Mercedes, que desde la víspera había estado buscando á su hija, y que iba á cerciorarse por sí mismo de lo que le habían dicho sus vecinos,

y aclarar las terribles dudas que le agobiaban.

Cuando entró Diego Ruiz en la estancia, fué Mercedes á arrojarle en sus brazos; pero Ruiz la rechazó con indignacion, y dirigiéndose á D. Fernando de Vivar, le dijo:

—Señor, vuestro hijo ha hecho desgraciada á una familia honrada que hasta el presente habia vivido sin mancilla.

—¿Qué decís? exclamó D. Fernando.

—Digo que vuestro hijo ha deshonorado mi ancianidad. Detenido fuera de mi casa por mis ocupaciones, no he podido velar por mí mismo sobre esta hija, que el cielo parecia haberme dado para dulcificar mis últimos años. Débil y confiada su madre, ha permitido que fuese vuestro hijo á ensayar en mi inocente hija el arte funesto de la seduccion. Ausente mi hijo, á quien habia tendido capciosamente una mano protectora para que acompañara á Colon en su nueva expedicion, diariamente penetraba en mi casa, y sus frecuentes visitas engendraron primero el agradecimiento, luego el amor, dando por resultado la deshonra.

—Mirad bien lo que decís, Sr. Ruiz.

—Mi mujer, continuó Ruiz, toleró tan largas y

frecuentes visitas de vuestro hijo, y porque sabia que era un gran señor le creyó hombre honrado. D. Alonso dijo que amaba á esta niña, que se casaria con ella á pesar del mundo entero, y la infeliz no vió que la engañaba. Su ternura de madre, acaso tal vez su orgullo, la han hecho mirar esta brillante ilusion como una feliz realidad; ha dejado formarse el mal, crecer, arraigarse; yo, padre imprudente, no lo he sabido sino cuando ya no tenia remedio. Cuando ayer me hallé con que mi hija estaba ausente, en vano la busqué por todos los sitios donde podia suponer que estuviera... en vano la esperé toda la noche... ¿Lo oís, señor, vos que sois padre...? Esperé á mi hija toda la noche; en fin, esta mañana me lo reveló todo el secreto de su funesto amor, que hasta entonces su madre no se habia atrevido á confiarme. Ese secreto me hizo prever otro.

—Pero... dijo el anciano D. Fernando de Vivar.

—No me interrumpais, añadió Diego Ruiz, no me interrumpais, señor. Mis vecinos hablaban confusamente del desafio de D. Alonso, de una jóven que le habia socorrido, que rasgando sus vestidos habia restañado con ellos la sangre de su herida, y que al venir vuestros criados les habia segui-

do. Lleno de vergüenza todo lo adiviné, y ví en aquella jóven á mi hija. Entonces, loco de dolor, he corrido hasta esta estancia sin esperar vuestra vénia, sin esperar vuestro consentimiento para cerciorarme de si, en efecto, tengo que llorar el que mi hija viva. Ahora la veo, ya sé la verdad; nada me queda más que saber; veo mi afrenta; mi suerte está decidida.

Calló Diego Ruiz y se cubrió el rostro con ambas manos.

A pesar de su resentimiento y de su acerbo dolor, no fué insensible D. Fernando á la noble desesperación del arquitecto Diego Ruiz; antes al contrario, le compadeció profundamente y procuró consolarle diciéndole:

—Yo ignoraba como vos la fatal pasión de mi hijo, y como vos podia lamentarme con amargura, porque ella ha convertido tambien mi casa, hasta ahora tan feliz y pacífica, en teatro de los mayores infortunios. Con todo, tranquilizaos, buen Diego; el mal que os aflige no es tan grande como temeis; vuestra hija es muy jóven todavía, el tiempo, la razón, la ausencia, la curará muy pronto de un amor sin esperanza, y podreis recuperar la calma que yo perdí ya para siempre.

—¡Sin esperanza! murmuró Mercedes, que parecía salir de un hondo letargo, y empezar entonces á comprender que su ventura no habia sido más que un sueño.

—¡Sin esperanza, sin esperanza! repitió Diego, con amarga sonrisa; ¡bien lo habia dicho yo, sin esperanza!. ¡Y me hablais de calma, señor! Gracias, noble conde, por vuestra generosa compasion. ¿Pensais, señor, que puede hallar la calma quien ha perdido la honra? ¿Pensais, padre de familia, que hay felicidad para aquel cuya hija no puede ser la esposa de un hombre honrado? Nó, nó. Para el padre ya no queda más que oprobio é infortunio. Para la hija el claustro ó la muerte.

Mercedes habia caido á los piés de su padre deshecha en llanto.

—Alzate, la dijo éste, y sígueme.

—¡Piedad, padre, piedad!

—Sígueme. No te maldigo, porque eres más desgraciada que criminal; pero la mano omnipotente de Dios, á quien imploro, descargará su cólera sobre esta casa que maldigo, y su justa saña me vengará de la perfidia del hijo y de la insultante compasion del padre.

Estas terribles palabras, pronunciadas con vehe-

mencia, sacaron á D. Alonso del desmayo en que habia estado sumergido por espacio de veinticuatro horas, abrió los ojos, incorporóse en su lecho con trabajo, y pareció como que procuraba reconocer el sitio en que se hallaba y las personas que le rodeaban.

—Mercedes, dijo con voz moribunda, Mercedes, ¿eres tú? ven, ven, acércate á mí. Conozco que la muerte me arrebató; solo tu mano puede ahuyentarla; acércate á mí.

Al sonido de aquella voz amante, Mercedes todo lo olvidó y quiso volar en auxilio del que la llamaba; pero Diego Ruiz la detuvo cogiéndola del brazo, y la dijo arrastrándola hácia sí:

—Hija, hija, basta; salgamos de aquí.

D. Fernando se dirigió al lecho de D. Alonso, que, al ver alejarse á Mercedes arrastrada por su padre, volvió á caer otra vez en su profundo letargo, y al verlo D. Fernando se entregó á la más honda amargura y desesperacion.

CAPÍTULO V.

En que se ve que es más fácil curar la herida que produce una estocada que las heridas de amor.

Los vaticinios de los médicos se cumplieron.

La fuerza de la juventud, los socorros del arte y los solícitos cuidados de su padre, volvieron á la vida al jóven D. Alonso.

Su convalecencia fué larga y penosa; pero al cabo de algunas semanas recuperó bastantes fuerzas para salir de su cuarto y pasearse por los jardines del palacio.

Volvióle con la salud el recuerdo de todas sus desgracias, pero no se atrevió á preguntar nada á su padre de lo que habia pasado desde la catástrofe que le condujo á las puertas del sepulcro.

El médico había ordenado también que nadie le recordase aquellos sucesos, pues una recaída podría serle fatal.

Sabia solo que el conde Gonzalez había salido para Granada y se creía que su hija había ido con él.

De Mercedes nada supo; á nadie había oído hablar y tampoco se atrevió á preguntar por ella.

Su fiel escudero, Nuño, á quien había reservadamente dado la comision de averiguar su paradero, nada pudo decirle, pues nada se sabía con verdad desde el momento en que Diego había salido del palacio de Vivar, llevándose casi á la fuerza á su hija.

Un dia, burlando la vigilancia de los que le cuidaban, D. Alonso bajó al jardin, y por una puerta reservada que éste tenía salió á la calle y se dirigió precipitadamente hácia la casa que habitaba Mercedes, donde con gran asombro vió la puerta herméticamente cerrada, así como los balcones y ventanas; llamó y nadie le contestó. Por fin iba á retirarse cuando una vieja que habitaba dos casas más abajo, al ver la obstinación del jóven en llamar aquella puerta que permanecía cerrada, le preguntó con voz desabrida:

—¿A quién buscáis, jóven, en esa casa que hace más de dos meses ya que está cerrada?

—Busco á Diego Ruiz, á su esposa, á su hija.

—Debeis ser forastero cuando no sabeis las terribles desgracias que han acaecido á esa honrada familia.

—Hablad por piedad, dijo D. Alonso.

—Pues bien, jóven; sabed que Mercedes mantenía amores con un noble, cuyo padre le habia prometido en casamiento, hace tiempo, á la hija del conde Gonzalez. Un dia, apercibido éste de los amores del jóven, vino á aquí, lo retó y de una estocada lo dejó tendido en el suelo, casi sin esperanza de vida, huyendo en seguida. Mercedes acudió en auxilio de su amante; con sus voces hizo que acudieran los vecinos, y el herido pudo ser trasladado á su palacio.

D. Alonso escuchaba estático su propia historia, y poniendo una dobla en la mano de la vieja, la rogó continuase.

—Desde el dia aquel, continuó la vieja, notamos con sorpresa todos los vecinos que apenas se abrian las puertas de la casa; solo vimos á los dos dias del suceso que os he referido, noble caballero, llegar al anochecer á Diego Ruiz llevando en sus brazos

á su hija Mercedes desmayada. Pocas semanas despues falleció su madre, y una noche, hoy hace quince dias precisamente, serian como las doce, sentimos ruido de armas, andar de mucha gente, el descansar de las partesanas sobre los guijos de la calle, y algunas pisadas de caballo; luego un grito ahogado de mujer, despues nada; pero al dia siguiente la puerta del arquitecto Diego Ruiz no volvió á abrirse, y desde entónces nadie, nadie sabe nada de él, ni de la hija, ni se los ha vuelto á ver.

—Os doy gracias por las noticias que me habeis dado, contestó D. Alonso á la vieja, y se dispuso á marchar.

—Se me olvidaba deciros, caballero, añadió la parlanchina de la vieja, que Diego el arquitecto tiene un hijo que marchó con el genovés Colon, y tal vez éste pueda dar alguna noticia.

D. Alonso se embozó en su capa, y triste y macilento volvió á entrar en el jardin de su palacio por la misma puerta donde habia salido.

D. Fernando de Vivar, al ver rotas las relaciones de antigua amistad que le unian al conde Gonzalez por los desmanes de su hijo, habia caido en un gran abatimiento. Aquel terrible disgusto

debía costarle la vida. No impunemente, en un momento, se ven defraudadas todas las esperanzas é ilusiones soñadas por tanto tiempo.

Una reconciliacion entre su familia y la del conde Gonzalez, no podia nunca tener lugar; su hijo habia despreciado el amor de la bella doña Leonor, habia roto los pactos de la familia, y el conde Gonzalez, justamente ofendido, habia traspasado el pecho del jóven Fernando de una estocada, dejándole en la calle por muerto. Como se ve, la union, la reconciliacion de ambas familias era completamente imposible; y aunque padre é hijo la hubieran intentado, el orgullo del conde era tal que de ningun modo hubiera dado la mano de su hija á quien anteriormente la habiã despreciado, prefiriendo á una villana, á la hija de un maestro de obras, de un arquitecto, con menosprecio de su noble raza, que habia dado reyes á Castilla.

Doña Leonor, que, como hemos visto, en los primeros momentos de su despecho se habia retirado al monasterio de las Huelgas, tampoco hubiera accedido á una reconciliacion, si esta se hubiera intentado.

Leonor amaba á D. Alonso porque desde su infancia le habian inculcado la idea de su union con

aquel hombre, y porque D. Alonso habia sido su primer amor, su primer deseo, su primer ensueño; y el primer amor contrariado y vejado, no se olvidaba jamás. Así es que desde el primer momento que entró en el convento resistió, como hemos visto, las súplicas y aun las amenazas de su padre, y echándose en brazos de su tía la abadesa la pidió la hiciera entrar en el noviciado para que, al cumplimiento de la época establecida, pudiera vestir el hábito de religiosa y formar parte de aquella santa comunidad, empezando por hacer donacion al convento de las pingües rentas que habia heredado de su madre.

La superiora vaciló algun tiempo; pero viendo en la resolucion de Leonor solo el despecho tal vez por haber sido abandonada de su amante, la manifestó no accederia á sus deseos sin el prévio consentimiento de su padre, el noble conde Gonzalez.

Al dia siguiente un capellan del convento salia con direccion á Granada á impetrar el permiso del conde Gonzalez, y dado este, dos meses despues la superiora recibia con toda solemnidad la donacion que de todas las rentas y bienes que poseia doña Leonor por parte de su madre, hacia

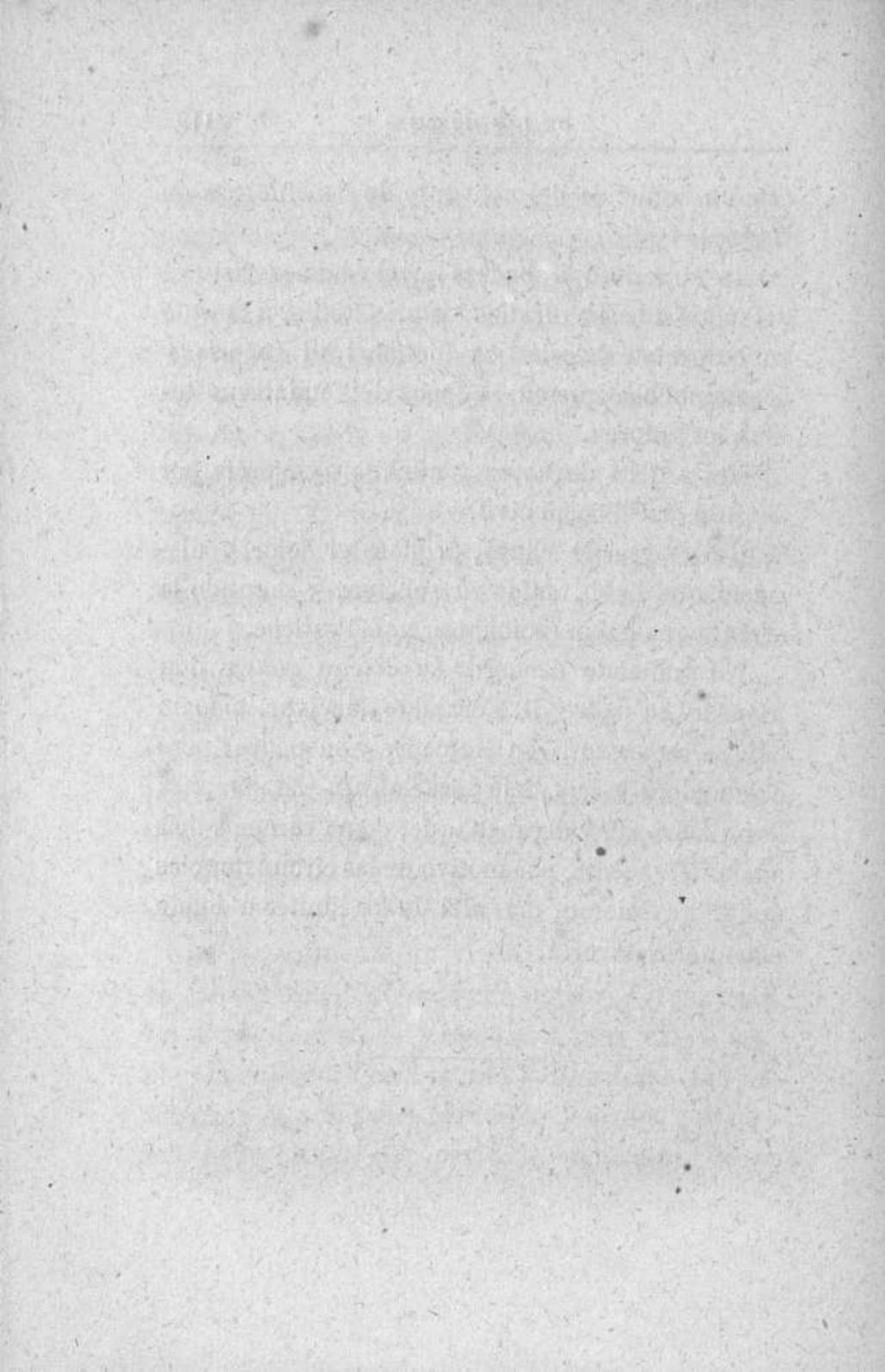
ésta en beneficio del convento de las Huelgas de Burgos.

La superiora ó abadesa, como hemos visto al principio de esta verídica historia, tenia, á más de su autoridad eclesiástica monacal, el señorío y preeminencias que en la época del feudalismo tenían los señores.

Era señora de horca y cuchillo, y ejercia por lo tanto jurisdiccion civil.

Gran pesar la causó, primero el dolor y disgusto que habia tenido su sobrina, y segundo la afrenta que habia recibido su noble estirpe.

No pudiendo desfogar su cólega contra don Alonso y su padre, D. Fernando de Vivar, todo su ódio se reconcentró en Mercedes y su padre; pero calculadora y fria, dejó pasar algun tiempo para dar cima á su venganza, que, como veremos más adelante, excedió, por motivo de las circunstancias que sobrevinieron, más allá de los límites á donde ella queria llevarla.



CAPÍTULO VI.

De cómo la abadesa de las Huelgas se apoderó de Mercedes y la hizo entrar de novicia en su convento.

La campana mayor de la catedral había dado el toque de oraciones.

Burgos yacía en el más profundo silencio.

Nadie transitaba por sus calles, y una á una se fueron apagando las luces que reflejaban detrás de los vidrios de sus góticos edificios.

Poco antes de media noche abrióse la pesada reja del tercer recinto del monasterio de las Huelgas, y salieron por ella veinte arqueros mandados por un oficial.

Aquellos arqueros formaban parte de la guarnición perenne que desde el suceso acaecido á la reina doña Isabel siendo infanta, y que ya cono-

cen nuestros lectores, se habian concedido á la abadesa como guardia de honor y resguardo para su feudal convento.

Dos arqueros sin armas llevaban del diestro una mula y un caballo.

Al llegar á las puertas de Burgos dióse á conocer el capitán y entró con su gente en la ciudad, dirigiéndose con el mayor sigilo á casa del arquitecto Diego Ruiz.

No bien llegó llamó á la puerta, y Diego, que aún velaba, salió á abrir.

Apenas entreabrió la puerta dos arqueros lo sujetaron, é impidiendo que gritase, le dijeron avisara á su hija.

Diego, que era valiente, hizo mil esfuerzos para desasirse; pero sus esfuerzos fueron vanos; quiso gritar y una mordaza ahogó sus gritos.

Al ruido que hicieron, Mercedes, que ya se habia recogido, se levantó del lecho, y saliendo del cuarto gritó:

—¡Padre, padre mio!

Pero sus gritos fueron ahogados por el capitán de arqueros, que, lanzándose sobre ella, le puso la mano en la boca.

Al ver á aquellos hombres, al sentirse asir tan

bruscamente, Mercedes perdió el conocimiento y cayó desplomada al suelo.

—Capitan, más vale así, dijo uno de los arqueros; esto nos ahorra tiempo y trabajo.

—Y sobre todo, añadió otro, el que llamemos la atencion y la vecindad se alarme.

—Ejecutad las órdenes que tenemos, y que nuestra señora la abadesa quede contenta, y sobre todo poco ruido.

Mercedes yacia en el suelo sin movimiento; su padre, agarrotado en un sillón, no podia moverse, ni prestarle socorro, ni auxilio de ningun género.

Dos arqueros vendaron los ojos de D. Diego, al que despues ataron sobre el caballo que habian traído á prevención; despues hicieron lo mismo con Mercedes, sujetándola sobre la mula. Concluida esta operacion, el capitan de los arqueros dió la voz de marcha y la comitiva se puso en camino, saliendo por las puertas de la ciudad sin que la guardia de ésta opusiera el menor obstáculo á la salida de los arqueros de la muy alta, noble y poderosa abadesa de las Huelgas y sus presos.

Al rayar el alba llegaron al convento, abrióse la reja del recinto y penetraron en el patio del monasterio.

El capitán tocó una campana, abrióse la puerta y se presentaron dos capellanes.

—Decid á la abadesa que sus órdenes están cúmplidas, y que aquí están los prisioneros.

Pocos momentos despues abrióse la puerta regular, y Mercedes, que aún continuaba desmayada, fué introducida por dos arqueros en la sala capítular y entregada á dos reverendas madres.

D. Diego fué desatado, quitósele la mordaza y la venda que cubria sus ojos, y fué conducido al locutorio bajo por los dos capellanes, donde le aguardaba la abadesa.

Diego, al verla, comprendió que se hallaba bajo el poder de la abadesa de las Huelgas, y sabiendo lo inmenso de su poder, previó que estaba perdido; pero lo que más le preocupaba en aquel momento, era la suerte que podia caberle á su desgraciada hija.

—Diego Ruiz, dijo la abadesa, vuestra hija, con sus amores, ha logrado hacer desgraciada á una familia, y vos sois tan culpable como ella, por haber consentido y alentado sus criminales pensamientos.

—Señora, contestó Diego Ruiz, no hay hombre más desventurado que yo en la tierra; trabajando

de día y de noche en el crucero de la catedral, no me ha sido posible vigilar cual un padre debía á su hija. Ese amor que decís ha labrado la desgracia de una familia, ese amor insensato ha labrado tambien la nuestra; ha causado la muerte de mi esposa y causará tambien la mia; pero mi hija es inocente; engañada pérfidamente por el noble D. Alonso de Vivar, dió oídos á sus palabras de amor, á sus promesas, á sus juramentos de hacerla su esposa, como si un noble pudiera dar su mano á la hija de un plebeyo, de un arquitecto, de un maestro de obras que tiene sus manos continuamente manchadas con el yeso y con la cal. Harto castigados estamos, señora, con la deshonra que con el noble Vivar penetró en mi casa; á mí solo me resta morir; á mi hija, á mi desventurada hija, seguirme al sepulcro ó encerrarse en un convento.

—Diego Ruiz, veo en vuestro dolor, dijo la abadesa, que no sois culpable, que no sois el cómplice de vuestra hija.

—Señora, replicó el arquitecto, mi hija no es culpable, mi hija es inocente.

—Pues bien; vuestra hija entrará en el convento; profesará en las Huelgas y vos quedareis en libertad.

—Gracias, señora, yo tengo un hijo que partió há tiempo con el genovés Cristóbal Colon, en calidad de maestro de obras de la segunda expedicion que ha salido para las Indias, y pienso embarcarme para ir en su busca. Mercedes, mi pobre hija, queda bajo vuestra proteccion, y dedicándose al Señor borrará la falta que su inocencia, que su candor la ha hecho cometer, y que ha ocasionado la muerte de su desgraciada madre.

Asomóse á los lábios de la astuta abadesa una sonrisa de triunfo al ver que sin violencia habia logrado su deseo, esto es, que la jóven entrara de novicia en el convento y estuviera bajo su jurisdiccion, sin que los medios violentos con que la habia arrastrado hasta allí sirvieran de eco á la murmuracion, puesto que con tanta facilidad habia logrado la aquiescencia del padre, y la halagaba la idea de la partida de éste para las Indias, pues de este modo quedaba sola y sin proteccion Mercedes y completamente á su disposicion y arbitrio.

—Para que veais que mi deseo es protegeros, pobre anciano, mañana, dijo hipócritamente la abadesa, saldreis para el puerto de Palos con recomendacion de este convento para que podais

embarcaros en la carabela que lleva refuerzos á Colon, y que manda Hernando Pinzon la que se ha de dar á la vela dentro de diez dias; además, la madre tesorera os entregará diez doblas para que podais proveer á vuestro equipo; en cuanto á vuestra hija, queda bajo mi proteccion; entrará en el noviciado, y si su arrepentimiento es tal cual yo espero, la dispensaré parte del tiempo del noviciado y haré que profese dentro de seis meses.

—Una gracia, señora, tengo que pedir; permitidme que vea á mi hija antes de partir.

—Más que eso, respondió la abadesa, vuestra hija permanecerá á vuestro lado hasta el momento que partais. Estos sacerdotes que os acompañan os conducirán á la hospedería, donde no tardareis en ver á vuestra hija.

—Gracias, señora, dijo Diego Ruiz, que habia olvidado por completo los malos tratamientos y la violencia con que habia sido llevado al convento. Gracias, señora, y cayó de rodillas ante la abadesa, que le permitió besar su anillo abacial.

Los capellanes acompañaron á Diego Ruiz al aposento que le habian destinado en la hospedería del monasterio, situado en el segundo recinto y al lado del acuartelamiento de los arqueros.

Mercedes, gracias á los cuidados que le prodigaron las dos madres á quienes habia sido confiada, abrió los ojos, volvió de su desmayo y preguntó con voz desfallecida:

—¿Dónde estoy? ¿Dónde me encuentro?

—Estais en la casa de Dios, hija mia, dijo la abadesa, que entraba en aquel momento.

—¿Y mi padre?

—Vuestro padre os espera en el aposento que le hemos destinado.

—¿Puedo verlo?

—Sí, no tardareis en avistaros con él.

—Pero ¿cómo me encuentro aquí?

—No os cuideis de eso, ni intentéis penetrar los medios ni el motivo por que os hallais aquí; que aunque os hayan parecido algo violentos, Dios se vale de todos los medios para salvar nuestras almas.

—Recuerdo confusamente, añadió Mercedes, que estaba en mi lecho cuando oí á mi padre lanzar un grito; poco despues dos hombres se apoderaron de mí, ví á mi padre agarrotado sobre un sillón y perdí el conocimiento.

—Olvidad cuanto habeis visto; básteos saber que ésta es la casa de Dios, que es la casa de paz,

donde por medio de la penitencia se olvidan los disgustos del mundo, y donde podeis entrar, si que-
reis, á formar parte de la comunidad, pues yo os
ofrezco un asilo seguro y tranquilo durante el res-
to de vuestra vida. Sabia que era el deseo de vues-
tro padre y el vuestro, y me he apresurado á cum-
plirlo.

—Dios os lo pague, señora: para mí ya no hay
consuelo en el mundo más que en la religion, en la
paz y en la tranquilidad que me ofrece el claústro.

—Está bien, dijo la abadesa; ahora, hija mia, id
á reuniros con vuestro padre, que mañana debe
partir para las Indias, donde está vuestro hermano,
y las puertas de esta santa casa se abrirán para re-
cibiros como hermana.

Los mismos capellanes condujeron á Mercedes
á la habitacion donde estaba su padre, y al verle se
arrojó en sus brazos, prorumpiendo ambos en co-
pioso llanto, que fué un gran lenitivo para aque-
llas dos tristes y desgraciadas almas.

Todo el dia lo pasaron juntos el padre y la hi-
ja, y la abadesa los rodeó de toda clase de cuidados
y atenciones, haciéndoles olvidar de esta manera
los violentos medios con que habian sido conduci-
dos al monasterio.

La abadesa creia haber hallado gran resistencia en el padre y en la hija, y no la mansedumbre y obediencia que encontró. Pero esta sumisión era hija de la fatiga del ánimo, de lo anonadados que se encontraban padre é hija.

Su situacion no era para ménos.

Mercedes veia destruidos sus ensueños de amor y felicidad, pues el noble hijo de la casa de Vivar, á pesar de sus promesas, á pesar de sus deseos, nunca podia unirse á la hija del pobre arquitecto, y aún resonaban en sus oidos las palabras del conde D. Fernando de Vivar, esto es, que el tiempo y la ausencia mitigarian aquel amor sin esperanza.

Diego Ruiz veia en aquellos amores que habian ocasionado la muerte de su esposa la deshonra de su familia, pues nadie se atreveria á dar la mano á su hija, que habia pasado la noche á la cabecera de su amante herido y casi moribundo.

En aquellos tiempos las cuestiones de honra se median con más severidad que en nuestra época, y aunque inocente Mercedes, aparecia culpable ante los ojos de todos.

Hoy dia esta falta no hubiera sido calificada de tal; se hubiera visto en ella mucho amor, mucha abnegacion, pero no la deshonra de una familia.

Ni Mercedes ni su padre, con los disgustos que los absorbían, se habían podido hacer cargo de la violencia con que habían sido tratados y arrancados de sus casas por la fuerza armada del convento de las Huelgas.

La suavidad con que habían sido tratados por la abadesa, la protección que ésta les ofrecía por otra parte les había desarmado completamente, si es que les había quedado algún odio, algún resentimiento contra ella.

El padre veía asegurado el porvenir de su hija al tomar ésta el hábito en el convento, y creía una gran merced de la abadesa esta concesión, pues sabía que para entrar en aquel sagrado asilo y profesar en él se necesitaba un cuantioso dote, que él nunca hubiera podido reunir. Además, la abadesa le facilitaba con sumo desinterés el dinero necesario y recomendaciones para que Pinzon le admitiese á bordo de su carabela.

La abadesa por su parte estaba también satisfecha; evitaba el escándalo de la murmuración por el atropello que había cometido, alejaba al padre y se quedaba con la hija sujeta á su severa jurisdicción, y teniendo el derecho de castigar su más leve, pequeña é insignificante falta.

Así, pues, al amanecer del siguiente día los mismos capellanes del convento que les habían conducido á la hospedería, entraron y dijeron al arquitecto :

—Ha llegado la hora de partir; aquí teneis, señor Diego Ruiz, en esta bolsa dinero suficiente para equiparos y hacer vuestro viaje, y estas letras para Hernando Pinzon, jefe de la expedicion que se apresta para salir á la India.

—En la puerta, añadió el otro capellan, encontrareis una mula que la abadesa os regala, y de la que, al llegar al punto de embarque, podeis hacer lo que os plazca.

—Dad las gracias en mi nombre á la abadesa, dijo Diego Ruiz, y decidla que un pobre y desgraciado padre pone á su hija bajo su proteccion y amparo.

—Vos, jóven, dijo uno de los capellanes, despedíos de vuestro padre y seguidme; la abadesa os espera en la puerta reglar.

Mercedes se arrojó en los brazos de su padre, y permaneció en ellos largo rato, uniéndose el llanto de la jóven y el del anciano con entrecortados sollozos.

—Animo, hija mia, en este cláustro donde vas á

entrar encontrarás la paz y la tranquilidad, que yo no puedo encontrar ya en ninguna parte.

—¡Perdon, padre mio, perdon! exclamó Mercedes, cayendo de rodillas á los piés de su padre.

—Sí, hija mia, te perdono, pues eres más desgraciada que culpable, y haga el cielo que los males y desgracias que han causado tu fatal amor caigan sobre la cabeza de D. Alonso de Vivar, origen de todos ellos.

—¡Padre, padre, por piedad!

—¿La ha tenido él de nosotros?

—Benedicidme, padre.

—Que Dios te bendiga, hija, como yo te bendigo, y que tu pobre y santa madre, que está en el cielo, te bendiga tambien.

El capellan, dirigiéndose á Diego Ruiz, le dijo:

—Vamos, valor, anciano; y casi á la fuerza logró desprenderlo de los brazos de Mercedes.

Mientras tanto el otro capellan conducia á la jóven deshecha en llanto á la puerta reglar del convento, donde la esperaba la abadesa, y que se abrió de par en par para recibirla.

Montó Diego en la mula, picó la espuela y salió al trote largo del recinto del monasterio de las Huelgas, sin atreverse á volver la cabeza para que

su ánimo no decayera, pues se dejaba en él, más que á su alma, más que á su vida, la hija querida de su corazón.

Caminó así largo rato, hasta trasponer una cuesta, desde donde se volvió para ver por última vez el convento, llegando en aquel instante á sus oídos el feble doblar de las campanas del monasterio, que anunciaban la entrada de una novicia muerta para el mundo y que desde aquel momento entraba á formar parte de las esposas del Señor.

CAPITULO VII.

**De lo que aconteció en el meson del Sol de Oro
á D. Alonso de Vivar.**

Poco á poco fué restableciéndose de su profunda herida D. Alonso de Vivar; pero así como la herida del cuerpo se iba cicatrizando, la del alma cada vez era más viva y difícil de curar. La ausencia, en lugar de ser un lenitivo para él, como su padre había creído, aguzaba, por el contrario, más y más su deseo, su amor hácia Mercedes, la hija de Diego Ruiz.

Roto violentamente, como hemos visto, su enlace con doña Leonor, D. Alonso, á pesar de su padre, deseaba unirse á Mercedes; empero ésta había desaparecido, y nadie sabia en Burgos su paradero.

Supo D. Alonso que el conde Gonzalez habia partido para Granada, y supuso que tambien su hija estaria allí. Mas su fiel escudero le dijo que doña Leonor se habia retirado al convento de las Huelgas, al lado de su tia doña Aldonza, superiora y abadesa mitrada de aquel monasterio, como ya saben nuestros lectores.

Sin cesar D. Alonso recorria la ciudad, buscando alguno que le diera noticia del lugar á donde se habia retirado Mercedes y su padre. En su loco amor, en su delirio, hubiera dado cuanto poseia por saberlo.

Por su parte, Nuño el escudero tampoco descansaba; pero, así como su amo, nada habia podido saber de cierto.

Un dia paseábase D. Alonso por delante de la casa que habia habitado Mercedes, cuando se le acercó uno de los vecinos y le dijo:

—No hace mucho que he oido á vuesa merced preguntar por mi amigo y compañero Diego Ruiz, pues habeis de saber que los dos trabajábamos juntos en el crucero de la catedral.

—Verdad es que he preguntado, y me hareis un gran favor en decirme qué ha sido de él.

—Pues bien: por una casualidad hace tres dias

supe se hallaba en Huelva, y segun me han informado, trataba de embarcarse para las Indias, á donde marchó hace meses con el genovés Colon su hijo Alvaro.

—¿Y qué sabeis de su hija Mercedes? preguntó con ansiedad D. Alonso.

—De su hija Mercedes, nada; mas supongo que estará en su compañía, y que, si se embarca, la dejará hasta su regreso en casa de una parienta que tiene en Palos ó en algun convento.

—Os doy las gracias, contestó D. Alonso.

Y se dirigió á su casa-palacio.

Aquella noticia, aunque vaga, bastó para que nuestro jóven formara la resolucion de dirigirse á Huelva en busca de Mercedes.

Nada, nada absolutamente podia contener su impetuoso amor; estaba decidido á todo, á arros-trar la cólera de su padre, de la córte entera, á abandonar su posicion oficial, á casarse con Mercedes, á dejar la España y pedir á su amigo Cristóbal Colon un refugio en las colonias que acababa de fundar en el nuevo continente que habia descubierta.

Formada esta resolucion, y no habiendo nadie que lo impidiese, pues su padre habia sido llama-

do á Barcelona por la reina doña Isabel, al dia siguiente llamó á su escudero Nuño y le dijo:

—Nuño, mañana, al despuntar el sol en el oriente, tendrás preparados dos caballos, uno para tí y otro para mí; pero todo esto con el mayor sigilo, pues conviene que nadie sepa dónde vamos, y, si es posible, que nadie nos vea salir. Pero, por si acaso, dirás al mayordomo que nos dirigimos á Villagonzalo y Tablada á cazar al lado del soto de la Abadesa, que es propiedad de mi padre.

Al rayar el alba, como D. Alonso habia ordenado, su fiel escudero Nuño tenia preparados los dos caballos.

Envolvióse D. Alonso en una ancha capa, ciñóse la espada y la daga, dió otra á Nuño, y á más un arcabuz de mecha, atóse á la cintura un cinto bien provisto de doblas de oro, con el busto de los reyes católicos, y los dos, montados á caballo, salieron de Burgos, tomando el camino de Valladolid.

Hacia quince dias que caminaban, sin que nada de particular les hubiera sucedido en el viaje.

D. Alonso evitaba cuanto podia el parar en las posadas principales; pues aunque sabia que na-

die le perseguia, podia muy bien suceder que, vuelto su padre, y notando su prolongada ausencia, hubiera mandado gente en su seguimiento.

Al décimo sexto dia nuestros dos viajeros habian llegado á Sevilla; pero como su ánimo no era visitar la perla de Andalucía, dieron un pienso á sus caballos, tomaron un bocado, volvieron á montar á caballo, pasaron el puente de barcas de Triana, y al trote largo tomaron el camino de Huelva.

Al anochecer, para dar reposo á sus cabalgaduras y el descanso necesario á su cuerpo, al llegar á la Palma se apearon en la posada del Sol de Oro, posada que á la sazón era propiedad de maese Juan Olmeduelo, judío converso, y al que, sin embargo de su conversion, la Santa Hermandad tenia siempre bajo su vigilancia.

La posada del Sol de Oro gozaba fama por lo bueno de su vino, que, segun se decia, maese Olmeduelo, á pesar de su reciente conversion, no bautizaba nunca, y por lo bien condimentados que se servian los manjares, sobre todo el lomo de cerdo, al que el antiguo judío mostraba predilección, tal vez por la abstinencia en que por tanto tiempo

le habia tenido la ley de Moisés, que antes habia observado (1).

Maese Olmeduelo salió á recibir á nuestros viajeros, y, quitándose el birretillo que llevaba puesto, les hizo entrar en la anchurosa sala que precedia al zaguan, y en donde estaba situada la cocina.

Nuño llevó los caballos á la cuadra, y mientras se servia la cena D. Alonso se tendió á lo largo sobre un banco que habia al lado del hogar.

Gran número de viajeros habian llegado aquel día á la posada, y esperaban con ansiedad la cena.

Esta se preparó en unas mesas largas de pino, cubiertas de un estrecho y no muy blanco mantel, que apenas besaba sus mugrientos bordes. Un muchacho y una robusta mozuela colocaron varios platos de barro encarnado cubiertos de vistosas y abigarradas flores los unos, y otros de flores azules, que resaltaban sobre su fondo de vidriado blanco, y además varias enormes fuentes, casi

(1) Moisés, lo mismo que Mahoma á los musulmanes, prohibia á los judíos el uso del cerdo. Se cree que esta medida higiénica dada por Moisés fué para evitar el desarrollo de la lepra, que se supone es producida por el abuso de la carne de este animal.

chatas, de la fábrica antigua de Triana, tan buscadas hoy por los amantes de la cerámica, y que por sus brillantes colores tan bien se conservan y sirven para adornar hoy día, no ya las mesas de un meson, de una posada ó taberna, sino las paredes del aristocrático comedor del aficionado, ó el despacho del anticuario, al lado de los jarrones esmaltados de Palissy, del cristal de Bohemia y las copas cinceladas de Benvenuto Cellini.

Esta moda aristocrática por las antigüedades, y sobre todo por la cerámica, ha dado lugar á mil falsificaciones de las antiguas fábricas de Talavera y Triana, que el poco experto conocedor toma por antiguas y paga á precios exorbitantes.

Pero volvamos á nuestra historia.

No bien quedaron cubiertas las mesas de platos, fuentes, cubiletes de estaño y jarros llenos de vino, maese Olmeduelo gritó:

—Señores, la cena está pronta.

Y la mozueta se presentó con una gran cazuela llena de un jigote que parecia de cabrito, aunque ninguno de los allí presentes hubiera jurado que lo era.

El muchacho puso sobre la mesa cuatro enormes panes de harina de trigo, en los que habia

clavados cuchillos de ancha hoja y mango estrecho.

Un fraile mendicante que se hallaba en la posada acompañado de su lego echó la bendición á la mesa, y despues todos se sentaron en unos banquillos largos y angostos que habia colocados alrededor de ella, y se prepararon con buen apetito á despachar lo poco delicados pero abundantes manjares que tenian delante.

Los arrieros, espoliques y mozos tomaron asiento alrededor de otra mesa, que estaba enfrente, aunque desnuda de mantelería y cubierta de sendos jarros de vino, y al son de las campanillas de las mulas y de los juramentos de los arrieros que por allí andaban aparejándolas, empezó la cena.

D. Alonso se hallaba sentado al lado del lego, y enfrente de él habia un anciano de rostro venerable, luenga, sedosa y blanca barba, y á su lado una jóven de sin par hermosura, pero cuyos hermosos, negros y rasgados ojos se hallaban empañados con una nube de tristeza y melancolía.

La cena tocaba ya á su fin cuando llamaron con rudos golpes á la puerta de la posada.

Solícito maese Juan Olmeduelo, salió á abrir y

se presentó en el comedor un hombre embozado, cubierta la cabeza con un sombrero de plumas negras, levantada el ala airosamente sobre la espalda y prendida en la copa con un cintillo de acero.

Llevaba este personaje grandes botas de gamuza con enormes espuelas, y al andar le sonaba la espada, cuya contera y algo más aparecía por debajo de la capa.

Este caballero era de mediana estatura, de color moreno, frente despejada y gallardo en su persona.

—Maese Juan, preguntó al posadero, ¿teneis una habitacion que darne para descansar esta noche?

Al oír la voz del caballero, la jóven que estaba enfrente de D. Alonso palideció.

—No queda ninguna habitacion, respondió maese Olmeduelo, pero os cederé la mia, y yo dormiré en el pajar ó sobre un banco al lado del hogar.

—Servidme de cenar, pues traigo un apetito voraz. Y vos, jóven, añadió dirigiéndose á D. Alonso de Vivar, hacedme un sitio.

D. Alonso apartóse un poco hácia el lego para dejar lugar al recién venido.

Este dejó caer su embozo y se preparaba á sen-

tarse, cuando la jóven, que estaba enfrente lo miró, y lanzando esta exclamacion:

—¡Infame, es él!

Cayó desmayada en los brazos del anciano, que estaba á su lado.

El caballero, por su parte, parecia petrificado, é inmóvil en su sitio no se atrevia ni acudir en socorro de la jóven, ni á huir de allí.

Todo era confusion en aquellos momentos.

D. Alonso, el anciano, el fraile y el lego condujeron á la jóven á la habitacion que le estaba destinada.

Continuaba desmayado.

Prestáronla toda clase de auxilios, hasta que volvió en sí. Entonces el anciano la preguntó cuál habia sido la causa de su repentino desmayo.

—¡Pues qué! contestó asombrada, ¿no lo habeis comprendido? ¿no habeis visto al infame Octavio?

—Nó, contestó el anciano, creo que ha sido una ilusion tuya.

—Pluguiera al cielo que fuera así; no me he engañado, D. Félix; nó, era Octavio; he reconocido su voz, y si esto no fuera suficiente, al desembozarse he visto su rostro y entonces no he sido dueña de mí, no sé lo que me ha pasado al ver frente á mí

al que ha causado mi desgracia, al que en pago de mi amor, de mi sacrificio, me ha dejado sumida en la más profunda tristeza y desesperacion.

Viendo el fraile y el lego que la jóven habia vuelto en sí, se retiraron de la estancia y lo mismo iba á hacer D. Alonso cuando el anciano le detuvo diciéndole:

—Quedaos, caballero; mi sobrina no está aún completamente repuesta del paroxismo que ha sufrido; tal vez le vuelva á acometer el síncope y tenga necesidad de vuestros auxilios.

Quedóse D. Alonso, y permaneció mudo y silencioso contemplando aquella hermosa mujer, que de cuando en cuando lanzaba profundos suspiros y entrecortadas frases, manifestando cuán triste y desgraciada era, y que su mal, su pena, no tenia remedio.

Compadecido D. Alonso, que veia en la situacion de aquella jóven casi su propia situacion, se acercó á ella y la dijo:

—Calmaos, señora, que no todas las penas han de durar siempre, y supongo que la vuestra nace del corazon y es producto de un amor desgraciado; si yo pudiera remediarla, contad, señora, conmigo, que casi me hallo en el mismo estado que vos.

—Mi pena, señor caballero, pues no sé vuestro nombre, no tiene remedio.

—Llámome D. Alonso de Vivar, hijo del marqués de Alpuente, y si en algo puedo ser útil para mitigar vuestra pena, contad, señora, que á ello me ofrezco desde este momento.

—Gracias, noble jóven, dijo el anciano alargando la mano á D. Alonso, que éste apretó con cordial amistad.

—Gracias, añadió la jóven, gracias por vuestros ofrecimientos, pero mi pena no tiene remedio; he amado con toda mi alma á un infame, por él he sacrificado mi dicha, mi vida, mi fortuna y hasta mi libertad, y ese hombre pérfido, ese malvado, me ha engañado, me ha vendido y se ha casado con otra. Justo castigo del cielo ha sido por haber desobedecido y desechado los consejos de mi padre, el que me proponia unirme á un leal y bravo caballero de la antigua nobleza de la Andalucía, y yo, mala y desobediente hija, he preferido al infame que me ha engañado.

—Decidme su nombre, señora, y yo os juro á fé de caballero que he de vengar vuestra afrenta.

—Es inútil que os lo diga, D. Alonso de Vivar; os repito que mi pena no tiene remedio; pero puesto

que tan noble interés demostrais por mí, os voy á referir la causa de mis pesares, la triste historia de mi vida.

Tomó asiento D. Alonso al lado de la jóven, y ésta comenzó la narracion de su desgracia en la forma que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

The first part of the history of the
 world is the history of the
 creation of the world and the
 history of the world from the
 beginning of time to the
 present day. The second part
 of the history of the world is
 the history of the world from
 the beginning of time to the
 present day. The third part
 of the history of the world is
 the history of the world from
 the beginning of time to the
 present day.

CAPITULO VIII.

En que la desconocida del meson empieza á referir su historia.

—Habeis de saber, noble caballero, que la causa de mi infortunio es el amor.

Nací en Sevilla, donde mi padre, D. Pedro de Quijano, era poseedor de varias fincas y de gran número de tierras en sus alrededores, debidas á la munificencia de los reyes, que á nuestros antepasados se las habian concedido por la parte activa que tomaron ayudándoles en las nobles empresas de la reconquista de Córdoba y Sevilla.

Con las rentas que nos producian tanto las fincas como lastierras, vivíamos, con verdad puede decirse, casi en la opulencia.

Mi padre, honrado y laborioso, habia tomado

parte en varias especulaciones mercantiles, y sus afanes tuvieron el más satisfactorio resultado, pues al cabo de algunos años vió, no duplicado, sino triplicado su capital. Cuando nuestra augusta soberana vino á Sevilla con el gran capitán Gonzalo de Córdoba, con objeto de levantar gentes y recursos para la conquista de Granada, mi padre se presentó á la católica reina y la ofreció diez mil doblas de oro que la reina aceptó con gratitud, dándole en cambio la ejecutoria de nobleza que hoy poseemos.

Mi nombre, que aún no os he dicho, es Laura, y la reina Isabel quiso llevarme á su lado para formar parte de su comitiva; pero mi padre, conociendo el bélico carácter de la reina, y la parte tan activa que en la guerra tomaba, declinó tan alto honor á pesar de los ruegos que le hizo para que lo admitiera la marquesa de Moya, á quien habíamos tenido alojada en nuestra casa, y que me manifestaba un profundo y verdadero cariño.

Partió la reina de Sevilla con direccion al real de Santa Fé, y mi padre formó parte de la comitiva, quedándome yo al cuidado de una anciana tia llamada doña Gertrudis y de dos dueñas, teniendo además para el servicio y custodia de la casa cua-

tro escuderos y los mozos necesarios para nuestra silla de mano.

Nuestra casa estaba situada cerca del alcázar y pegada á la muralla; tenia un magnífico y extenso jardín para nuestro esparcimiento; así es que rara vez solia salir de casa á paseo, como se acostumbraba, á las orillas del Guadalquivir y frente á la torre llamada del Oro.

Todas las mañanas iba acompañada de mi tia, de las dos dueñas y un escudero á oír la misa que á las diez de la mañana se decia ante la imágen de Nuestra Señora de la Antigua, que se venera en una de las capillas de la santa iglesia catedral.

Abstraída completamente en mis oraciones, pues pedia con mucho anhelo á la Santa Virgen el triunfo del ejército católico, no habia visto que hacia dias un jóven seguia mis pasos, y constantemente, durante el santo sacrificio de la misa, estaba á mi lado de rodillas y orando con fervor.

Un dia, al salir de la catedral, noté que una de mis dueñas se habia quedado atrás y que habló con el jóven algunas palabras.

Cuando llegamos á casa, bajé al jardín y procuré me acompañara la dueña; la otra se habia

quedado en los aposentos de mi tía Gertrudis para servirla.

Mi curiosidad era grande por saber qué clase de relaciones unian á mi dueña Beatriz con el jóven á quien diariamente veia yo en la iglesia; pero disimulando mi impaciencia, me puse á cortar flores para hacer un ramo y mandarlo á la capilla de la Virgen.

Estando entretenida en esta operacion, Beatriz me dijo:

—¿No habeis reparado, doña Laura, en un jóven que, como vos, asiste diariamente á la misa, y que, además de ser muy buen cristiano, es todo un buen mozo?

—Nó, contesté con aire indiferente, no me he fijado en él.

—Pues habeis de saber que ese jóven ha reparado en vos y que os ama.

—¿Le conoceis, Beatriz?

—Sí, le conozco; vive aquí al lado; se llama Octavio Mendez, y es hijo del rico comerciante cuyos almacenes están tan en boga en Sevilla por las telas y ricas estofas que tiene.

—No hablemos más de eso, añadí yo.

—El caso es, señora, que este jóven me ha roga-

do os diga si quereis recibirle esta noche en la reja.

—Nó, y mil veces nó, respondí, y me extraña cómo tú, tan rígida, te has permitido dar oídos á semejantes pretensiones.

Beatriz pareció desconcertada al principio, pero luego volvió á la carga con más insistencia, y por último consiguió que yo viera al jóven aquella noche por mi reja.

Puedo aseguraros que desde aquel momento estuve impaciente; mil veces cogí la labor para distraerme, pero todo fué en vano; deseaba llegara la noche para poder hablar con mi jóven vecino.

Si yo habia dicho á la dueña que no habia reparado en él, como supondreis muy bien habia mentido.

Desde el primer dia que le ví en la iglesia y arrodillado casi á mi lado, me fijé en él; pero al principio puedo aseguraros que apenas habia reparado, y solo por curiosidad alguna que otra vez habia separado la vista de mi libro de horas para dirigirle con disimulo una furtiva mirada.

Mi ansiedad era tal, os repito, que nada hice con concierto aquel dia, y me creí feliz y dichosa cuando llegó la noche.

Después de los rezos que teníamos costumbre de hacer mi tía y yo, pretextando que me dolía la cabeza me encerré en mi habitación con Beatriz.

Al toque de cubre-fuegos, dado por la campana mayor de la catedral, sentí dos golpecitos dados suavemente en mi ventana.

—No abras, dije á Beatriz.

Pero ésta, sin esperar mis órdenes, habia abierto de par en par la vidriera, y entonces ví un mancebo envuelto en una ancha capa recostado en la reja de mi ventana.

Ya no era tiempo de retroceder; animóme la dueña y salí á la reja.

Grande alborozo tuvo el mancebo al verme: pintóme su pasión con tan vivos y brillantes colores, que solo os diré que el alba asomaba ya por el horizonte cuando me retiré de la reja, no sin que antes Octavio, pues este era el nombre del jóven, me hubiera exigido el verme de la misma manera la noche siguiente.

Escuso deciros, señor D. Alonso, que aquel día mis ojos se fijaron más en el jóven durante la misa que en mi libro de horas.

Mi tía no sospechó nunca estas relaciones; pero

desde aquel día todas las noches, sin faltar una siquiera, las pasábamos hablando en la reja, y mientras nosotros nos arrobábamos en nuestro amor, la vieja Beatriz dormitaba en un sillón.

Pasado algún tiempo, no pareciéndonos suficientes las horas que robábamos á nuestro sueño para entregarnos á nuestro amor, hice confidente de nuestras relaciones á una amiga que con frecuencia me visitaba.

Esta amiga se llamaba Blanca de Mendoza, y con ella y su madre salíamos algunas veces á pasear y respirar las embalsamadoras brisas del Guadalquivir, que llegaban hasta nosotros por en medio de sus frondosos bosques de naranjos y limoneros que bordean sus orillas.

La madre de Blanca era amiga de la madre de Octavio, y con frecuencia las solía acompañar; de esta manera nuestras entrevistas, sumamente meditadas, parecían casuales á la vista de todo el mundo.

La reina católica y su invencible ejército plantaron por fin el pendón de los reinos unidos de Castilla, Leon, Aragon y Cataluña en los muros de Granada, y el rey Boabdil, apellidado *el Chico*, de rodillas entregó á doña Isabel las llaves de la

ciudad santa, último refugio de los agarenos en España.

Con gran júbilo se recibió la noticia en Sevilla, y yo participé doblemente de este triunfo, pues mi padre, á quien queria entrañablemente, me anunciaba su próximo regreso.

Quince dias despues abrazaba á mi padre, á quien los reyes católicos habian agasajado mucho, celebrando su noble desprendimiento, y el que ponía en mis manos un cofrecito de ébano con incrustaciones de oro y plata y preciosos arabescos esmaltados llenos de ricas joyas de oro y pedrería, entre las que había un magnífico collar de perlas en forma de gargantilla de siete vueltas, perlas de infinito valor que habian pertenecido á la sultana Lindaraja y que mi padre habia adquirido en seis mil doblas.

Loca de contento abracé á mi padre, el que, besándome amorosamente en la frente, me dijo:

—Laura, aún te traigo otro regalo más precioso; el noble conde del Aguila, que por casualidad te vió el dia que hizo su entrada en Sevilla nuestra amada reina doña Isabel, me ha pedido tu mano, y como puedes suponer, yo se la he concedido.

Al oír aquello turbóse mi alegría, helóseme la

sangre en las venas y un sudor frio cubrió todo mi cuerpo; mis ilusiones, mis ensueños de amor iban á desaparecer; escusado es deciros que amaba con pasion, con delirio á Octavio; mi vecino.

—El conde del Aguila, añadió mi padre, aunque no es jóven ya, pues frisa en los cincuenta, es un cumplido y noble caballero; y aunque nobles nosotros por la ejecutoria que la reina Isabel nos ha concedido y la merced de hábito de Santiago, cuya cruz roja ves adorna mi pecho, á tí deberá la raza de los Quijanos el entronque con una de las casas más nobles y ricas de Andalucía. ¿Qué te parece, hija mia?

—Ya sabeis, padre, contesté, que no tengo más voluntad que la vuestra; pero al pronunciar mis lábios estas palabras de sumision y obediencia, mi corazon protestaba.

Al dia siguiente el conde del Aguila me fué presentado por mi padre.

Como habia dicho mi padre, el conde del Aguila frisaba en los cincuenta años. Su aspecto era noble, finos y distinguidos sus modales, sus riquezas inmensas, y á cualquiera jóven hubiera halagado la eleccion de esposa que el conde habia hecho de mí. Pero, por el contrario, á mi me contris-

taba, porque amaba apasionadamente á mi vecino Octavio.

Recibí al conde con frialdad, que el creyó hija de la primera impresion que su visita y peticion me habia causado.

No bien se retiró, deshecha en lágrimas me arrojé en brazos de mi padre, al que confesé mis amores.

Mi padre, siempre bueno conmigo, trató de consolarme, manifestándome que tal vez encontraríamos medio más adelante de salir del apuro en que le habia puesto; pues él, ignorante de mis amores, no habia tenido reparo en acceder á la peticion del conde.

Octavio fué presentado á mi padre, y casi bien recibido por éste, pues aunque mis amores desbarataban los proyectos que habia formado, y que halagaban su vanidad con la union de nuestra familia á la noble casa del conde del Aguila, sin embargo dominaba en mi padre, más que la vanidad, el amor y el cariño que me tenia, y por nada en el mundo hubiera querido verme desgraciada.

Fué recibido Octavio, como he dicho, perfectamente en mi casa, y así continuamos nuestras re-

laciones, sin que la más pequeña nube las turbara.

El conde del Aguila sin embargo, no habia desistido de su empresa, ni devuelto á mi padre la palabra que éste le habia dado.

Llamado á la córte por la reina Isabel, tuvo que abandonar Sevilla; pero esperaba que, á su regreso, mi padre cumpliera su palabra empeñada y se verificase el matrimonio sin la menor dificultad.

Nunca la dicha es completa, y un suceso inesperado vino á turbar la mia.

Conocia demasiado la nobleza é hidalguía del conde del Aguila, y resuelta estaba á su regreso á confesarle mis amores, y rogarle desistiera de su empresa, no dudando un solo momento que podria conseguirlo. Así es que nada me inquietaba el regreso del conde.

Octavio cada dia estaba más rendido y más amante, y habia sabido cautivar el afecto de mi padre.

Una noche que le esperaba con impaciencia tardó más de lo que acostumbraba, y mi leal y enamorado corazon me hizo presentir una desgracia.

En efecto, ésta no se hizo esperar.

Llegó Octavio pálido y desenchajado, y me manifestó que habia tenido de poco tiempo á aquel

dia grandes descalabros en su fortuna, pero que estos descalabros podian haberse rehabilitado con la venta de un gran cargamento de géneros que debian haber recibido de Génova en aquellos dias.

Su padre habia fletado un barco, lo habia cargado, disponiéndose á regresar á España con objeto de realizar su mercancía, hacer frente á sus compromisos y rehabilitar su fortuna; empero el hado lo habia dispuesto de diferente modo.

Atacado el bajel en las aguas de Valencia por un corsario argelino, habia muerto en el combate, aunque derrotando al corsario.

Ebrios los marineros con la victoria, habian dejado sin gobierno la nave, la cual habia embarrancado en un arrecife de la costa de Africa.

El barco, con todas sus riquezas, estaba custodiado por los marineros, y él debia salir al dia siguiente para salvar los restos de su fortuna y recoger, como buen hijo, el cadáver de su desgraciado padre.

Como comprendereis, Sr. D. Alonso, esta noticia me consternó por completo, y lo mismo sucedió á mi cariñoso y querido padre.

Al dia siguiente partió Octavio en busca de la nave que contenia los restos de su fortuna, y que,

según supe después, estaba encallada en un arrecife ó peñón, al que se da el nombre de la Gomera y muy próximo á la costa de Africa.

Lo que sufrí con la ausencia de Octavio, solo un alma enamorada como la vuestra puede comprenderlo.

Octavio habia partido, y hacia cuatro meses que nada se sabia de él.

Rumores siniestros empezaron á correr de boca en boca y llegaron hasta mis oídos.

Pero hasta el quinto mes no supe lo inmenso de mi desgracia.

En los primeros momentos creí volverme loca de dolor y de pena, y no bastaba á consolarme ni el cariño de mi padre, ni la tierna solicitud de mis tías, ni la amistad y simpatía que por mi afición demostraban mis amigas.

Una de ellas sobre todo no me abandonaba un solo instante.

Era Blanca Mendoza, la confidente de mis amores y la que habia hecho al principio de estos que, con pretexto de la amistad que unia á su madre con la de Octavio, éste las acompañara con frecuencia á paseo á las orillas del Guadalquivir, haciendo por este medio que nuestras entrevistas fueran

más largas y frecuentes, y no llamaran la atención.

Esta jóven, en la que yo habia depositado todo mi cariño, toda mi confianza, debia más tarde traspasar mi ya lacerado corazon con el dardo de la perfidia y de la deslealtad más horrible.

Hé aquí lo que habia sucedido á Octavio.

Embarcóse en Algeciras, y con los auxiliares necesarios llegó á la Gomera, donde la nave estaba encallada.

Como buen hijo dió piadosa y cristiana sepultura al cadáver de su padre, y procedió despues al salvamento de la carga que traia la nave; pues por más esfuerzos que hicieron no pudieron sacar á flote la nave, cuya proa habia embarrancado de tal modo entre las peñas que los pilotos declararon no haber humanos medios de desembarrancarla. Además el continuo embate de las olas habia destrozado su muro de babor, desprendido muchas tablas y quebrantado los cuadernales y costillas de la nave.

Procedióse, pues, con gran actividad al trasbordo del cargamento; pero no bien habia empezado la operacion, cuando se vieron acometidos por todas partes por chusma morisca, y domina-

dos y vencidos, fueron hechos esclavos y el cargamento robado por completo.

Octavio y sus compañeros, agarrotados de piés y manos, fueron llevados á Argel y vendidos por esclavos á un rico moro, que los trasladó á Mazagan, donde poseia numerosas tierras, dedicándoles á labrar sus campos y permitiéndoles mandar noticias suyas á España con objeto de que se agenciara cada uno su rescate.

Llegó á Sevilla la noticia, que causó la muerte de la madre de Octavio, asi como su completa ruina.

Por este tiempo regresó el conde del Aguila de Valladolid, donde estaba la córte, y á pesar de mis lágrimas exigió de mi padre el cumplimiento de su palabra, pudiendo solo obtener de éste y del conde que mi matrimonio quedára aplazado para dentro de tres meses.

La ruina total de Octavio y la muerte de sus padres le dejaban en el más completo abandono, y la dificultad de reunir las seis mil doblas que habia pedido su señor Ebn-Ahmed hacian creer, no sin motivo y razon, que no regresaria de su cautiverio, y el conde quedaba libre, sin violencia ninguna por su parte, de su temible rival.

Pasó el primer mes de los tres que se me habían concedido, y el conde diariamente venia á visitarme, y se manifestaba rendido y enamorado.

Raro era el dia que al presentarse en mi casa no me trajese algun regalo, ya una preciosa sortija, ya un joyel, ya un collar de perlas.

Así, en poco tiempo, llegué á tener innumerables y riquísimas joyas, que, unidas á las que mi padre me habia dado á su regreso de Granada, formaban, reducidas á dinero, una cantidad bastante considerable; pero la dificultad estaba en poder realizarlas sin que mi padre llegara á saberlo.

Decidida como estaba á jugar el todo por el todo, con palabras ambiguas habia llegado á enganar al conde, y mi padre creia que casi por completo habia olvidado al infeliz Octavio.

Mi resolucion estaba tomada; puesto que todos abandonaban al desgraciado, deber mio era favorecerle, auxiliarle, salvarle de la prision y de la esclavitud en que yacia.

Pero necesitaba alguna persona que me auxiliara.

Habia llegado la Primavera, y mi jardin se hallaba cubierto de bellas y hermosas flores, cual solo el suelo de Andalucia puede producir.

Blanca Mendoza, mi amiga, que siempre me acompañaba, se paseaba conmigo en el jardín una tarde, cuando sentándonos en un banco formado de azulejos moriscos dentro de un cenador cubierto de madraselvas, mosquetas y caracolillos, la dije con decision:

—Blanca, ¿tú eres mi amiga, mi amiga verdadera?

—¿A qué es esa pregunta, Leonor? me contestó, estrechándome entre sus brazos.

—Te he hecho esa pregunta, Blanca, porque hoy quiero poner á prueba tu amistad.

—Habla, y cuenta conmigo para todo.

—Pues bien, Blanca. Tú sabes que Octavio está cautivo, y que el moro Ebn-Ahmed pide por su rescate seis mil doblas. Tambien sabrás que dentro de dos meses debo dar mi mano al conde del Aguila. Yo he jurado eterno amor á Octavio, y me he propuesto salvarle. ¿Me quieres ayudar?

—Sí, me contestó con decision Blanca, pero no encuentro el medio.

—Escucha, pues. Tengo reunidas todas mis joyas en una cajita, ménos el collar de perlas que me trajo mi padre de Granada, y que sabes perteneció á la reina Lindaraja, y que siempre llevó

puesto. Pues bien; esta noche, cuando te retires, te llevarás la caja con las joyas, y mañana yo iré á pasar el dia contigo. Allí te explicaré el resto de mi plan. Solo exijo de tí la mayor discrecion, el más absoluto silencio, y que tengas la decision que yo tengo para que llevemos con éxito á su fin el plan que te propondré, y que dará por resultado la libertad de Octavio, deshacer mi matrimonio con el conde del Aguila y labrar mi felicidad.

Al despedirse de mí Blanca aquella noche, la entregué la caja de joyas, y al siguiente dia hice saber á mi padre mi proyecto de pasar el dia en casa de Blanca.

Accedió mi padre sin dificultad, pues acostumbraba á pasar amenudo algunos dias con Blanca, y sobre las ocho de la mañana, acompañada de una dueña, me fuí á su casa.

Allí dí orden á la dueña no fuera á buscarme hasta las diez de la noche.

Mi padre por su parte habia aprovechado tambien mi ausencia para visitar sus posesiones de Ginés y Castilleja.

No bien me encontré sola en casa de Blanca, la manifesté mi plan, que era ir las dos á rescatar á Octavio.

Blanca trató de disuadirme; empero nada logró. Estaba resuelta, y al fin mi amiga accedió y nos procurámos dos vestidos de hombre, compramos á fuerza de oro el silencio y la discrecion de uno de los criados de Blanca, que se ofreció á acompañarnos, y á la una de la tarde, montadas á caballo, y llevando todas las joyas que habia podido reunir, salimos por la puerta de Triana, tomando el camino de Huelva.

Al llegar Laura á este punto de su narracion, el anciano que la acompañaba la dijo:

—Laura, te encuentras demasiado agitada por las fuertes emociones que has recibido hoy. Bueno sería que tomaras algun descanso.

D. Alonso de Vivar unió su voz á la del anciano, y prometiendo no separarse del lado de Laura, ésta tomó un calmante que le presentó el anciano, quedando como aletargada á los pocos minutos.

D. Alonso y el anciano sentáronse á su lado, y sin pronunciar una palabra, por no interrumpir aquel benéfico y reparador sueño, esperaron á que ésta despertara para que continuara la relacion de sus tristes aventuras.

El caballero causa de la emocion y desmayo de Laura se habia retirado á una habitacion con-

tigua, no sin haberse informado antes del estado de Laura, á la que con su presencia habia causado aquel trastorno.

En el rostro de aquel caballero se dibujaban rastros de pena y dolor, y señales de profundos sentimientos.

Su negro traje indicaba que el luto que cubria su cuerpo tambien cubria su alma, y que algun sér querido, á quien Dios habia borrado del libro de los vivos, habia dejado en él las huellas de tristeza y dolor que á primera vista se veian en su semblante.

Más adelante verán nuestros lectores quién era este caballero, y si habia ó nó motivo para el profundo dolor y abatimiento en que se hallaba sumergido.

CAPÍTULO IX.

**En que continúa la historia comenzada á referir por
Laura en la posada del Sol de Oro.**

Con la toma de Granada, último baluarte en España del islamismo, y la salida del rey Boabdil el Chico, quedó restablecida la integridad nacional y terminada la reconquista empezada por Pelayo en las montañas de Asturias, y que sus sucesores continuaron hasta que á la reina Isabel la Católica cupo la gloria de terminar tan gloriosa empresa.

Arrojados los moros de España, gran número de ellos se trasladaron á Argel, Orán y Tetuan, que desde entonces tomó el nombre de la ciudad sagrada, y á donde las tropas españolas en el reinado de Isabel II, y bajo la direccion del esforzado, prudente y valeroso O'Donnell, plantaron

sobre sus muros la bandera de castillos y leones, emblema igual al que en los muros de Granada plantó la católica Isabel I.

El despecho y el furor del agareno no tuvo límites al verse vencidos por todas partes. Y no encontrándose con fuerzas para reconquistar lo perdido se dedicó á la guerra del bandolerismo, de la piratería, sembrando algunas veces la desolacion en las costas fronteras desde el cabo de Benidorme hasta el de Machichaco, produciéndole estas arriesgadas correrías gran número de cautivos, por los que exigian crecido rescate, con lo que se fué alentando la piratería al ver que esto les daba más producto que el pacífico y leal comercio que de frutos y mercancías hacian con España.

Ebn-Ahmed, moro que descendia de la casa de Ahmed de Granada, cuando la disidencia de los Zegríes y Abencerrajes antes de la conquista de esta ciudad, no habiendo querido tomar parte por unos ni por otros, se habia retirado, despues de realizar su cuantiosa fortuna á la ciudad de Mazagan (1), y conservaba relaciones tanto en la costa española como en la argelina, siendo la compra y

(1) Mazagan pertenece hoy al imperio de Marruecos.

venta de esclavos uno de los negocios que más pingües resultados le daba.

Así es que no creyendo fuese Octavio, por su noble porte y apuesta figura, solo el hijo de un mercader, sino un noble, habia pedido por él un rescate muy superior al que al principio se creía, que, como saben nuestros lectores, fueron seis mil doblas.

Pero volvamos á nuestra narracion, y oigamos lo que Leonor, al despertar, refirió á D. Alonso.

—Antes de quedarme dormida y del pequeño descanso que he tenido, que bien lo necesitaba mi fatigado cuerpo, os dije, D. Alonso, que Blanca y yo, seguidas de un criado, nos dirigimos á caballo hácia Huelva.

La consternacion de mi padre al saber mi huida ya os lo podeis figurar, y los terribles resultados que tuvo os lo referiré más adelante.

Ahora solo os diré que, no bien llegamos á Huelva, nos embarcamos en una carabela que debia dirigirse á Argel, y que á su bordo llevaba varios traficantes moros y judíos que, abandonando la España, debian fijar su residencia, unos en Argel, otros en Ceuta, otros en Mogador, y por último, otros en Mazagan.

Al principio la travesía fué feliz; pero al segundo día oscurecióse el cielo, embravecióse el mar, espantosas olas combatieron la carabela, rompióse el gobernable y tres días anduvimos entre la vida y la muerte, agitados en medio de las aguas por las corrientes contrarias del estrecho de Calpe.

Blanca y yo, abrazadas, rogábamos al cielo se apiadase de nosotras, viendo en aquella terrible tempestad un castigo á la desobediencia de sus designios y á la fuga que habia hecho de mi casa paterna.

Fortalecidas con la oracion, é implorando á María, la Estrella del mar, pasamos aquellas horas de agonía en que la nave mil veces estuvo á punto de zozobrar.

Por fin calmóse la tormenta, brilló el sol, restablecióse la calma en el líquido elemento y llegamos de arribada al puerto de Mequinez.

Ya me creia salvada, pues solo nos faltaba tomar un bote para trasladarnos, costeando, á Mazagan, y rescatar de la esclavitud en que padecia el desgraciado Octavio.

Pero una terrible desgracia vino á nublar nuestra esperanza.

Durante la tempestad, y no creyéndonos segu-

ras en nuestro camarote, subimos sobre cubierta, dejando en él la caja que contenia las joyas.

Al desembarcar la echamos de menos, y por más diligencias que se practicaron fué imposible hallar la caja.

O habia sido robada, ó las embravecidas olas la habian arrebatado, sepultándola en los profundos abismos del mar, haciendo infructuoso nuestro sacrificio; pues dificilmente, con lo que nos quedaba, podríamos conseguir el rescate.

Durante la tempestad, nuestro fiel criado habia perecido; así es que nos encontramos completamente abandonadas las dos.

Una sola esperanza me quedaba. Llevaba, como ya he dicho, siempre puesto al cuello el collar de perlas que habia sido de la reina Lindaraja, y que mi padre me regaló á su vuelta de Granada.

En un lanchon nos trasladamos á Mazagan, acompañadas de un judío á quien habíamos vendido dos sortijas de esmeraldas, con cuyo importe, y algunas doblas que aún nos quedaban en el bolsillo, pagamos nuestro pasaje.

Al llegar á Mazagan, el judío que nos acompañaba nos condujo á la casa de Ebn-Ahmed, en cuyo pórtico nos dejó.

La casa no parecía, á pesar de lo que habia oido, ser la de un opulento y rico moro.

Sus pardas paredes, desprovistas en su fachada por completo de ventanas, parecian más bien muros de prision que suntuoso palacio.

Franqueamos la entrada con el temor que podeis imaginaros, y dos esclavos negros nos preguntaron qué queríamos.

—Hablar á vuestro amo, contesté. Decidle que dos jóvenes mercaderes de Sevilla vienen á tratar del rescate de un cautivo cristiano que tiene en su poder.

El negro abrió una puerta y nos hizo entrar en un patio magnífico, á cuyo alrededor habia magníficas arcadas llenas de arabescos, sostenidas por preciosas columnas de mármoles de diferentes colores. El suelo del patio estaba embaldosado de alabastro, y en el centro corria una fuente que daba frescura con sus hilos de plata al ambiente que allí se respiraba.

Poco tiempo esperamos en aquel patio, pues un esclavo nos dijo que su señor nos aguardaba, y, haciéndonos pasar por diferentes salas riquísimamente estucadas de arabescos de colores, y en cuyos frisos y cornisas habia escritas máximas del

Corán, nos introdujo en una especie de rotonda que daba á los jardines, á donde, recostado en blandos cogines de terciopelo carmesí, estaba el moro Ebn-Ahmed, dueño de aquella morada.

—Alá os guarde, dijo el moro, en cuanto estuvimos en su presencia. ¿Qué me quereis, extranjeros?

—Venimos, contesté yo, á pedir os pongais en libertad á Octavio, vuestro esclavo, y á saber lo que pedis por su rescate.

—¿Octavio es vuestro hermano? preguntó Ebn-Ahmed.

—Sí, contesté sin vacilar, pues todos los cristianos somos hermanos.

—Bien. ¿Sabes el precio que he puesto á su rescate?

—Nó, contesté, pero puedes decirlo.

—Pues bien; no dejaré en libertad á Octavio menos de diez mil doblas.

—No es esa la cantidad que habias pedido, contesté yo.

—En efecto, antes de saber quién era exigia seis mil; pero ahora puedes estar seguro que no lo pondré en libertad menos de ese precio.

Todas mis ilusiones se desvanecieron al ver la insistencia de Ebn-Ahmed; pues, como ya sabeis,

no poseia más que el collar de perlas, y que el judío que nos acompañó habia tasado en seis mil doblas.

En aquel momento, tal vez para aguzar más nuestro deseo de poner en libertad á Octavio, abrióse la puerta de la rotonda y empezaron á desfilar los esclavos que marchaban al trabajo.

Iban de dos en dos, unidos por la cintura á una pesada cadena, y custodiados por negros armados de yataganes.

Ver á Octavio, reconocerme él y lanzarme en sus brazos, todo fué uno.

—¡Ah, Leonor! me dijo. Ya sabia yo que no me abandonarias. Triste es mi estado, pero este feliz momento recompensa cuanto he sufrido, cuanto he padecido. Pero nos hemos vendido, Leonor; y no solo no has conseguido salvarme, sino perdiste al ver descubierto tu sexo.

En efecto, nuestro primer é involuntario movimiento nos habia vendido, y, sin querer, Octavio habia descubierto mi sexo.

Mandó Ebn-Ahmed siguieran los esclavos á su trabajo, y cuando nos quedamos solos me dijo:

—¿Conque me habeis ocultado vuestro sexo? ¿Conque no sois un mancebo, sino una bella huri del paraiso?

—Apiadaos de mí, le contesté arrojándome á sus plantas. Amo á Octavio, y por él daría mi vida. No poseo más que este collar, que fué de la reina Lindaraja. Tomadlo y devolvedme á Octavio, á mi amante.

El moro, al ver mi dolor, pareció conmovido. Yo entonces le conté mis amores y la pérdida de mis joyas, procurando por este medio ver si podía aplacarle.

—Jóven, Alá es testigo de que te entregaria desde luego á tu amante si me dejara llevar de mis instintos; empero no puedo perder lo que por él he pagado y lo que creo que vale. Así es que puedes volver á tu país, reunir lo que falta y volver en busca de tu amante.

Una idea cruzó en aquel instante por mi mente, y sin prever sus consecuencias la puse en ejecucion, pues mi corazon se destrozaba al ver encadenado á mi amante, y al considerar cuánto sufriria en el cautiverio.

—Moro, le dije, puesto que no quieres ponerle en libertad sin tener la suma que te he propuesto por su rescate, y no te fias de la palabra de una cristiana, yo te propongo lo dejes en libertad inmediatamente, quedando yo en su lugar esclava

hasta que regrese con la suma que falta para su rescate. Mañana mismo han de partir.

—Hija del Profeta, acepto, dijo Ebn-Ahmed.

—Pues bien; toma, ahí está el collar.

—Nó, guárdalo hasta que esté completo el rescate.

—Hoy mismo partirás, Blanca, acompañada de Octavio. Te presentarás á mi padre y le harás ver la triste situacion en que me hallo. Ahora, Ebn-Ahmed, júrame por tu Dios, por tu profeta Mahoma, que seré respetada por tí y esperarás la llegada de mi amiga y de Octavio con mi rescate.

—Juro, dijo el moro, por el Profeta y el ángel Gabriel respetarte y tener contigo todas cuantas consideraciones se deben á tu amor, á tu desgracia y á tu posicion.

—Moro, Dios oiga tu juramento.

Blanca estaba deshecha en lágrimas al ver mi abnegacion. Octavio fué puesto en libertad, y juntos pasamos el dia en casa de Ebn-Ahmed, y al rayar el alba del siguiente Octavio y Blanca se embarcaron para España con objeto de pedir á mi padre el precio de mi rescate.

Octavio hizo cuantos esfuerzos pudo para disuadirme de mi propósito; pero todo fué en vano.

Por su amor me vendí esclava; me quedaba en rehenes, pensando que tanto Blanca como Octavio se apresurarian á devolverme la libertad.

Antes de marcharse entregué á Blanca el collar de perlas, y arrancándome violentamente de los brazos de Octavio, les hice salir, cayendo privada de sentido al oír cerrar las puertas que para ellos se abrian para la libertad, empezando para mí el cautiverio.

Ebn-Ahmed llamó á sus mujeres, me recomendó á sus cuidados, me hicieron cambiar el traje que llevaba por uno propio de mi sexo, y me rodearon de los más exquisitos cuidados y atenciones, procurando calmar y distraer mi pena por cuantos medios se les presentaban.

Ebn-Ahmed cumplió su palabra, y solo de cuando en cuando se presentaba en el haren, demostrándome sus respetuosas simpatías y dirigiéndome palabras de esperanza y de consuelo.

Yo no cesaba de implorar á la Virgen, y esperaba diariamente el regreso de Blanca y Octavio. Empero pasó un mes, y luego otro, y luego otro, hasta quince, sin que tuviera la menor noticia ni de mi amante, ni de mi amiga.

En la casa de Ebn-Ahmed gozaba yo de todâ

clase de libertades, no sujetándome, como las demás mujeres, á vivir encerradas en el haren bajo sus doradas celosías.

La casa, situada en un extremo de la ciudad, tenía un vasto é inmenso jardin, rodeado de altas paredes que impedían la comunicacion con el exterior y el registro de los edificios contiguos.

Diez esclavos cuidaban el jardin y otros diez la huerta, teniendo cuidado de tener perfectamente limpias sus calles y paseos, que, á la usanza árabe, estaban embaldosados con preciosos azulejos de pintados colores, que daban á aquel paraje un aspecto risueño y encantador.

Arboles corpulentos, laureles reales, naranjos y limoneros daban sombra y perfumaban el ambiente, refrescado de continuo por mil saltadores y juegos de agua, de que estaban llenas las innumerables plazoletas y calles del jardin.

Grutas y cascadas artificiales, donde el agua murmuraba lentamente, nos ofrecían descanso y frescura en las horas en que el sol en su zenit lanzaba sus abrasadores rayos sobre la tierra, dorando las mieses y agostando las plantas.

Un dia, dia terrible y fatal para mí, pues sufrí el más cruel desengaño, me paseaba por el jardin

como de costumbre, cuando ví un cautivo cristiano que por primera vez trabajaba en regar los jardines.

Creí reconocer en él uno de los criados que mi padre tenia en Castilleja. Me acerqué á él y le pregunté:

—¿De dónde eres?

—Señora, soy de Castilleja, al lado de Sevilla, y servia no há muchos meses á D. Pedro Quijano.

Al oír este nombre palidecí, y apenas pude articular alguna que otra palabra, teniendo que apoyarme en el tronco de un limonero para no caer desfallecida al suelo.

—¿Os poneis mala, señora?

—Nó, no es nada, le contesté. Decidme, ¿qué ha sido de D. Pedro Quijano?

—Escuchadme, señora, un momento, y oireis una triste historia. D. Pedro Quijano era uno de los hombres más acaudalados de Sevilla, buen cristiano y buen español. Habia contribuido con su caudal á que la reina Isabel arrojara de España los últimos restos de la morisma, tomándoles la ciudad de Granada, por lo cual los reyes le habian colmado de beneficios.

D. Pedro tenia una hija á quien adoraba, la

cual debia casarse con el noble conde del Aguila. Pero un dia esta hija, cruel y desapiadada, desapareció de la casa paterna, sin que se supiera su paradero. Por más diligencias que hizo su desgraciado padre, sólo se pudo averiguar que, en compañía de una amiga y de un criado de ésta, habian huido de Sevilla. El anciano D. Pedro Quijano creyó volverse loco de dolor y de pena, sucumbiendo poco despues á causa de su dolor en brazos de su fiel amigo el conde del Aguila. D. Pedro habia hecho cuantiosos gastos en averiguacion del paradero de su hija, y esto unido al descuido en que, durante más de un año, tuvo sus intereses y haciendas, vinieron á mermar su fortuna considerablemente. A su muerte parientes lejanos se apoderaron de todo lo que quedaba, y yo fui despedido de la casa. Me fuí á Almería, formé parte de la tripulacion de una nave costera, y tuve la desgracia, así como mis compañeros, de ser cautivado y vendido al amo de esta casa. Pero vos, señora, tanto por el interés que os tomáis en los asuntos de D. Pedro y por vuestro semblante, supongo que no sois de esta tierra, y aun creo, por las exclamaciones que se os han escapado, cristiana como yo.

—Cristiana soy, le contesté, y nacida en la perla de Andalucía, en Sevilla. Y como no quiero ocultaros nada, soy la desgraciada é infeliz hija de D. Pedro Quijano.

—¡Ah, noble y desgraciada señora! Más le vale á vuestro padre haber muerto, pues así se priva de tener el dolor de saber vuestro triste estado.

—Cautiva estoy como tú, y yo misma he venido á forjarme mis propias cadenas, le dije al cautivo, para que no creyera que, al verme tan considerada en la casa de Ebn-Ahmed, era una de sus mujeres favoritas, y que olvidándome de la religion en que habia sido criada, habia abjurado de ella y abrazado el islamismo.

Entonces le conté, pues la desgracia á todos nos hace iguales, mi viaje y el sacrificio que habia hecho de mi libertad por salvar á Octavio, el cual debia haberse presentado á mi padre con mi amiga Blanca para obtener de él la suma que faltaba para mi rescate.

—¿Decís que vuestro amante era Octavio Mendez, el hijo del mercader que vivia al lado de vuestro padre?

—Sí, le contesté.

—Pues bien, señora, armaos de valor. Octavio

Mendez vive en Algeciras contento y feliz, casado con vuestra amiga Blanca, hace diez meses. Yo mismo los he visto y he ido á su casa varias veces con mercancías.

Al oír aquella noticia, caí al suelo como herida de un rayo.

No sé cuanto tiempo permanecí privada del sentido. Lo único que os puedo decir es que, cuando volví de mi síncope, me encontré en el haren, en mi lecho, y rodeada de las mujeres y esclavas de Ebn-Ahmed, y que estuve durante varios días en un continuo delirio y entre la vida y la muerte. Pero gracias al Todopoderoso y á mi constitucion robusta, al cabo de un mes me encontré restablecida por completo. Una sola idea alimentaba mi alma y mi deseo, y esta idea era la de la venganza.

Para llevarla á cabo no hubiera vacilado en sacrificarlo todo, hasta mi propio honor. Pero Dios en su infinita misericordia se apiadó de mí y puso remedio á todos mis males.

Ruégoos me dejéis descansar un momento, pues el recuerdo de la perfidia de Octavio me pone fuera de mí, excita de tal modo mis nervios, que no sé si tendré valor para continuar hasta el fin mi triste historia.

Levantóse el anciano, vertió en una taza lo que quedaba de la pocion calmante y se la dió á beber á Laura, que despues de tomarla y descansar algunos momentos, continuó su narracion como se verá en el capítulo siguiente.

the Supreme Court of the State of New York
In and for the County of New York
The People of the State of New York,
Plaintiff,
vs.
The People of the State of New York,
Defendant.

That the People of the State of New York
do hereby certify that the following
is a true and correct copy of the
original as the same appears from
the records of the Court of Sessions
of the County of New York.

Witness my hand and the seal of the
County of New York, this _____ day
of _____ 18__.

County Clerk of New York

Notary Public

CAPITULO X.

De cómo Laura, ayudada del esclavo Rodrigo, se fugó de la casa de Ebn-Ahmed, y de cómo termina su historia.

Repuesta algun tanto Laura de la excitacion nerviosa que le habia acometido, continuó de esta manera:

—Desde que supe la traicion de mi amante, el deseo solo de la venganza me dió fuerzas para resistir, y pensé el medio de salir de aquel triste estado á que mi loco amor me habia arrastrado.

Manifestábame sumamente amable y hasta cariñosa con Ebn-Ahmed, el cual, viendo que mi rescate se retrasaba, creyó que al fin y al cabo llegaría á ser suya sin la menor violencia.

Por dos veces se mandó emisarios á mi padre,

empero ninguno de ellos volvió, ni se supo nada de su misiva.

Ebn-Ahmed me rodeó de toda clase de cuidados, y á pesar de su avaricia mi hizo en diferentes ocasiones ricos presentes de joyas y pedrería.

Como os he dicho, noble D. Alonso, desde el primer momento habia gozado en casa de Ebn-Ahmed toda clase de libertades, y no estaba sujeta, como la demás mujeres, al estrecho régimen del haren, y salia y entraba á pasearme por el jardin y huerta sin que los eunucos me hubieran puesto nunca la más pequeña dificultad.

Diariamente paseaba por el jardin, y durante las horas del calor reposaba en una de las grutas artificiales que habia en él cubierta de preciosas y cristalinas estalactitas.

En mis frecuentes paseos habia hablado con Rodrigo, el antiguo criado de mi padre, á quien por su habilidad habian confiado el arreglo del jardin.

Dos veces Rodrigo me habia hecho entrever la esperanza de lograr la libertad, no por medio del rescate, sino por la fuga.

Hallábame una tarde reposando en la gruta, pues el calor aquel dia habia sido excesivo, cuando

entró Rodrigo sigilosamente, y despertándome me dijo:

—Señora, todo está preparado para nuestra fuga; me he puesto de acuerdo con varios cautivos y un día de estos emprenderemos la huida. ¿Queréis venir con nosotros?

—Sí, le contesté; no deseo otra cosa que recuperar mi libertad para castigar al infame que tan traidoramente se ha portado conmigo.

—Pues bien, añadió Rodrigo, sólo nos falta comprar una barca, pero no tenemos dinero suficiente para ello.

—No os desanime esto, le contesté; mañana, cuando yo salga de esta gruta, entrad, y entre el césped escondidas encontrareis algunas joyas que me ha regalado nuestro amo Ebn-Ahmed.

Aquel día Ebn-Ahmed estuvo á verme en el haren, y me trajo como regalo un precioso anillo con un zafiro, diciéndome al mismo tiempo:

—Como ves, bella sultana, no viene nadie en tu auxilio; tu padre te abandona, tu amante te engaña, te roba y se casa con tu amiga; corresponde á mi amor y serás la sultana de esta casa, y todos, incluso yo, te serviremos de rodillas.

—Ebn-Ahmed, estoy sumamente agradecida á

cuanto por mí has hecho, á las consideraciones que me has guardado y á la lealtad con que has cumplido tu palabra; si en el término de veinte dias no has recibido mi rescate, no han vuelto los emisarios que hemos mandado, prometo ser tuya á condicion de que me has de vengar y ver por todos los medios posibles de atraer á Octavio y á la infame Blanca para que sean mis esclavos.

El moro, ébrio de gozo con la esperanza que acababa de otorgarle, cayó á mis pies y cubrió mis manos de amorosos y ardientes besos.

Todo el dia permaneció á mi lado; á la caída de la tarde salió para sus negocios y yo pude bajar al jardin y esconder entre el césped de la gruta varias alhajas para que con su producto pudiera Rodrigo y sus compañeros comprar la barca que deseaban y que debia servir para nuestra fuga.

Dos dias despues Ebn-Ahmed vino á despedirse de mí, pues pensaba hacer una corta expedicion para compra de mercancías y esclavos en Larache, dando órden á todos sus esclavos y dependientes de que me obedecieran cual si fuera él y se apresuraran á cumplir y satisfacer mis más pequeños caprichos.

Al oscurecer, como de costumbre, salí á pa-

sear al jardín para respirar las auras frescas de la noche, pues el calor, á pesar de solo estar á fines de de Mayo, habia sido sofocante.

Rodrigo habia abierto las compuertas de la acequia y regaba el jardín y el bosquecillo.

Distraida estuve largo rato, paseándome por las embaldosadas calles del jardín y viendo penetrar el agua por las diferentes canalizas de riego de que estaba lleno, y que la mano experta y hábil de Rodrigo dirigia para que, penetrando el agua en los cuadros de flores y almácigas de naranjos, refrescasen sus raices con las limpias y cristalinas aguas, dándolas la vida y frescura que el sol ardiente de aquel dia las habia quitado.

Varias mujeres del haren vagaban de un lado á otro, gozando como yo de la embalsamadora brisa que allí se disfrutaba.

Rodrigo, cuando vió que estaba sola, se acercó á mí, é inclinándose como para destapar un conducto de canaliza, me dijo:

—Todo está pronto; mañana á media noche debemos escapar; un renegado amigo mio ha vendido las joyas á un judío, y con su producto hemos comprado una barca capaz de contener quince personas, la que, provista de víveres, nos espe-

rará mañana á media noche en un recodo oculto que forma la costa.

—Está bien, mañana á la noche no faltaré.

Y me alejé precipitadamente para reunirme á mis compañeras.

—Escuso deciros, noble D. Alouso, las diferentes sensaciones que experimentó mi corazón durante aquel día, y las zozobras que sufrí esperando llegara la hora dichosa de mi libertad.

La cosa más insignificante llegaba á turbarme de tal modo, que mil veces mi falta de serenidad y tranquilidad estuvo á pique de perderme, y sin querer descubrir la trama que meditaba.

En un momento que me ví sola me encerré en mi habitacion, hice un pequeño lio con todas las joyas y telas preciosas que debia á la generosidad de Ebn-Ahmed, me hincué de rodillas, y elevando mi corazón á Dios, y pidiendo á su santa Madre el feliz éxito de nuestra empresa, fortalecí de este modo mi ánimo, y tranquila y serena volví al lado de mis compañeras, tomando parte con ellas en sus juegos y placeres.

Por una casualidad providencial conservaba en mi habitacion el traje de hombre que me sirvió para salir de Sevilla, y pude, así como el pequeño

lio que habia hecho, trasladarlo á la gruta aquella tarde.

El calor habia sido sofocante, y al anochecer negros nubarrones cubrieron el cielo, destacándose al poco tiempo una horrorosa tempestad.

Parecia que el cielo queria protegernos.

A media noche bramaba el trueno, y de cuando en cuando los relámpagos iluminaban la atmósfera y la lluvia caia á torrentes.

Hacia tiempo que las luces se habian apagado en la casa de Ebn-Ahmed.

Abrí la ventana y ví al pié de ella, oculto entre las ramas de un frondoso laurel real, á Rodrigo.

Aplicó éste la escala que le servia para podar los árboles, y bajé por ella llena de emocion y miedo.

Cambié en la gruta de traje, cogí el paquete que contenia mis alhajas, y ayudada de Rodrigo escalamos el muro de la huerta, viéndonos al poco tiempo en la playa, donde estuvimos á punto de ser descubiertos por varios moros pescadores que la tempestad habia arrojado á ella; pero era tanta la oscuridad, que pasaron como á veinte pasos de nosotros sin vernos.

Por fin llegamos á donde estaba la barca, y des-

pues de una breve oracion, en que como buenos cristianos encomendamos nuestra salvacion al divino Redentor y á su santa Madre, á fuerza de remos nos alejamos de la playa y nos engolfamos en alta mar, respirando por fin el aire de la libertad.

Si con bien habíamos llevado nuestra fuga, y la tempestad que aquella noche se desencadenó habia favorecido nuestros proyectos, corriamos el grave peligro de volver á ser apresados por alguno de los infinitos corsarios que cruzaban constantemente aquellas aguas.

Por fin, despues de tres dias de contínuas zozobras y ansiedades, en que mil veces estuvimos á pique de perecer, llegamos á las hospitalarias playas de Algeciras.

Nuestro primer cuidado al desembarcar, despues de haber besado la tierra, fué dirigirnos al templo á dar gracias á Dios, que tanto nos habia protegido, y colocar como ofrenda en el altar de María las cadenas en que por tan largo tiempo habian gemido mis compañeros de infortunio.

En Algeciras supe que Octavio y la pérfida Blanca habian partido para Sevilla, y yo, acompañada de Rodrigo, salí al dia siguiente para aquella ciudad en busca de mis parientes.

Vendí las joyas que me quedaban, y reparti en partes iguales con mis compañeros de infortunio el precio que por ellas me dieron.

Escuso deciros, D. Alonso, lo que yo sufrí hasta llegar á Sevilla; pero aún debia apurar más y más en aquella ciudad, donde tan feliz habia sido, el cáliz de amargura, al saber los detalles de la muerte de mi padre y la pérdida completa de mi fortuna.

Abandonada, triste, casi en la miseria, no sabia á dónde volver los ojos, y gracias á este anciano que me acompaña, pariente lejano de mi padre, debí no morir de miseria, y generosamente se ha prestado á llevarme á Huelva para entrar en el convento de monjas franciscas, de que es superiora una hermana de mi padre.

Ya veis, noble D. Alonso de Vivar, cuán infeliz y desgraciada he sido; pues bien: ahora habeis de saber que la causa de mi desmayo ayer en el meson fué que el caballero que entró, y que á vuestro lado iba á tomar asiento, era el infame y vil Octavio, el que tan indignamente me habia engañado, sacrificándome como habeis visto, huyendo con mi amiga y dejándome en poder del moro Ebn-Ahmed.

Laura prorumpió en amargo llanto al terminar su historia, y D. Alonso la dijo para consolarla:

—Laura, yo pediré hoy mismo á ese mal caballero estrecha cuenta de su deslealtad y perfidia.

Y levantándose sin hacer caso de las súplicas que tanto el anciano como Laura le dirigian, salió de la habitacion, y llamando á maese Juan Olmeduelo le preguntó por la habitacion que ocupaba el caballero que la noche anterior habia entrado en la posada.

Maese Olmeduelo, con su birretina en la mano, se apresuró á indicar la habitacion que ocupaba el caballero.

D. Alonso dió dos golpes en la puerta, y una voz débil y casi desfallecida le contestó:

—Entrad.

Penetró D. Alonso de Vivar en la habitacion y se halló frente á frente con Octavio, en cuyo rostro se veia marcada la desesperacion y el dolor más profundo.

Octavio, sin levantarse, hizo señas de que se sentara á D. Alonso y le dijo:

—Aunque no tengo el gusto de conoceros, pues solo os ví anoche al entrar en el meson, y al querer sentarme á vuestro lado para tomar algun re-

frigerio, y luego despues, cuando cayó desmayada doña Laura, supongo el motivo de vuestra venida, y así os suplico que me oigais con calma antes de condenarme por completo.

—Os escucho, contestó D. Alonso.

—Pues bien; ahora, jóven, oid mi historia, y despues, segun vuestro buen juicio, condenadme ó compadedcedme.

CAPÍTULO XI.

De cómo Blanca de Mendoza hizo el papel de la serpiente tentando á Octavio, obligándole á abandonar á Laura para casarse con ella.

—Habeis de saber, caballero, dijo Octavio, despues que D. Alonso de Vivar hubo tomado asiento, que soy más desgraciado que culpable. Supongo que Laura os habrá referido su historia; de esa manera me escuso deciros quién soy, puesto que ya lo sabeis; solo os añadiré que amaba con delirio á Laura, que el mal estado de mis negocios me hizo abandonar á Sevilla, y que caí en poder de un corsario, y vendido por esclavo fui á parar á poder de un rico moro de Mazagan, llamado Ebn-Ahmed; que Laura, llena de amor y con un valor sin igual, corrió á salvarme en compañía de una falsa amiga suya, llamada Blanca, y que llevando Lau-

ra su abnegacion hasta lo último, conociendo que el estado de mi fortuna no permitiria nunca reunir la cantidad que el moro pedia por mi rescate, para más obligar á su padre quedóse esclava en mi lugar, debiendo Blanca y yo partir para Sevilla y volver en seguida con el precio del rescate.

Con el mayor dolor me desprendí de los brazos de Laura y me embarqué para Algeciras, á donde llegamos al siguiente dia.

Blanca, viendo mi profundo dolor, trató por todos los medios posibles de consolarme; pero el dolor era en mí tan profundo, que al dia siguiente de mi desembarco caí gravemente enfermo, estando durante quince dias entre la vida y la muerte.

Blanca no se separó de mi lado, rodeándome de los más tiernos cuidados y demostrándome un interés y un cariño tal que yo no sabia cómo agradecerla; empero bajo aquel interés, bajo aquel cariño, se encubria la más horrible villanía.

Un dia, durante mi convalecencia, me confesó que me amaba, y yo, al oír aquella declaracion, quedé confuso y aterrado.

—Sabes muy bien, Blanca, la dije, que amo á Laura, y que ésta, dándome la mayor prueba de

amor, ocupa mi lugar en rehenes hasta que logremos llevar el importe de su rescate.

Permaneció Blanca algun rato confusa al oirme hablar así; pero sus ojos brillaron de repente y con una resolucion de la que no la creia capaz, me dijo:

—Octavio, yo te amo, y nadie en el mundo me arrebatará tu cariño; antes mil veces la muerte. Laura es un obstáculo; pues bien: Laura permanecerá en el cautiverio.

Quise hablar, quise protestar con toda la energia de mi amor de aquellas terribles palabras; pero Blanca no me dió tiempo; se arrojó en mis brazos, cubrió mis palabras, mis protestas con sus amorosos y ardientes besos, y yo, débil y hombre sin honor, sucumbí, sin reflexionar que al hacer caso de los halagos de aquella pérfida mujer condenaba á la esclavitud á la que por mi todo lo habia sacrificado.

Como estábamos exhaustos de recursos, Blanca me obligó á cometer una nueva villanía. Vendimos el collar que Laura le habia entregado en seis mil doblas, y con esta suma adquirimos una casa y olvidados en nuestro criminal amor de la que por mí yacia esclava, pasamos seis meses olvidados del mundo entero.

Aquella pérfida mujer, no contenta con haber distraído mi amor, con haberme hecho cómplice de su crimen, me obligó á darla mi nombre al pié de los altares.

Cuando fué ya mi mujer, cuando quedamos unidos con los lazos indisolubles del matrimonio, aquella mujer cambió de táctica, y al amor sucedió el desprecio, y al cariño los malos tratamientos, echándome en cara continuamente mi deslealtad, mi crimen, y el crimen de que yo por debilidad solo habia sido cómplice.

Desde aquel momento los remordimientos de mi mala accion atormentaron de continuo mi alma. Para distraerlos me puse á trabajar con afan y la suerte más loca coronó todas mis más arriesgadas empresas.

Pronto ví rehecha casi por completo mi antigua fortuna; pero esto, en lugar de consolarme, no hacia más que aumentar mis remordimientos. Mil veces tuve intencion de realizar mi fortuna, correr á Mazagan y librar del poder del moro á la que por mí se habia sacrificado.

Pero Blanca se oponia á mis deseos, y yo, débil de carácter siempre, sucumbia.

Aquella mujer, á quien yo no amaba, aquella

serpiente á quien yo solo temia, me fascinaba de tal manera que, débil siempre, me doblegaba á todo lo que ella queria, á pesar de haber hecho mil veces la resolucion de emanciparme de su poderosa influencia.

Un dia supe que Blanca me engañaba, y aquel dia aunque no amaba, como ya os he dicho, á aquella mujer, el demonio de los celos se apoderó de mi alma y aumentó el pesar de que siempre estaba dominado.

Sorprendí á mi rival escalando el muro de mi casa, y hubiera podido impunemente matarle; empero no quise, le reté, le hice que se defendiera y recibí una estocada que me tuvo en el lecho entre la vida y la muerte durante treinta dias, sin que viera ni una sola vez á Blanca, porque ésta habia huido con su amante.

Ya veis, caballero, cómo mi castigo ha sido terrible.

—¿Y qué ha sido de Blanca? preguntó don Alonso.

—Despues de huir del techo conyugal, pasó á Castilla con su amante, que era un capitán aventurero, el que, cansado de su génio y carácter veleidoso, al poco tiempo la abandonó en Tordesi-

llas, y hace hoy veinte dias que expió todos sus delitos entregando su alma á Dios, despues de haber sido acometida de una horrorosa fiebre que la llevó al sepulcro.

Dios se haya apiadado de su alma y acogido con benignidad sus últimos momentos de contricion y arrepentimiento.

Libre con la muerte de Blanca, iba á embarcarme á Huelva para llevar al moro el rescate de Laura y obtener de ella el perdon de mis faltas.

Ya veis, caballero, que, si he sido culpable, harto he sufrido y purgado mi falta.

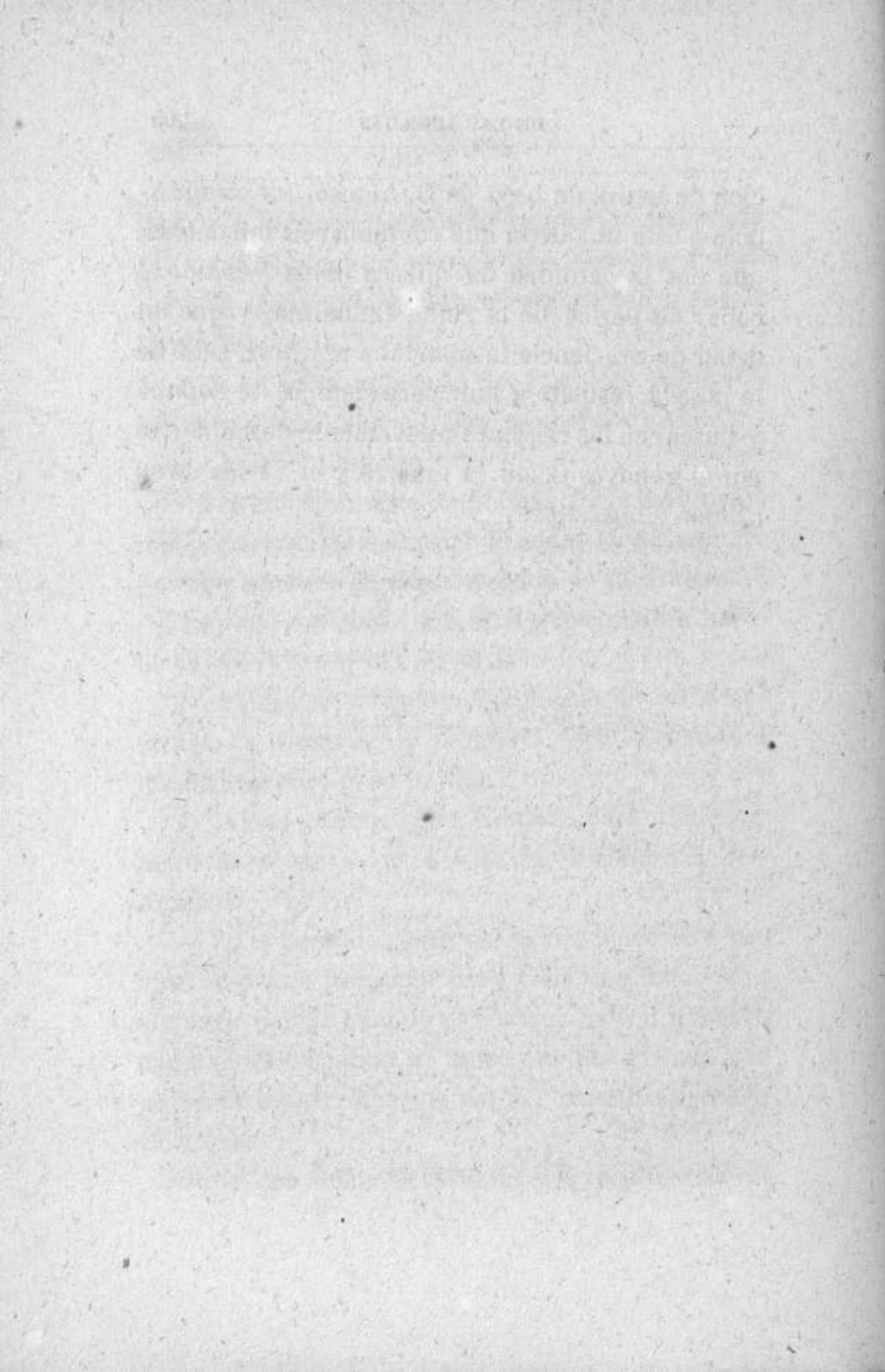
D. Alonso de Vivar, compadecido de los infortunios de Octavio, le prometió veria á Laura é impetraria para él su perdon.

D. Alonso cumplió su palabra; pero Laura se negó á volver á ver á Octavio, diciendo á don Alonso:

—Yo le perdono, pero no quiero volverle á ver más; se puede perdonar muy bien una falta, pero olvidarla jamás cuando el corazon está interesado como el mio, cuando mi amor era tan grande que no vacilé en sacrificarme por él como sabeis, noble D. Alonso.

Supo con dolor Octavio la irrevocable resolu-

cion de Laura de boca de D. Alonso, y entregándole á éste una bolsa que contenia seis mil doblas, que era la cantidad en que se habia vendido el collar de perlas de la reina Lindaraja, y que un deber de conciencia le mandaba restituir, salió de la posada resuelto á huir para siempre de España y buscar en las regiones nuevamente descubiertas por el genovés Colon la muerte y el olvido de su crimen é ingratitud.



CAPITULO XII.

De cómo el conde del Aguila llegó á tiempo de exigir á Laura la palabra que su padre le habia empeñado.

Dos días despues de los sucesos que acabamos de narrar, acaecidos en el meson del *Sol de Oro*, Laura, el anciano que la acompañaba, D. Alonso de Vivar y su escudero entraban en la ciudad de Huelva.

D. Alonso se dirigió en seguida á buscar á la parienta del arquitecto, y de boca de ésta oyó que Diego Ruiz habia partido para las Indias, dejando á su hija Mercedes bajo la proteccion de doña Aldonza Gonzalez, abadesa de las Huelgas, y prima hermana, como ya saben nuestros lectores, del conde Fernan Gonzalez.

Esta noticia causó á D. Alonso el mismo efecto que si un rayo le hubiera herido.

Mercedes para él estaba perdida.

Conocia muy bien la rigidez de la abadesa, y veia en la falsa proteccion que habia concedido á Diego Ruiz los medios seguros de retener á su lado á Mercedes y hacerla víctima de su venganza.

Así es que de desde aquel momento, lleno de desesperacion y angustia, solo pensó en regresar á Burgos y versi aún llegaba á tiempo de salvar á Mercedes.

Al llegar á su posada su escudero le anunció que un señor ya entrado en años y de noble porte lo esperaba en su habitacion.

Subió D. Alonso, y con asombro y sorpresa vió que el que le esperaba era su antiguo amigo el conde del Aguila, el que, arrojándose en sus brazos, le dijo:

—No hace mucho, amigo D. Alonso, que he sabido en Sevilla vuestras penas y quebrantos, y el rompimiento con la noble casa de Fernan Gonzalez. Sinceramente os he compadecido, y más sinceramente cuando hoy comprendo yo perfectamente lo que es amor.

—¿Estais enamorado, conde? dijo atónito don Alonso.

—Sí, D. Alonso, sí; estoy enamorado ya hace mucho tiempo, y mis amores han sido bien desgraciados. Figuraos, mi querido amigo, que cuando la toma de Granada conocí en el campo real á un rico mercader de Sevilla que acompañaba á la reina, y á la que habia anticipado gruesas sumas de dinero para reclutar gente y proveer al abastecimiento de ésta en la conquista de Granada. Gracias á los fondos que suministró el mercader alzóse como por encanto, en vez de un real de tiendas de lona, una ciudad á la que los reyes pusieron el nombre de Santa Fe. Agasajado por todo el mundo el mercader, que tan noble y desinteresadamente habia puesto á disposicion de los reyes su cuantiosa fortuna, trabé conocimientos con él, y poco tiempo despues su trato amable y su delicadeza extrema en todo hicieron que le ofreciera mi amistad. Pronto ví que era digno de ella. Los reyes, en pago de sus servicios, lo habian ennoblecido, y la misma condesa de Moya no se desdeñó, el dia que lo armaron caballero, de calzarle la espuela de oro. Terminada la guerra por la conquista de Granada, regresamos ambos á Sevilla.

Llevóme á su casa, presentóme á su hija; y me dejó prendado. Yo entonces me decidí á casarme con ella, pues la conocia y tenia fama en toda Sevilla por su recato y belleza, y en Santa Fé su padre me habia prometido su mano. Empero durante el sitio de Granada, y en ausencia de su padre, habia contraido relaciones con un jóven mercader vecino suyo. A pesar de mi edad, pues ya veis que no soy un mozo, esta contrariedad avivóme más el deseo de poseerla y de hacerla mi esposa, y celoso por conquistar su amor accedí á la dilacion que me propusieron padre é hija para la celebracion de nuestro matrimonio. Durante este tiempo los negocios del vecino, padre del que amaba á la jóven que yo queria hacer mi esposa, se embrollaron de tal modo que tuvo que hacer un viaje á Génova, y á su regreso á España embarrancó la nave en la costa africana, y muerto el padre salió el hijo en busca de los restos de su casi perdida fortuna.

—No prosigais, conde; conozco al objeto de vuestro amor; se llama Laura Quijano, y de su boca misma he oido la relacion de sus desdichas. Se halla aquí, y dentro de breves dias debe entrar en un convento y consagrarse á Dios.

—No será así si vos me ayudais, D. Alonso. He sabido todas sus desgracias, pues el criado con quien huyó de casa del moro Ebn-Ahmed, en Mazagan, me lo ha referido, y he salido de Sevilla con objeto de encontrarla. Maese Olmeduelo, dueño del meson del *Sol de Oro*, me ha referido lo acaecido en su casa, y que ayer, en vuestra compañía y la de un anciano pariente, se había dirigido á esta ciudad.

—No os ha engañado maese Olmeduelo, pero debo repetiros que Laura piensa, como antes os he anunciado, entrar en el claustro, desengañada, como está, del mundo y de los sinsabores que éste le ha ofrecido.

—Os he dicho que cuento con vos para impedirlo.

—¿Mas cómo, si su resolucion es irrevocable?

—Os lo diré, D. Alonso. Cuando Laura abandonó á Sevilla en busca de su amante, su pobre padre quedó sumido en la más profunda desesperacion. Juntos los dos hicimos cuanto pudimos por averiguar su paradero; mandamos comisionados á todas partes, empero nuestros esfuerzos fueron vanos. Nadie nos daba razon ni de Laura, ni de Blanca, ni del criado que las había acompañado. Pasa-

ba el tiempo y nada se sabia. Acudimos á buscar el amparo y proteccion de la reina, empero nada pudo ésta conseguir, á pesar de haberse dirigido requisitorias por el Justicia mayor á todos los pueblos. Visto lo ineficaces de nuestros esfuerzos, mi pobre amigo cayó en una profunda melancolía, sucumbiendo de sus resultas al poco tiempo, y haciéndome jurar antes de morir que no desistiría de mi empeño de buscarla, y si aún era digna de mí darla mi nombre y mi mano. Como podreis figuraros, al saber sus desventuras y que nada habia perdido de su honra, he venido en su busca para cumplir el juramento que hice en el lecho del dolor y á las puertas de la muerte á mi desgraciado amigo.

—Reconozco, señor conde, en vos la antigua nobleza de Andalucía. Todo lo que me decís es digno y generoso, y contad con mi ayuda para llevar á cabo vuestra empresa.

—Pues bien, amigo mio, es necesario que hagais saber á Laura mi proyecto y que desista de encerrarse en un convento. Aquí teneis, añadió, el testamento de su desgraciado padre. En él exige el cumplimiento de su palabra.

D. Alonso prometió hacer cuanto pudiera en

este asunto, y salió de su habitación con objeto de ver á Laura y conseguir lo que el conde del Aguila deseaba.

Laura aquel mismo dia, mientras D. Alonso habia ido á averiguar noticias de Mercedes, acompañada de su anciano pariente fué al convento donde estaba su tia, y la pidió con lágrimas en los ojos que la admitiera en su comunidad.

Gozosa su tia por poder ofrecer un seguro refugio á su desventurada sobrina, despues de estrecharla cariñosamente entre sus brazos la dijo:

—Veo, querida sobrina, con el mayor júbilo la determinacion que acabas de tomar. En este santo asilo, consagrada á la oracion y al silencio, recuperará tu alma la tranquilidad perdida.

—Gracias, querida tia, exclamó Laura sollozando. Aquí teneis seis mil doblas, único resto de mi antigua fortuna; con esto podré pagar mi dote.

—No hace falta tanto, hija mia. Con mil doblas hay suficiente; la comunidad es pobre y su regla es la pobreza. Reparte el resto entre los pobres, y así conseguirás borrar tus muchos pecados.

Salió Laura del convento, y aquel dia hizo cuantiosas limosnas á los pobres de Huelva y de los pueblos inmediatos.

Tranquila, serena y con la calma en el alma entró en su posada á la caída de la tarde.

D. Alonso salió á recibirla, y despues de algunos rodeos la hizo saber la mision que para ella le habia dado el conde del Aguila.

—¡Noble corazon! exclamó Laura. ¡Noble corazon tiene el conde, pero, á pesar mio, no puedo acceder á su pretension.

—Mirad, la dijo D. Alonso, que el primer deber de una hija es el de cumplir los mandatos paternales. Vuestro desgraciado padre al morir no solamente no os maldijo por el abandono en que le dejásteis, sino que, solícito hasta el último extremo, y creyéndoos más desgraciada que culpable, hizo jurar al conde del Aguila que si os encontraba os protegeria; y éste, no solamente lo juró, sino que prometió haceros su esposa. Corro á avisarle, pues no debo ni un momento más retardar su dicha; pues habeis de saber que el conde os ama desde que os vió y ha sufrido tanto como vos, y ahora verá cumplida su dicha si logra haceros olvidar vuestros pasados sufrimientos.

Sin dejar tiempo á que Laura contestase se dirigió D. Alonso en busca del conde del Aguila, y pocos momentos despues penetraba éste acom-

pañado de Don Alonso en la cámara de Laura.

No bien la vió el conde, hincando una rodilla en tierra la besó con amoroso respeto la mano.

Laura, deshecha en llanto, comprendió entonces cuánto amor, cuánta delicadeza, cuánta abnegacion habia en el conde, y haciéndole levantar, le indicó tomara asiento á su lado.

—Laura, dijo el conde, habiendo trascurrido con exceso el plazo que me pedisteis en Sevilla de dilacion para nuestro enlace, vengo á exigir el cumplimiento de vuestra palabra; cumplimiento hoy dia tanto más sagrado cuanto que es el deseo de vuestro difunto y desgraciado padre.

—¡Por compasion, señor conde! Sois demasiado bueno para conmigo, y olvidáis que yo he preferido á vuestro amor el de un infame, causa de todas mis desventuras.

—Laura, no hablemos de eso. Sois desgraciada. Yo he jurado á vuestro padre, si os encontraba, haceros feliz y dichosa, y debo cumplir mi juramento.

—Señor conde, veo vuestra abnegacion, comprendo vuestra generosidad, pero he formado mi resolucion, y mañana debo sepultarme en un convento.

—No hareis tal, dijo D. Alonso. La última voluntad de vuestro padre es sagrada, y debeis cumplirla.

El conde por su parte insistió tambien, y uniendo el anciano sus ruegos á los de D. Alonso, lograron convencer á Laura, que llena de agradecimiento cayó desmayada en brazos del conde del Aguila.

Al dia siguiente en el convento de carmelitas se celebró con toda solemnidad los desposorios de Laura y del condé del Aguila.

D. Alonso de Vivar fué el padrino de aquella union, con la que debian terminar las desdichas y sufrimientos de la pobre Laura.

Al anochecer, dos carruajes tirados por seis vigorosas mulas, galopaban levantando grandes nubes de polvo, por el camino de Sevilla.

En el primero iban los condes del Aguila.

En el segundo D. Alonso de Vivar y el anciano pariente de Laura.

Detrás seis criados á caballo y el escudero Nuño.

No bien llegaron á Sevilla al siguiente dia, D. Alonso, estrechando la mano de su amigo el conde del Aguila, y despues de saludar respetuosamente á la condesa, le dijo:

—Por un azar providencial he venido, aunque indirectamente, á contribuir á vuestra felicidad, á vuestra dicha; pero no por eso debo olvidarme del cumplimiento de mi deber. Mercedes, el alma de mi alma, la vida de mi vida, está en poder de la abadesa de las Huelgas, y debo intentar todo, hasta perder la vida si necesario fuera, por salvarla. Así es que con vuestro permiso debo ausentarme y partir inmediatamente para Burgos.

—D. Alonso, dijo el conde del Aguila, deber mio es auxiliáros, y no por un egoismo refinado, no porque ahora soy feliz y dichoso, debo dejar de prestaros mi ayuda. Así es que estoy decidido á acompañaros y á participar de los peligros que podeis correr.

—Líbreme Dios, querido conde, de acceder á vuestros deseos; sed dichoso y rogad á Dios porque mi empresa obtenga un éxito feliz y completo. Cualquiera que sea el resultado, os lo haré saber por mi fiel Nuño.

Y montando á caballo, se alejó seguido de su fiel escudero Nuño por el camino que conduce á Castilla.

Al verle desaparecer Laura, dijo al conde:

—Roguemos á Dios por él para que se cumplan

sus deseos, y sean al cabo felices y dichosos como nosotros.

Esta ardiente súplica de Laura no debía llegar al trono del Altísimo.

D. Alonso no debía ser feliz, no debía gozar la dicha y la felicidad que esperaba en el amor de Mercedes.

A esta dicha, á esta felicidad debía oponerse la inflexible y poderosa abadesa del monasterio de las Huelgas.

CAPITULO XIII.

De los terribles sucesos que acontecieron en el monasterio de las Huelgas al tomar el velo doña Leonor.

El toque de maitines que llama á la oracion á las esposas del Señor acababa de sonar en el real monasterio de las Huelgas, cuando por el camino de Burgos llegaban dos viajeros montados á caballo y embozados en negras y anchas capas.

Antes de llegar á la puerta del primer recinto desviáronse del camino y se dirigieron hácia la orilla del rio, en donde estaban situados dos molinos pertenencias del monasterio.

—¿Estás seguro, Nuño, dijo uno de los embozados, estás seguro que mañana es el dia destinado para la toma de velo de doña Leonor?

—Sí, señor, lo sé por uno de los capellanes del convento.

—¿Y has podido averiguar si está Mercedes?

—Sí, señor, pero ésta no debe profesar hasta pasados seis meses, que cumple el tiempo destinado para el noviciado; á doña Leonor su tia doña Aldonza, en uso de sus facultades, la ha eximido de la mitad del tiempo.

—Pues bien; esperemos á que amanezca y se abran las puertas del monasterio para penetrar en él.

—¿Sabeis, señor D. Alonso, dijo el escudero Nuño, que la empresa que os proponéis es difícil y arriesgada, y que si caemos en poder de doña Aldonza, como señora que es de alta justicia y de horca y cuchillo, tiene derecho á juzgarnos y hasta ahorcarnos?

—Todo lo he meditado, Nuño, estoy resuelto á todo; pero si te arredra la idea de la muerte, puedes retirarte y dejarme á mí solo hablar.

—Señor, por mucho que tema morir no os abandonaré ni un solo instante, y la suerte que corra mi señor correré yo, aunque con la sola diferencia de que á mí como villano me ahorcarán, y vos se-
reis degollado como noble en enlutado cadalso.

—Te agradezco, Nuño, tu fidelidad, pero déjate de augurios y presentimientos; debemos obrar con energía y arrebatarse á doña Aldonza su víctima.

—¿Y creéis que la hija del arquitecto se prestará gustosa á seguirnos?

—No lo dudo ni un solo momento; Mercedes me ama y yo debo reparar todo el daño que la he hecho; lo que me inquieta es que, á pesar de los días que hemos rondado por aquí, ni he logrado verla, ni á fuerza de oro corromper á ninguno del convento para poder ponerme en relaciones con ella y que sepa que yo velo y procuro sacarla del poder de la abadesa.

—Teneis razon, D. Alonso; bien agena estará á estas horas la hija de Diego Ruiz de que D. Alonso de Vivar, de la casa de los nobles marqueses de Alpuente, expone su vida y ronda sin cesar este monasterio para salvarla.

—Por su amor, Nuño, sacrifico todo, todo, posición, vida; no quiero más que su amor, y ojalá la espada del conde Fernan Gonzalez hubiera traspasado mi corazón, pues así hubiera dejado de sufrir.

Dejemos por un momento engolfados en su conversacion á D. Alonso y su escudero á orilla

del rio y junto al molino, y veamos qué habia sido de Mercedes, á la que á la salida de su padre para el puerto de Palos dejamos en la puerta reglar del monasterio acompañada de los dos capellanes que la entregaron á la abadesa, y que desde aquel dia ingresó en el noviciado.

Doña Aldonza no pudo menos de manifestar su alegría al ver en su poder á Mercedes; pero en lugar de tratarla con el rigor que al principio habia pensado, muy al contrario la trató con dulzura y afabilidad, haciéndola ingresar en el noviciado.

Cubierta el alma de Mercedes con el dolor de haber visto primero casi agonizando á su amante, y luego su terrible y cruel separacion, y la muerte de su madre, sin esperanzas de volver á ver á don Alonso se entregó con ardor á la oracion, y puesta toda su confianza en Dios pedia en silencio por el pronto regreso de su padre, de su hermano y por D. Alonso, cuya suerte ignoraba, y á quien creia muerto de resultas de la estocada que recibió al pié de su reja.

El carácter dulce, humilde y bondadoso de Mercedes la granjearon pronto el cariño de sus compañeras, y solo una no la habia dirigido nunca la palabra sino para darla órdenes como inspectora

que era del noviciado en ausencia de las madres maestras.

Esta inspectora era doña Leonor, á quien Mercedes no habia reconocido; bien es que solo un dia la habia visto, el dia que cayó desmayada en la calle cuando la salida de la reina Isabel, y al oír que doña Leonor era la prometida de su amante.

La menor falta de Mercedes era puesta en conocimiento de las madres maestras por la inspectora y castigada severamente; y mientras que para las demás novicias habia perdon, ella cumplia siempre los términos de su castigo.

Esta aversion de la inspectora no dejó de llamar la atencion de las demás novicias, las que por instinto se fueron separando de ella y estrechando cada vez más los lazos de simpatía y amistad hácia Mercedes.

A los seis meses, Leonor consiguió de su tia la dispensa del tiempo que le quedaba de noviciado, y ésta, en virtud de los poderes de que estaba revestida, se lo concedió sin ninguna dificultad.

Mercedes y dos novicias más pidieron igual gracia; pero con asombro del noviciado les fué negada.

Señalóse el dia en que debia celebrarse la so-

lemne ceremonia, y la víspera manifestó Leonor que, hallándose ausente su padre, renunciaba á la salida del convento que, como es costumbre, tienen todas las novicias el dia antes de su profesion, con objeto de al pasar un dia en medio del bullicio del mundo, renunciar en esta última visita á sus pompas y vanidades.

Mas como la abadesa queria que en todo con rigor se cumpliera el ritual, la hizo salir en la carroza de su padre, y si bien no entraron en Burgos se dirigieron hácia la Cartuja de Miraflores, donde despues de orar en su hermoso y vasto templo, regresó á la caída de la tarde al convento.

Amaneció por fin el dia deseado en que doña Leonor, dando un adios eterno al mundo, iba á ser la esposa del Señor.

Como con su entrada en el monasterio éste entraba en posesion desde luego de las pingües rentas que Leonor habia heredado de su madre y cedido á la comunidad, ésta habia desplegado gran lujo y magnificencia, sin reparar en ninguna clase de gastos.

Las paredes del templo se veian colgadas con ricos tapices de terciopelo con grandes franjas de oro, ostentando en sus centros el escudo de armas

de la abadesa, que era el mismo que usaba el conde Fernan Gonzalez.

El altar estaba cubierto de infinitos cirios, que le hacian resplandecer cual si fuera un ascua de oro.

De la bóveda pendian innumerables arañas, y seis lámparas de plata, donacion de la reina Isabel durante su permanencia en el convento, iluminaban el resto del templo con los pebeteros de cera perfumada con mirra é incienso que se habian colocado en su centro, en vez del vaso de aceite con que se alumbraba de ordinario.

Desde el amanecer las campanas del convento, haciendo oir sus lenguas de bronce, anunciaban sin cesar la ceremonia que se iba á verificar.

Abriéronse las puertas de los tres recintos, y formados en ala en el último los ballesteros del convento, guardia de honor y seguridad que ya saben nuestros lectores por privilegio tenia la abadesa, recibia á los nobles de Burgos que para la ceremonia habian sido invitados y al numeroso pueblo que, ansioso de presenciaria, acudia de todas partes.

D. Alonso y su escudero Nuño, embozados en sus capas, despues de haber formado su plan, re-

solvieron ir á la iglesia, donde seguramente, mezclados entre la multitud, no seria reconocido y podria ver á Mercedes y darse á conocer de ésta, pues no dudaba que un gesto, una mirada seria suficiente para ponerse de acuerdo.

Llegó la hora de la ceremonia; la iglesia estaba llena de un inmenso gentío; D. Alonso, embozado en su larga capa, fué á colocarse en el rincon más oscuro del claustro exterior que comunica con la puerta regular del convento.

El órgano dejó oír sus dulces acentos y la puerta regular abrióse de par en par, adelantándose con paso lento la comitiva, á cuyo frente iba la abadesa cubierta la cabeza con una mitra de tisú de oro, emblema de su alta dignidad y jurisdicción, llevando en la mano el báculo de oro, y delante una de las madres con la cruz levantada, cual hoy dia los obispos y arzobispos llevan en las más solemnes ceremonias.

Marchaba la abadesa con paso mal seguro, agobiada por el peso de los años, pero llena su frente, revestida de la mitra, de calma y de majestad. Su mirada severa y penetrante y el imponente carácter de su persona, inspiraban á un mismo tiempo respeto y temor.

A su lado iba una religiosa, en cuyo brazo se apoyaba la anciana.

Esta era la novicia que iba á ser aquel dia la esposa del Señor.

Un velo blanco muy espeso ocultaba su rostro; pero su alta estatura, su noble y reposado continente, la hacían notable y demostraban desde luego la noble alcurnia de su nacimiento.

D. Alonso sintió al verla pasar una agitacion inesplicable.

Detrás de la abadesa marchaban todas las religiosas por orden de antigüedad, sérias y graves; parecían enteramente ocupadas en la santidad del sitio y en la solemnidad del dia.

Seguian detrás las novicias.

Al verlas D. Alonso, latió con violencia su corazón; palabras confusas, movimientos involuntarios, revelaban la agitacion de su alma.

Desfilaban de dos en dos, cubiertos los rostros con sus velos blancos.

De repente D. Alonso quedó mudo é inmóvil como una estatua.

Pasó delante de él una que, aunque completamente cubierto el rostro con su espeso velo, conoció D. Alonso que era Mercedes.

Su corazón, al latir con más violencia, le anunciaba la presencia de su amada.

Por un movimiento del que no pudo darse cuenta, se acercó un poco y casi al oído dijo don Alonso:

—Mercedes, Mercedes, soy yo; tu Alonso, que viene á salvarte.

Al oírlo detúvose la novicia, miró, lanzó un grito mal articulado y vaciló sobre sus rodillas.

D. Alonso la cogió una mano, puso en ella temblando un papel, la cerró, apretándola con la espresion de un amor desesperado, y fué á mezclarse, huyendo, entre la multitud.

La procesion continuó sin que nadie hubiera sospechado aquella accion temeraria, sin que nadie hubiera sido, al parecer, testigo de ella.

Mercedes con los ojos bajos, apretando convulsivamente el papel que D. Alonso la habia dado, siguió casi desfallecida la procesion.

La procesion llegó al pié del altar.

Sobre una mesa colocóse el hábito, que estaba puesto en una bandeja de plata.

Encima el velo, y sobre éste una corona de azahar, símbolo de la pureza.

Las novicias y cantoras, puestas de rodillas al-

rededor del altar, entonaron la antifona *Veni electa mea*, etc.

La abadesa se arrodilló al lado de Leonor en las gradas del altar.

Terminada la antifona, el sacerdote celebrante bendijo el hábito y colocó sobre las sienes de la nueva esposa de Cristo la corona de azahar. Después, en una sentida plática, hizo conocer al numeroso auditorio las excelencias de la religion y la paz de la vida monástica, donde el alma tranquila, libre de los embates del mundo y de la concupiscencia de la carne, se entrega con toda calma á la oracion y vida contemplativa.

Mercedes durante la plática, en lugar de oír con atencion las palabras del sacerdote, apretaba convulsivamente en la mano el papel que momentos antes le habia dado D. Alonso.

Precipitada á pesar suyo en una accion criminal, indecisa entre el amor y el deber, titubeó largo rato; empero por último triunfó el amor, y con disimulo, los ojos anegados en lágrimas, por debajo del velo lanzó una mirada al papel y pudo leer estos dos renglones:

«Mercedes, si no te veo á solas un momento,

siquiera un momento, muero, y tú serás la causa de mi muerte.»

Aquella prueba era demasiado violenta para un alma que no habia hallado aún en la religion y en la soledad armas contra su amor.

Creyó en su inocencia que tenia que elegir entre dos crímenes, y su corazón la dijo que el menos funesto sería aquel que la perdiese á ella sola.

Nadie, al parecer, habia visto la accion de Mercedes.

La ceremonia continuó.

Doblaron las campanas á muerto, como demostrando que la noble doña Leonor de Gonzalez, hija del poderoso conde Fernan Gonzalez, habia muerto para el mundo.

Pocos momentos despues de entonar las novicias y cantoras el salmo *De profundis*, empezó la misa, dejándose oir las melodías del órgano con las puras y argentinas voces de las novicias que acompañaban al sacerdote en la celebracion del santo sacrificio de la misa.

Terminado el evangelio, ocupó su blasonado sitial la abadesa, y Leonor, hincándose de rodillas delante de ella, hizo su profesion de fé y de obediencia en estos términos:

«Yo, Sor María de la Transfiguracion, prometo á Dios y á la bienaventurada Virgen María, y al bienaventurado padre San Francisco y á todos los santos, y á tí, madre abadesa, de vivir todo el tiempo de mi vida bajo la santa regla de este convento, así como completa obediencia á tus mandatos, perpétua castidad, y guardar la clausura que marca la regla de este convento (1).»

La abadesa contestó:

«Si esto, vos hija, guardares é hicieres, yo os prometo la vida eterna en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

—Amen, contestaron todas las novicias.

Despues dejóse oír la voz de las cantoras, que entonaban el himno *Veni Creator*.

Terminada la misa, volvió otra vez á ocupar su puesto la abadesa, y Leonor renunció al mundo, á sus pompas y vanidades, contestando con voz clara al interrogatorio que, segun la regla, debia hacerse en estos términos :

—Sor María de la Transfiguracion, ¿con qué intencion quereis entrar en nuestra Orden?

(1) *Manuale seu processonarium*, etc., cap. *Forma benedictione velum*, por Fr. Martin Ruiz, pág. 506.

Leonor contestó:

—Con la de dedicarme al servicio de Dios.

—¿Habeis dado en el mundo palabra de matrimonio á alguno?

Leonor palideció.

A su mente se agolparon, al oír aquella pregunta que marca el ritual, todas sus desventuras, el abandono de su amante. Pero reponiéndose, contestó:

—Nó.

La abadesa continuó interrogándola.

—Hermana, ¿habeis meditado bien las asperezas de la vida monástica, lo rígido de nuestra regla, el abandono total del mundo, de sus pompas, de sus vanidades, estricta igualdad y humildad que debeis guardar, no acordándoos más ni de vuestra alcurnia, ni de vuestro linaje?

—Madre, busco la paz del corazon, la calma del alma; mi deseo es entregarme á la oracion, y os repito, como antes, obediencia y sumision, y fiel observancia á la santa regla y preceptos de este monasterio.

La abadesa, abriendo los brazos, la dijo:

—Recibid la paz, hija, de vuestra hermana y superiora. Admito vuestra sumision y obediencia.

Dos inspectoras se aproximaron á la abadesa. La una llevaba en una bandeja de plata el velo y el hábito.

La otra, en un pequeño azafate, unas tijeras.

Despojaron de la corona de azahar á la nueva esposa del Señor, arrodillóse nuevamente, y humillando la cabeza, la abadesa cortó con las tijeras las largas trenzas de la nueva esposa, y ésta, al sentir el roce del acero sobre sus cabellos, dejó apercibir un ligero estremecimiento.

Después la colocaron el hábito, la pusieron el velo y dió una tras otra á sus nuevas compañeras el ósculo de paz, pidiéndolas la encomendasen en sus oraciones para que el Señor le diera fé y perseverancia en el nuevo estado que acababa de abrazar.

Terminada la ceremonia volvió á ponerse en marcha la procesion, y D. Alonso, con una impaciencia y una ansiedad que apenas podia ocultar, se colocó en el mismo sitio para esperar la respuesta que no dudaba ni un instante Mercedes le habia de dar.

Al llegar Mercedes frente á D. Alonso, le dijo al paso con voz trémula y que solo él pudo oír:

—¿Lo exiges? pues sea; si no me ves antes de

tres días, habré dejado de existir. Te amo aún.

No bien hubo pronunciado Mercedes estas palabras, detuvo la marcha de la procesion un acontecimiento inesperado.

Dos inspectoras que habian observado á Mercedes, y en quienes ésta no habia reparado, la sacaron de la procesion, y haciéndola atravesar rápidamente por enmedio, la condujeron á los calabozos del convento, sin que nadie hubiera podido notar lo más mínimo. Todos al contrario, al ver la pálidez de la novicia, á quien las dos madres llevaban del brazo, creyeron que se habia puesto mala y la conducian al noviciado.

D. Alonso tampoco notó nada, y ciego de alegría y de esperanza salió con su escudero de la iglesia.

Cerrada la puerta reglar, y despedida la muchedumbre que habia asistido á la ceremonia, la severa abadesa hizo comparecer ante sí á Mercedes.

—Jóven novicia, la dijo con aire severo; habeis faltado á vuestros deberes y profanado la casa de Dios. Al entrar en ella un jóven os ha entregado un papel; dádmele.

Mercedes obedeció y entregó á la abadesa el

papel, cayendo de rodillas delante de ella abrumada por el peso de la vergüenza y del dolor.

Leyó la abadesa el papel, y con reconcentrado furor exclamó:

—Sois indigna de vestir el santo hábito que lleváis. No contenta con haber sembrado en el mundo la desolacion en una honrada familia, quereis, despues de profanar el templo recibiendo en él billetes de vuestro amante, escandalizar el monasterio; pero vuestro delito será castigado y mañana os presentareis ante mi tribunal para ser juzgada. Entre tanto, añadió la abadesa dirigiéndose á las inspectoras, conducidla al calabozo y que haga penitencia á pan y agua.

Las inspectoras arrastraron, digámoslo así, á Mercedes á un húmedo y triste calabozo, pues apenas tenia fuerzas para sostenerse, cayendo desmayada al suelo cuando sintió cerrarse la verja de su oscura, lóbrega y estrecha prision.

El rumor de aquel suceso, de aquella profanacion, á la que la abadesa daba proporciones colosales, se extendió pronto en los tres recintos del convento y llegó á noticias de D. Alonso.

Hablábase de una novicia acusada de un horrible crimen, de una carta interceptada, de pro-

yecto de evasión, de que la novicia había sido encerrada en un calabozo y de la terrible sentencia que al día siguiente la abadesa, constituida en tribunal, debía pronunciar, después de haber examinado la causa.

Todo el mundo conocía la inflexible rigidez y justicia de la abadesa, y hacia presagiar un terrible desenlace para la pobre novicia.

Pronto estos rumores llegaron á oídos de don Alonso, que los escuchó palpitando de inquietud, y conociendo la terrible y nueva desgracia que amenazaba á él y á la pobre Mercedes, no vaciló un sólo momento sobre el partido que debía tomar. Resuelto á todo, voló al convento y pidió ser admitido á presencia de la abadesa.

Rehusó ésta recibirle.

D. Alonso insistió, pero por segunda vez la abadesa se negó á su deseo.

Entonces D. Alonso la hizo decir que le urgía tanto el verla porque tenía que hacerle una revelación de la mayor importancia: denunciarla un crimen, para que en su alta justicia pudiera reconocer y castigar al culpable.

A esta súplica consintió la abadesa en recibirle.

D. Alonso fué introducido en el locutorio, á donde aún tuvo que esperar una media hora, paseándose agitado de un lado á otro de aquella pequeña estancia y entregado á la más violenta exaltacion.

Al cabo de media hora abrióse la puerta que comunicaba con el convento y apareció la rígida y severa abadesa, acompañada de la jóven que hacia poco acababa de profesar.

—¿Qué me quereis? dijo la abadesa.

—Señora, contestó D. Alonso, quiero haceros una revelacion, evitaros tal vez una injusticia, un crimen.

—Hablad, pues, dijo la abadesa.

—Señora, dijo D. Alonso con agitacion y energia, juro por Dios Nuestro Señor, por esa cruz que venero, por vuestras virtudes, que respeto y admiro, que la jóven que acaba de ser encerrada por vuestra órden es inocente de la culpa que se la imputa; yo sólo soy culpable, á mí sólo es á quien debeis castigar, si es un crimen ser fiel á los más sagrados juramentos.

Al eco de aquella voz trémula, al sonido de aquellas palabras apasionadas, estremeciósese y vaciló un momento la monja que acompañaba á la

abadesa; pero nada advirtió el jóven D. Alonso.

—¿Qué quereis decir con eso? dijo la abadesa.

—Quiero deciros, señora, que Mercedes no os pertenece todavía; ningun voto la encadena al pié de vuestros altares, y un juramento nos une á ella y á mí; su corazon es mio, mio sólo, como el mio es suyo, y sólo para ella. Mercedes, señora abadesa, es mi esposa delante de Dios, porque Dios ha recibido nuestras promesas, y Dios castiga á los que quebrantan su juramento.

—Sí, D. Alonso; sí, Dios castiga á los que quebrantan sus juramentos; Dios castiga sin piedad á los perjuros, dijo con voz solemne la monja que acompañaba á la abadesa. Y alzándose el tupido velo que la cubria, mostró á los ojos atónitos de D. Alonso su hermoso rostro.

Aquella monja era Leonor, la novicia que habia profesado en aquel dia.

Quedó D. Alonso inmóvil, como si un rayo hubiera caído á sus piés.

—Leonor, dijo despues de un momento de silencio y de estupor, Leonor, perdóname; yo he querido morir; mi sangre ha corrido á manos de tu padre, pero la cólera divina me ha arrancado á la muerte. Leonor, si la propia desgracia es una

expiacion del mal ageno de que uno es causa, jamás víctima alguna se vió mejor vengada que tú. En nombre del cielo, Leonor, no me mires así, porque el acero de tu padre era ménos terrible que tus miradas.

—Alonso, te perdono, y quiera Dios perdonarte como yo lo hago, respondió Leonor, procurando disimular la agitacion que tenia.

—Gracias, Leonor, dijo D. Alonso.

—Sí, te perdono, añadió Leonor, todo el mal que me has causado. He consagrado á Dios todo el amor que te tenia, y ya siento penetrar la paz en mi alma, como el premio de la mayor victoria de que es capaz la débil humanidad. Confieso que al verte ha vacilado un momento mi valor; pero el espectáculo de tu delirio y tu flaqueza me han hecho recuperar toda mi energía, recordándome mis deberes. Lo repito, Alonso, te perdono.

—Basta, basta, dijo la abadesa con voz imponente y grave.

—Señora... dijo Leonor.

—Basta, aquí no tienen entrada los recuerdos del mundo; retiraos, Leonor.

Obedeció Leonor, y cuando quedaron solos la abadesa y D. Alonso, ésta dijo al mancebo:

—D. Alonso de Vivar, habeis ofendido á mi familia y ultrajado á mi sobrina; empero Dios no me habia encomendado el cuidado de vengarlas.

—Harto vengada estais, señora, replicó don Alonso.

—Dejadme terminar, jóven, y respetad en mí á la muy alta, noble y poderosa señora abadesa mitrada de las Huelgas. Oid: habeis turbado la paz de estos lugares; habeis causado un escándalo en el templo del Señor; habeis despreciado la santidad de nuestras leyes, perturbando la majestad de nuestras ceremonias religiosas, preparando la criminal evasion de una vírgen reservada al altar, y á mí me toca, como abadesa y señora de estos contornos, reprimir estos desórdenes, castigar estos delitos, y os juro que sabré cumplir con mi deber.

La abadesa tocó una campana que habia en el locutorio y apareció al poco tiempo uno de los capellanes.

—Llamad á mi capitan de arqueros, dijo la abadesa.

Apareció éste, y la abadesa le dijo, señalando á D. Alonso:

—Haceos cargo de ese hombre; me respondeis de él con vuestra cabeza.

—Nada temais, señora, no trataré de escaparme. Haced de mí lo que queráis; pero os vuelvo á decir que Mercedes es inocente y solo soy yo el culpable.

—Vuestra cómplice, dijo la abadesa, mañana será juzgada con arreglo al rigor de nuestras leyes; y en cuanto á vos, despues del juicio os pondré en manos de la justicia ordinaria, que es la que tiene la mision de castigar el sacrilegio que habeis cometido, y llevar á cabo la sentencia que mañana se pronuncie, siu que os sirva de excusa para eludir el castigo el que invoqueis la vehemencia de vuestra pasion y el delirio de vuestra fogosa juventud.

—Por compasion, señora. Os repito que yo solo soy el culpable, Mercedes es inocente.

—No hay compasion, ni perdon para el sacrilego. El tribunal decidirá cuál ha de ser el castigo.

D. Alonso quedó anonadado.

Salió la abadesa, y el capitán de arqueros condujo á D. Alonso á la hospedería, dándole por prision la cámara que quince meses antes habia ocupado Diego Ruiz, el padre de la bella Mercedes; y poniendo dos centinelas á la puerta, fué á colocar otros dos bajo las ventanas enrejadas de aquel aposento, evitando con estas precauciones que don

Alonso se pudiera evadir y comunicarse con los de la parte de afuera, esperando de este modo á que al dia siguiente se reuniera el consejo que le habia de juzgar y la sentencia que debia pronunciar la terrible é inflexible abadesa de las Huelgas, señora de horca y cuchillo de aquella jurisdiccion, que en su loco amor D. Alonso de Vivar habia tratado de violar.

CAPITULO XIV.

**Del trágico fin que tuvieron el enamorado D. Alonso
y la novicia Mercedes.**

Desde las primeras horas de la mañana reinaba gran agitación en el convento de las Huelgas, y en sus tres recintos, que, como ya hemos visto, estaban completamente poblados, sirviendo de habitación á los numerosos dependientes al servicio del monasterio, los capellanes y la fuerza de ballesteros encargada de su custodia.

Numerosos grupos de soldados y paisanos se habian formado alrededor de la puerta principal del monasterio.

Comentábase de diferentes modos la prision de Mercedes y de D. Alonso de Vivar.

Todos esperaban con impaciencia que la cam-

pana del monasterio anunciase la apertura del tribunal.

La abadesa por su parte queria dar á aquel juicio toda la solemnidad posible, ya que, segun decia, el escándalo habia sido tan público.

A las doce del dia la campana principal del monasterio anunció con su lúgubre sonido la hora del juicio.

Abriéronse de par en par las puertas del salon donde debia celebrarse éste, y el pueblo se precipitó con ansiedad, llenando al poco tiempo todo aquel espacioso recinto.

Apareció por una de las puertas que comunicaban con el convento poco despues la severa abadesa, cubierta la cabeza con la mitra, signo de su autoridad jurisdiccional, y dirigiéndose á la muchedumbre que llenaba el espacioso salon, con voz grave pronunció estas palabras:

—Un crimen horrible se ha cometido ayer durante la ceremonia de toma de hábito de una de las novicias que en el mundo llevaba el nombre de Leonor, y que ayer cambió por el de María de la Transfiguracion.

Este crimen horrible ha sido cometido por la novicia Mercedes Ruiz y el caballero capitan de la

escolta de S. A. la reina doña Isabel de Castilla (1), D. Alonso de Vivar, hijo primogénito del marqués de Alpuente, el que, olvidándose de su noble origen, no contento con profanar la casa de Dios, trataba de proteger la huida de la novicia Mercedes escalando las tapias del convento.

La abadesa ocupó el sitial que estaba colocado bajo el dosel, y á su lado se colocaron las madres constituidas en dignidad.

Detrás, en varias hileras de bancos formando semicírculo, las demás monjas y las novicias.

La abadesa, despues que hubo tomado asiento, dijo:

—Que se presenten los reos.

Y dos inspectoras salieron á buscar á Mercedes.

Enfrente del sillón de la abadesa estaba colocado un banquillo que debia ocupar Mercedes.

D. Alonso debia ser colocado en la tribuna reservada para los testigos, bajo la vigilancia de los arqueros.

Para no quebrantar la clausura esta tribuna tenia una puerta que comunicaba con el exterior,

(1) En aquella época los reyes no tenían aún el tratamiento de majestad.

y otra que daba bajada al tribunal, al pié de la barra que separaba el estrado de la abadesa con el resto del salon.

Cuatro ballesteros guardaban la barra, teniendo cuidado de que nadie traspasara sus límites.

Abrióse la puerta que conducia á los calabozos, y dos inspectoras arrastraron hácia el banquillo á la desgraciada novicia, que, pálida y desfallecida, apenas podia sostenerse en pié.

Colocada en el banquillo, dirigió su triste y lánguida mirada alrededor de aquella estancia, fijáronse sus ojos por un momento en la abadesa, cerrólos despues, inclinó la cabeza sobre su pecho y así permaneció largo rato, demostrando el mayor abatimiento y como insensible á cuanto en su alrededor pasaba.

Pocos instantes despues la abadesa empezó el interrogatorio.

Reinaba en la asamblea el más profundo silencio, y todos esperaban con ansiedad la contestacion y defensa de la acusada. Empero con el mayor asombro vieron que ésta, en lugar de contestar, se sonreia y miraba á todas partes con aire estúpido.

La abadesa, fuera de sí, la dijo:

—Mercedes, estais acusada de haber profanado la casa de Dios y de querer huir de este santo asilo con el capitan de la escolta de la reina, D. Alonso de Vivar.

Al oir Mercedes el nombre de D. Alonso, levantó la cabeza y dijo con voz entrecortada:

—¡Ah! sí... Alonso es mi amor, es mi prometido; no debe tardar.

Atónita la abadesa, mandó que la acercasen á su asiento.

Dos inspectoras, agarrándola del brazo sin que hiciera la menor resistencia, la aproximaron á la silla de la abadesa.

Mercedes fijó entonces los ojos en la imágen del Cristo que estaba colocada bajo del dosel, y cuya semejanza era perfecta con el que se venera en el convento de los Agustinos.

Por un movimiento brusco desasióse de las dos inspectoras que la sujetaban, é hincándose de rodillas exclamó:

—Gracias te sean dadas, oh milagrosa imágen del Salvador del mundo. Tú no has desechado la humilde súplica de una pobre afligida. Mi madre se ha salvado. Mi madre vivirá.

—¿Qué dice? exclamó con sorpresa la abadesa.

Mercedes, sin darse cuenta de nada, continuó:

—Hijo de Dios, tu fuistes ayer testigo de mi desesperacion; sólo hoy de mi alegría.

Y levantándose despues de un breve silencio, miró alrededor y exclamó, como llena de sorpresa y dolor:

—¿Cómo? ¿no está ahí...? ¿Por qué no habrá venido? D. Alonso, ¿dónde estás? Aquí debíamos vernos. ¿Lo has olvidado ya? Este era el lugar de la cita. ¡Eres un ingrato!

—Ya lo veis, exclamó la abadesa; ella misma se vende, ella misma confiesa su delito.

—Nó, nó, dijo doña Leonor, saliendo del grupo de monjas en que estaba. Nó, esta infeliz no se vende, está loca.

—¡Está loca! murmuraron todos los presentes.

En aquel momento Mercedes volvió á exclamar:

—D. Alonso, D. Alonso, ¿por qué no vienes? Sálvame, sálvame.

D. Alonso no pudo resistir más, y haciendo un gran esfuerzo rompió la valla que le contenia en la tribuna, desarmó á uno de los arqueros y corrió al lado de Mercedes gritándola:

—Mercedes, aquí estoy, á tu lado, pronto á morir por defenderte.

Mercedes dió un grito y se arrojó en sus brazos.

—Arqueros del convento, gritó la abadesa, apoderaos de ese hombre.

D. Alonso cogió á Mercedes con el brazo izquierdo, se retiró á un rincon y allí hizo frente á los arqueros que le rodearon; empero, con los esfuerzos que habia hecho la herida que recibió al pié de la reja de Mercedes se abrió, y al poco tiempo cayó al suelo anegado en su propia sangre.

Todos acudieron en su auxilio.

Mercedes se arrojó sobre su cuerpo, apartando á todos los que se habian acercado y diciendo:

—Nó, nó, todavía no ha llegado el momento. Sé que la muerte se acerca, pero antes de morir tendremos esperanza, ternura, felicidad.

—¡Pero qué es esto? ¡Sangre, sangre! y quitándose el velo la novicia trató de restañar la sangre que en negros borbotones salia de la antigua herida que tenia en el pecho D. Alonso, y que con los esfuerzos se le habia abierto.

D. Alonso, al ver á Mercedes, la alargó la mano diciéndola:

—¡Infeliz! ¡Mi amor te ha perdido y yo no puedo salvarte! ¡Por momentos me siento desfallecer, voy á morir!

—Nó, nó, exclamó Mercedes, no morirás; juntos huiremos; mi padre nos espera; iremos á buscar á mi hermano.

—¡Infeliz! exclamó Leonor, en su locura no vé que su amante muere, que ya no tiene salvacion.

Todo era confusion en aquel momento; el pueblo habia traspasado la valla, sin que los esfuerzos de los arqueros fueran suficientes para contenerlos.

D. Alonso, desfallecido, yacia tendido á los piés de la abadesa.

Cuantos esfuerzos se hicieron para atajar la sangre fueron infructuosos.

Mercedes, arrodillada á su lado, le miraba asombrada, lanzando de cuando en cuando voces inarticuladas, que daban á comprender fácilmente que la razon la habia abandonado por completo.

Leonor, tambien arrodillada al lado de D. Alonso, imploraba la divina misericordia para aquel á quien tanto habia amado.

Viendo la abadesa que por momentos D. Alonso iba á espirar, mandó á uno de los capellanes que se acercara al moribundo para que oyera su confesion.

D. Alonso abrió los ojos, contempló por un mo-

mento sus dos víctimas, Leonor y Mercedes, y fijándose en el Crucifijo, exclamó:

—¡Perdon, perdon, Dios mio!

El sacerdote, inclinándose sobre el moribundo, le dijo:

—El verdadero arrepentimiento siempre tiene perdon.

—¡Padre! murmuró débilmente D. Alonso; padre, Dios es justo; ¿qué puedo esperar?

—Dios es justo, contestó el sacerdote, para los que le han servido; pero Dios es clemente para los que le han ultrajado.

—¡Padre! implorad conmigo su clemencia; voy á morir; ya pocos momentos me quedan de vida.

—¡Oremos! añadió el sacerdote dirigiéndose á todos los que presenciaban aquella terrible escena.

Todos hincaron la rodilla en tierra y unieron su voz á la del ministro del Señor.

Este bendijo al moribundo, y un ligero estremecimiento dió á conocer á los que le rodeaban que la vida acababa de abandonarle.

Mercedes, que no se habia hecho cargo de nada de lo que á su alrededor pasaba, se acercó al cadáver, y cogiendo la mano de D. Alonso exclamó:

—Vamos, ya es hora, afuera nos esperan los caballos.

Pero al notar la frialdad y rigidez de aquella mano, y su completa inmovilidad; al ver la amarillenta palidez del rostro de D. Alonso, se estremeció, y soltando la mano, que cayó pesadamente al suelo, lanzó una estridente carcajada murmurando:

—¡Qué feliz voy á ser á tu lado, con tu amor, fuera de este convento!

Y faltándola las fuerzas, cayó privada de sentido en los brazos de las dos inspectoras.

La abadesa mandó sacaran el cuerpo inanimado de D. Alonso, y que Mercedes fuera encerrada en su celda, dando orden á los arqueros que despejaran la sala del tribunal.

Declarada por el médico incurable la locura de Mercedes, se la atendió en el convento con el mayor esmero; empero la enfermedad fué creciendo de día en día hasta llegar al terrible período de la furia.

Nadie podia acercarse á ella; destruía cuanto se ponía á su alcance; así es que se la mandó encerrar en el calabozo que antes habeis visto.

La abadesa hizo buscar al arquitecto Ruiz y á

su hijo; pero éstos, como ya he dicho, habían partido con el genovés Cristóbal Colón para las colonias del nuevo mundo, que éste había descubierto; por más esquisitas diligencias que se hicieron, no volvió á saberse más de ellos.

Mercedes sobrevivió cinco años á D. Alonso, permaneciendo durante este tiempo encerrada en su prision.

Una monja modelo de virtud y caridad cuidaba de ella, y diariamente la bajaba el alimento.

A estos cuidados debió el que se prolongase tanto su vida.

Aquella monja era doña Leonor, conocida en el convento por el nombre de la madre María de la Transfiguracion.

Un dia al bajar, como tenia de costumbre, á prodigar sus consuelos á la infortunada Mercedes, la halló tendida en el suelo:

Abrió la reja, puso la mano sobre su corazón, pero éste ya no latía.

La pobre loca estaba muerta.

Había dejado de sufrir.

.....
Así terminó su narracion el religioso encargado de la custodia del monasterio.

Mi hermano político y yo nos despedimos de él, dándole gracias por su bondad.

Salió á acompañarnos hasta la puerta y nos dijo:

—Cuando paseis el último recinto, á la derecha, bajo un sáuce lloron vereis una losa blanca. En aquel sitio reposa la infeliz loca, la novicia de las Huelgas.

Salimos y no quisimos apartarnos de aquel lugar sin haber visitado la tumba de la pobre novicia.

Fuimos al sitio que se nos habia indicado, y vimos bajo un sáuce una losa cubierta casi de tierra y musgo.

Le apartamos con religioso cuidado, y pudimos leer esta lacónica inscripcion :

AQUÍ YACE MERCEDES RUIZ,
NOVICIA DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS.
ROGAD POR SU ALMA.

FIN.

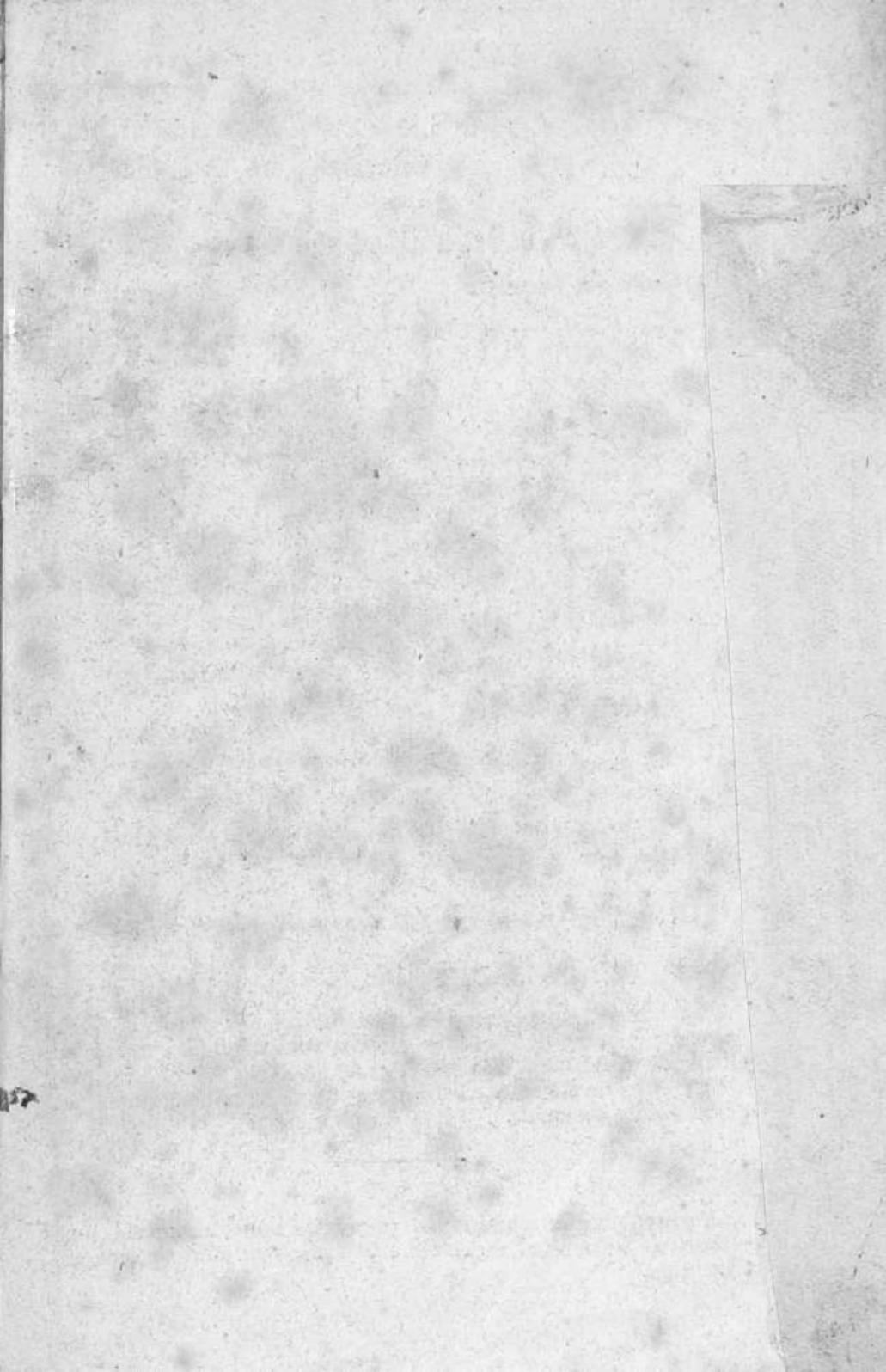
ÍNDICE.

Págs.

CAPIT. I.—Burgos. —La catedral. — El Papa- moscas. —El obispo Arias. —El arca del Cid.	5
II.—El monasterio de Santa María de las Huelgas.	31
III.—En que se dá á conocer á los lectores al jóven D. Alonso de Vivar y su prometida, la hija de los condes de Gonzalez.	45
IV.—De cómo conoció D. Alonso á la be- lla Mercedes.	63
V.—De cómo un amor inesperado rompe un pacto de familia.	81
VI.—De cómo al verse abandonada doña Leonor por su prometido se retira al monasterio de las Huelgas, y la terrible estocada que recibió don Alonso.	93

INDICE.

	Págs.
V.—En que se vé que es más fácil curar la herida que produce una estocada que las heridas de amor.	113
VI.—De cómo la abadesa de las Huelgas se apoderó de Mercedes y la hizo entrar de novicia en su convento.	121
VII.—De lo que aconteció en el meson del Sol de Oro á D. Alonso de Vivar.	135
VIII.—En que la desconocida del meson empieza á referir su historia	149
IX.—En que continúa la historia comenzada á referir por Leonor en la posada del Sol de Oro.	169
X.—De cómo Laura, ayudada del esclavo Rodrigo, se fugó de la casa de Ebn-Ahmed, y de cómo termina su historia.	187
XI.—De cómo Blanca de Mendoza hizo el papel de la serpiente tentando á Octavio y obligándole á abandonar á Laura para casarse con ella	199
XII.—De cómo el conde del Aguila llegó á tiempo de exigir á Laura la palabra que su padre le habia empeñado.	207
XIII.—De los terribles sucesos que acontecieron en el monasterio de las Huelgas al tomar el velo doña Leonor.	219
XIV.—Del trágico fin que tuvieron el enamorado D. Alonso y la novicia Mercedes	243



BIBLIOTECA DE LUJO

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

OBRAS EN UN TOMO ENCUADERNADAS A LA RUSTICA

al precio de

CUATRO REALES CADA UNA

FERNANDEZ Y GONZALEZ

La Candela de San Jaime.
Las Cuatro Barras de Sangre.
Los Tenorios de Hoy.
Los Farsantes.
El Pozo de los Suspiros.
El Rey Hambriento.
Las Calderas del Rey D. Jaime.
Doña Maria la Brava.
Los Pichones y los Sietemesinos.
Las Monedas Falsas.

ORTEGA Y FRIAS

La Gente Cursi.
La Gente de Media-noche.
La Gente de Paga.
El Naufragio de la Medusa.
La Sombra de Felipe II.
Los Hijos de Satanás.

J. NOMBELA

El Puente de los Ahorcados.

CONDE DE FABRAQUER

El Beso de la Duquesa.

VICTOR HUGO

Los Miserables.

PERRON D'ARC

La Australia.

A. DE SAN MARTIN

Pompeya, la ciudad descuartada.
Los Incendios del Alba.
La Corte del Rey Bandido.
La Virgen de Covadonga.
El Eanno de la Venta.
La Ciudad del Sueño.
La Edad de Hierro.
La Sacerdotisa de Vesta.
El Fratricida.
La Ronda de Pan y Huevo.
El Real de Santa Fe.

VIZCONDE DE SAN JAVIER

La Loca del Buen Retiro.
Tres Años en Fernando Poo.
El Invisible.
Don Juan el Tuerto.
La Novicia de las Huelgas.

CALVO ASENSIO

Reina y Adultera.

PINA Y DOMINGUEZ

Aventuras de un Joven Timido.

PAUL DE KOCK

Los Hijos del Boulevard.
Las Trece Noches de Juanita.
El Muchacho de la Esquina.

PAUL DE KOCK: en prensa todas las obras conocidas de este celebre autor.

Para recibir cualquiera de estas obras por el correo, porte franco y certificado, remitir **cuatro reales** en libranza a su editor **D. URBANO MANINI**, calle de Recoletos, 7, Madrid.

En caso de no haber libranzas, puede remitirse en sellos, certificando la carta.

Siguen publicándose dos ó tres obras todos los meses, originales de los más celebres autores tanto nacionales como extranjeros.

